

HISTORIAS Y LEYENDAS DE COLOMBIA

Encuentros Regionales
de Contadores de Historias
y Leyendas

Buga Colombia, 1990 y 1991



HISTORIAS Y LEYENDAS DE COLOMBIA

Selección, transcripción y titulación
GERMÁN JARAMILLO DUQUE

Buga 1990- 1991

HISTORIAS Y LEYENDAS DE COLOMBIA

Encuentros Regionales de Contadores
de Historias y Leyendas

Buga - Colombia, 1990-1991

Selección, transcripción y titulación

GERMÁN JARAMILLO DUQUE

impreso y hecho en los talleres gráficos
del Instituto Andino de Artes Populares
del Convenio Andrés Bello,
julio de 1993

Director Ejecutivo:

Eugenio Cabrera Merchán

Supervisión Editorial:

Víctor Manuel Guzmán

Levantamiento de textos:

Nelly Jiménez Viana

Corrección de Textos:

Cumandá Naranjo

Diseño gráfico y armada:

Wilfrido Acosta Pineda

Diseño de Cubierta:

Wilfrido Acosta Pineda

Impresión:

Washington Padilla

Instituto Andino de artes Populares
del Convenio Andrés Bello - IADAP
Diego de Atienza y Av. América
Apartado Postal 17-07-9184
Telfs.: 553684 554908
Fax : 593.2.563096
Quito - Ecuador

JUSTIFICACIÓN

El Centro de Trabajo de Cultura Popular del IADAP en Buga - Colombia ha privilegiado, dentro de su plan de actividades, la Tradición Oral, a través de la realización de Encuentros Regionales de Contadores de Historias y Leyendas, que se cumplen anualmente.

Este es el segundo volumen compilatorio y selectivo con el resultado de los Encuentros realizados durante los años 1990 y 1991 y que se le intitula "**Historias y Leyendas de Colombia**", en razón de haber logrado un nivel de participación más amplio de los Departamentos que conforman el territorio nacional de Colombia.

El Instituto Andino de Artes Populares del Convenio Andrés Bello, en esta entrega que enriquece su fondo editorial, agradece nuevamente y felicita al Centro de Trabajo de Cultura Popular de Buga y a la Fundación Cultural "El Grupo", por su maravilloso esfuerzo de peremnizar con la palabra escrita, la rica y variada literatura de tradición oral colombiana.

Quito, julio de 1993

LA DIRECCIÓN EJECUTIVA

INTRODUCCIÓN

En el año de 1990, presentamos a la consideración de lectores y estudiosos de la tradición oral, el texto "MEMORIAS DE TRES ENCUENTROS", con el recaudo total de las intervenciones de los participantes de los tres primeros ENCUENTROS REGIONALES DE CONTADORES DE HISTORIAS Y LEYENDAS, realizados en la ciudad de Buga. Departamento del Valle de la República de Colombia, durante los años 1986, 1988 y 1989. Ahora, persistiendo en nuestro compromiso de no desmayar nunca en el trabajo que nos hemos impuesto -ésto es, llegar hasta la escritura-, les ofrecemos "HISTORIAS Y LEYENDAS DE COLOMBIA", con la compilación de los dos últimos certámenes de tradición oral cumplidos en los años 1990 y 1991.

Tenemos fe en la eternidad de lo impreso y por ello hemos tomado medidas para eludir riñas lingüísticas futuras como la incomprensión de los arcaísmos, mediante ciertas "modificaciones" como la supresión de repeticiones innecesarias que son para el narrador oral un regulador fático de suprema utilidad. Para favorecer el testimonio vivo y posibilitar su lucha contra el futuro tenemos a disposición de interesados el material de audio.

Entre las historias y leyendas recopiladas aparecen, aquí, ochenta y nueve relatos. Prescindimos de una selección rigurosa -aunque tenemos definido en nuestras convocatorias las dos aceptaciones de historia y leyenda-, dada la usurpación de fronteras de una modalidad a otra, pues las historias tienen leyendas y estas últimas sólo son posibles con el entramado de una historia. No es este texto, entonces, un profundo estudio de la tradición oral de nuestro país, aunque sí puede tomarse como una ayuda oportuna para quienes estudian la sociedad a partir de la tradición oral, porque no tenemos noticias de que existan textos paralelos al editado en 1990, y, el que presentamos en esta ocasión.

Pretendemos, a partir de la función final de nuestro trabajo, representado en esta etapa cual es la impresión, contribuir con el impedimento de un naufragio inminente de muchas de las narraciones que aún es posible conocer si se encuentran, a tiempo, a quienes las recuerdan pues, la conversación, charla, cotilleo, chismorreos o como quiera llamársele, está en jaque por la unidimensionalidad a que están sometidas las sociedades conversadoras como la nuestra, la intercomunicación tecnológica y el miedo a compartir para evitar que se filtren en las conversaciones las estrategias individuales para sobreaguar.

Nuestro país, agobiado por el acelerado urbanismo y las deficiencias materiales, aún no reconoce que la imaginación de su pasado es un patrimonio en franco deterioro. Existen muchas organizaciones dedicadas a recuperar la tradición oral, pero es necesario que ellas antepongan el objetivo de la concertación, utilizando métodos únicos sistematizados y, sobre todo conservar una interrelación mutua y permanente para enriquecer día a día la cobertura. Nuestra realización anual de un ENCUESTO DE CONTADORES DE HISTORIAS Y LEYENDAS, propone esencialmente la integración de los asistentes, para hablar de unidad.

Tal vez el futuro comprenda este esfuerzo sin el cual tendrá que dar palos de ciego para intentar una aproximación al pensamiento legendario de nuestro pueblo, como el que nos hemos propuesto, de recobrar el acervo verbal e imaginativo ancestral.

Queda a disposición de ustedes el tiempo para que comiencen a leer este volumen y planteen los análisis que a partir de este momento consideren pertinentes.

Gemían Jaramillo Duque

PRICILIANO REYES

Luis Ignacio Rojas
Nariño

Hoy vengo de la región de Nariño a contarles, no un cuento, sino una historia bien real, verdadera, de la que yo mismo he sido testigo y que si se quisiera hacer una especie de crónica, cien personas serían poquito testimonio. Yo les aseguro que hay más de mil testimonios fehacientes que vieron y presenciaron todas las hazañas de la historia que les voy a contar.

Estaba yo trabajando en un municipio cercano a la capital de Nariño. Se trata del Municipio de Yacuanquer. Allí trabajé ocho años como empleado de la Caja de Crédito Agrario y me arrendaron una casa grandotota. Solamente éramos mi mamá, un hermano y yo. Tres personas y la casa nos quedaba demasiado grande; por lo tanto, decidimos subarrendar una pieza para unos amigos del municipio vecino que se llama Consacá. Ellos vendrían únicamente el día domingo a reparar cosas eléctricas: radios, grabadoras, etc.. Eran unos muchachos buenos y sencillos a quienes yo, con mucho gusto, les di una pieza con vista a la calle. Bueno, y ellos venían los domingos y alguna vez les confié una grabadora que yo tenía para que me la reparen; pero como yo se la da a última hora y ellos viajaban como a la una de la tarde para Consacá, pues dijeron:

Para el próximo domingo se la traemos, bien reparada.

Yo accedí y ellos se la llevaron.

El próximo domingo, por primer domingo, no vinieron. ¡Qué raro! Dije yo. Qué será que estos muchachos que se llevaron mi grabadora, por primera vez no asisten a su trabajo, hoy domingo.

Y pasó otro domingo y no vinieron, y pasó otro domingo y tampoco vinieron. Yo, ya un poco extrañado, y mi mamá, que le hacía tanta falta porque mientras yo me iba a la oficina a trabajar, ella se quedaba solita sin quien la distrajera en sus labores domésticas: en la cocina, lavado de ropa y demás; entonces, como tenía una motocicleta y no quedaba muy lejano el lugar donde se habían llevado mi grabadora, pues decidí viajar, porque el lunes y martes no se trabajaba en la Caja Agraria: tenía vacación. Entonces decidí irme para la población de Consacá a recuperar mi grabadora y averiguar qué le pasó a estos muchachos de apellido Sapuyes.

Así fue. El día lunes cogí mi motocicleta y al subirme noté algo raro en ella. ¿Qué había sido? No, sencillamente que la llanta de atrás se había bajado, estaba sin aire. Entonces la llevé donde un amigo que tenía un taller hacia la salida de Consacá y allí me fui. El se llama Célimo Chávez, y existe.

Todo lo que yo les estoy contando no es nada de fantasía; es la pura realidad, y estoy recogiendo testimonios grabados, para un libro que estamos construyendo.

Bueno, y entonces al ir donde el amigo del taller para que me repararan la moto, la llanta de la moto, pues ya la examinó, que no tenía ningún roto, que me podía ir tranquilo. Le echamos aire, y así fue. Y yo, como es muy amigo y muy querido para mí, de mis afectos, le dije:

Si quiere acompañeme y lo llevo a Consacá.

Y dijo:

Hombre, don Lucho, no puedo ir ahora porque tengo que hacer un trabajo; pero, sin embargo, aquí está este señor. Y me señaló un viejito que estaba por ahí, que tendría unos ochenta años, más o menos, pero pobremente vestido y era de los tipo albino. Si saben lo

que es un tipo albino? Tipo albino es -no se por qué razón es que nacen así- el cabello blanco, blanco, como cabuya y las cejas blancas, las pestañas blancas, la piel blanca, arrugada y con vellos blancos. Así era él. Y con un pantalón de bayeta cruda que lo tejen allá mismo en fábricas domésticas; y puro remiendo y descalzo, ni siquiera tenía alpargatas y con un bordón, y era como medio ceguelo, por la dificultad que tenía de ver y lo que allá llamamos una enfermedad que se irritan los párpados que se llama "pichoso". Era "pichoso" el viejito.

Bueno, y entonces yo le digo:

Claro, si gusta yo lo llevo hasta donde voy, al menos hasta Bombona.

Dijo:

No, joven, yo no viajo en esos aparatos.

Bueno, yo le insistí demasiado y le digo a don Célimo que yo no tengo la culpa: ya lo invito a este señor y ya no quiere.

Bueno, y me fui.

Al llegar a Bombona -no es un pueblo, es un caserío, pero grande- faltando unos diez kilómetros para llegar a mi destino, a la población de Consacá, Nariño, al llegar a Bombona, regreso a mano izquierda a ver una casa número siete que quedaba a unos treinta metros atrás de la carretera y he visto, para sorpresa mía, al mismo viejito que lo había visto en la población de Yacuanquer y que lo había dejado más o menos a unos tres cuartos de hora atrás. Y el viejito estaba sentado en una banca, en una casa de esas de corredor ancho y con pilares, y estaba comiendo algo.

A mí me extrañó mucho, y dije:

Y este viejito, por dónde se vino?

Ningún vehículo me había alcanzado, porque por esas carreteras transitan muy poquísimos vehículos y yo tenía en cuenta que había encontrado en sentido contrario una volqueta, pero no más, pero en Sentido contrario; pero que alguien, algún vehículo me hubiese alcanzado, ninguno. Entonces lo miré al viejito y paré la moto y me quedé un medio minuto contemplando, para verificar si se trataba de la misma persona. Cuando, ¡oh sorpresa!, le comparé el traje, el vestido. Ya no dudé que se trataba del mismo viejito que había visto en el taller de Célimo Chávez. Yo me fui pensando, me fue dando vueltas en la cabeza, se me clavó la idea de un suceso extraño, hasta que llegué a Consacá. Y" a mí me dio como vergüenza contarles a quienes yo iba a visitar y allá fui a reclamar mi grabadora y les pregunté que por qué no habían salido durante esos domingos y entonces ya ellos me contaron que habían asesinado al papá de ellos y que por esa razón habían estado guardando el luto, y habían tenido dificultades, que por esa razón no habían regresado a Yacuanquer; pero que la grabadora la tenían lista y que podía ir por ella. Me invitaron a un almuerzo, en la casa, y luego a unas cervezas, y no más. Pero yo, antes de emborracharme, ya a las cinco de la tarde, regresé nuevamente a la población de Yacuanquer. Iba pensando; cuando llegue donde Célimo le voy a preguntar quién es aquél viejito y le voy a contar la historia que al llegar a Bombona, no se sabe cómo, llegó adelante de mí. Atajos, que sepa no había.

Bueno, ese día ya no me acordé. Llegué un poco cansado y al otro día tampoco, no me acordé. Y así pasaron como ocho días, al cabo de .os cuales ya me acordé y lo vi a don Célimo, y le digo -a riesgo de que me trate de loco, fantasioso o mentiroso-, le digo:

Don Célimo, quién era aquél viejito que estuvo aquí en su taller, el día que yo me iba para Consacá, y por qué razón usted me invitó a que lo llevara para Consacá? Yo no lo llevé, pero lo cierto es que al llegar a Bombona, el viejito había llegado delante de mí, y ningún vehículo

me había alcanzado.

Pero don Célimo la tomó la cosa como lo más natural del mundo: No se preocupe don Lucho que se trata de don Priciliano Reyes, y no es raro que haga esas actividades. ¡Uy, yo le contare!, aquí en Yacuanquer, en Tapialquer, en Tagua; él vive en una vereda que llama Tapialquer, pertenece al Municipio de Tangua, es un municipio vecino a éste y ciertamente queda distante unos siete kilómetros no más, un municipio de otro. Allá en ese municipio, en unas cordilleras, en unos pliegues que llaman Tapialquer y que es conocido ese sector como "el caballo rucio", allí me contaron que vivía el viejito y luego indagando, indagando la gente ya me contaron otras cosas, muchas más, fascinantes.

Bueno, me contaron que algunos ricos que vivían en Yacuanquer, decían las gentes: ¡qué gracia!, don fulano de tal, don Miguel Díaz, acaso consiguió la riqueza que hoy tiene, trabajando duro como nosotros?

Nooo, a él le dio la fortuna don Priciliano Reyes.

Y, cómo le daba la fortuna don Priciliano Reyes?

Resulta que cuando iba por esos caminos de Dios, por esas veredas, por esos terrenos, por esos callejones, caminos de herradura o de bestia, se encontraba con alguien y lo acompañaba un buen rato; después de saludarlo iban charlando, charlando de todo un poco, cuando de pronto le decía:

Ey, mire, allá hay una estaca, de esas de amarrar los animales; cógete una piedra y clávala -las estacas son unos palitos de madera que se los clava en el suelo para amarrar los animales- por ahí hay una estaca y yo te digo dónde la debes clavar.

Y entonces iban caminando otros metros más, otro medio kilómetro, a

veces, se entraban en un potrero y le decía:

Aquí justo en este sitio, aquí tienes que clavar la estaca. Tendrás en cuenta dónde es que la pones porque el día diez y siete, que va a ser martes, vienes a las cinco y diez de la tarde, pero, oído, ni un minuto más ni un minuto antes; y vas a venir el día que yo te digo, el que yo te ordene, y yo mismo te vengo a ayudar, porque allí te tengo una sorpresa.

Y la persona, sensatamente oía el consejo del viejito, pues desde luego iba con una pala, excavaba, un poquito nomas, y ahí encontraba un tesoro, de esos que llaman guacas y que la gente de antes, nuestros mayores, nuestros antepasados, enterraban sus tesoros en un cofre de madera buena y lo forraban con laca y le echaban candado y por ahí lo iban a enterrar como quien teme la pobreza, por si acaso algún día les iban a dar la pobreza, ya tenían a donde ir a desenterrar su tesoro. Pero, generalmente eso no ocurría y el tesoro se quedaba enterrado y ellos se morían sin haberlo disfrutado.

Así supe de muchas personas a quienes don Priciliano Reyes había hecho ricos. Sin embargo, cobró tanta fama don Priciliano, que él sabía exactamente dónde hay un tesoro que la gente lo perseguía. Iban a visitarlo a la casa, le golpeaban la puerta: pon, pon, pon:

Don Priciliano, buenas tarde -y le llevaban presentes-: algún regalito, una lata de sardinas, un queso, cualquier cosa de esas. Y él los hacía entrar a la casa y ellos le contaban sus tragedias:

Don Priciliano, mire que estoy jodido, estoy pobre, mi mujer está enferma, necesita una operación, estoy debiendo; y hemos sabido que usted sabe dónde hay tesoros, dónde hay guacas escondidas; por qué no hace el favor y nos señala algunita; por qué no me va mostrar.

Y el viejito, ladino, tenía una conducta bastante extraña. Le decía:

No, señor; y quién te dijo a vos que soy adivino. Eso, anda y pregúntaselo a los adivinos; yo no se nada de eso.

Las personas que tuvieron el privilegio de ser obsequiadas con el hallazgo de un tesoro, siempre fue espontáneo; que el viejito encontró sin necesidad de estarle rogando, sin suplicarle y sin ni siquiera hacerle mención del asunto. El mismo decía:

Vení, a vos te conviene.

Y le señalaba el punto a donde podía encontrar algún entierro. El viejito, además tenía otros poderes. Me contaba don Máximo Madroñera, de la población de Tapialquer, que todos los propietarios de fincas ganaderas confiaban a don Priciliano Reyes, pagándole cien pesos por año, para que les cuidara las fincas y para que así no se robaran el ganado, ni las ovejas, ni las gallinas.

Y, yo le dije:

Pero, ¡qué crueles son esos señores! Poner a un viejito a trasnochar como celador.

Nooo. Me dice. Acaso don Priciliano sale de su casa a trasnocharse; nooo, él, desde su misma casa cuida todas las fincas que a él se le confían o que él se compromete a cuidarlas. Bueno, y de qué manera lo hace? Le preguntaba yo a don Máximo Madroñero.

Pues, es una cosa misteriosa y extraña, porque, figúrese, joven Luis Ignacio -me decía don Máximo Madroñera- que él, cuando van unos ladrones, puede ser uno, pueden ser dos, o pueden ser cien o doscientos, cuando van con intención de sacarse unas reses de alguna finca a la que don Priciliano se había comprometido a cuidar, cuando están cerca de ella, de la puerta de entrada a la finca, de pronto sienten un miedo misterioso, un miedo pánico, un terror inaudito, inexplicable, sin saber cómo y por qué y a qué es que sienten miedo;

pero lo cierto es que se ponen a temblar y aterrorizados, más bien desisten de su empeño de penetrar en la finca donde habían hecho intención de robar y que estaba cuidada por don Priciliano Reyes.

Bueno, si yo les contara tantos misterios que tenía don Priciliano Reyes: cuando se encontraba con alguien en un camino, cuando lo alcanzaban a don Priciliano Reyes, por un camino, uno, dos o tres jóvenes, les decía:

Bueno, señores, apostemos a que yo que soy viejito, y ustedes que son jóvenes, llego primero a ese alto.

¡Qué va, don Priciliano!; usted no es capaz.

Y el viejito con su bordón, caminando y caminando iba, cuando de pronto, en un medio descuido, sin saber cómo, desaparecía de ellos y veían arriba, pero bien arriba al viejo, que les gritaba de lo alto:

Ja, ja, ja; aquí estoy, ya llegué adelante de ustedes.

Pero ese no era el caso, porque él podía avanzar muchos kilómetros, como decir de aquí a Cali, en una fracción de segundo. Y, como les digo, más de mil testimonios hay. fehacientes, verdaderos, de ésta historia.

Y tenía muchos poderes don Priciliano, muchos más. Por ejemplo, él sabía exactamente quién se va a morir.

Qué más, qué nos cuenta don Priciliano. Le preguntaba Máximo, su vecino.

No, señor, no; que solamente que la Romelia se va a morir el viernes 26. A las cuatro y diez se va a morir.

No puede ser, porque hace un ratico la vi pasar a la Romelia, que iba

con una cantina de leche y estaba en completa salud. Si, puede estar en completa salud; pero yo se que el viernes 26, se va a morir la Romelia.

Y eso era preciso. El sabía con exactitud quién se iba a morir o si alguna desgracia iba a ocurrir.

Pero, sobre él se tejieron muchas leyendas, sobre Priciliano Reyes. Unos dijeron que habían visto a un caballero, hace muchísimos años por ahí en esa vereda, bien vestido y muy bien parecido, como nunca habían visto, y que se hospedó en una choza humilde, donde una mujercita y que seguramente era el diablo que fue el papá de Priciliano. Otros decían que podría ser un extraterrestre; y así, otros decían que era poseído por un espíritu de un duende de esa región: pero, de todas maneras nadie supo de dónde ni cómo tenía los poderes don Priciliano Reyes. Pero, contra lo que sí no había tenido ningún poder es contra la muerte, porque hace seis años, un catorce de junio, murió Priciliano Reyes y está enterrado en el cementerio de la población de Tangua. Esa es la historia.

EL VELORIO DEL PERRO

Carlos Alvarez
Medellín

Bueno, quiero contarles algo que me contó precisamente un Valluno, un amigo que trabaja en la comuna nororiental de Medellín. Es mi amigo Alfonso; y él trabaja con un grupo de pelados de la comuna, de niños entre ocho y catorce años, que no están estudiando, que no están haciendo nada y que

corren el riesgo de la droga o de la violencia y de las bandas de sicarios, Entonces Alfonso está aprovechando esa correría que ha hecho por Colombia y ha hecho un trabajo muy lindo en la comuna nororiental. Ha hecho con los niños un trabajo de cuentacuentos, un trabajo en donde los niños se han inventado los cuentos y ellos mismos han hecho un libro; o sea, con una técnica de hace cien años; pero hicieron un libro muy bello.

Y, una vez, conversando con Alfonso sobre qué va a contar la gente de Medellín después de todo este período de violencia, y Alfonso me contó una anécdota muy bella.

El, en sus correrías, estuvo en un pueblo del Quindío -acá cerca-. Ese pueblo estaba sufriendo una violencia tremenda, por esas cosas, entre la guerra de bandas de sicarios y porque en ese pueblo estaban arraigados muchos mañosos, había también muchos asesinatos, y los velorios de ese pueblo eran los velorios más tristes del mundo porque nadie, a veces ni siquiera la familia, asistía a los velorios de los deudos, por temor a que a media noche, cuando estuvieran rezando el rosario llegaran las bandas de sicarios y barrieran con todos los que habían.

Hasta el cura corría riesgo. Entonces, estos velorios de este pueblo del Quindío, eran muy tristes. Y me contó mi amigo Alfonso, que lo más alegre que había en el pueblo era un perro callejero, un perro grande, un perro amarillo; pero, por ser callejero, no se imaginen que era un perro flaco. Era un perro gordo, a pesar de ser callejero.

Me contó mi amigo Alfonso que este perro era el personaje del pueblo, porque se mantenía parado al frente de las cantinas, al frente de las heladerías o de las tabernas y cuando veía que alguien iba a empezar a "doblar el codo", el perro se le paraba al lado. Muchos tipos del pueblo, antes de empezar a beber, miraban a ver si el perro estaba ahí, porque había una especie de trato: si el perro no estaba, mucha gente no bebía y si el perro veía que nadie iba a tomar, pues se

quitaba del lado de todos. Lo que pasaba era que cuando alguien se emborrachaba, el perro se le hacía al lado y a las once o doce de la noche, el perro lo acompañaba hasta la casa, y a los diez minutos, la esposa del borracho sacaba una poncherada de sobrados: frijoles, arepa, etc.; y el perrito: mua, mua, mua, comía.

Se devolvía para otra cantina, veía otro encopetado, esperaba que estuviera borracho, lo acompañaba hasta la casa, dos o tres de la mañana y se ganaba otra poncherada de comida. Bueno, y como todos los días hay borrachos, todos los días el perro tenía trabajo, todos los días el perro tenía comida. Figúrese que tenía trabajo hasta las seis de la mañana, porque había borrachos que se quedaban dormidos en una esquina, el perro se acostaba con ellos y a las seis, siete de la mañana que el sol despertaba al borracho, el perro se iba con él hasta la casa y se ganaba su buena poncherada, pero a esa hora, de arepa con mantequilla caliente.

En fin pues que el perrito era el personaje. Pero un día, el carnicero de ese pueblo compró un revólver nuevo y para estrenarlo, le pegó dos tiros al perro y una mañana, unos niños lo encontraron tirado en la calle. Lo montaron en dos tablas de madera, se lo llevaron junto a un basurero, compraron cuatro velas de diez pesos, le pusieron flores encima; y me contó mi amigo Alfonso que fue el único entierro que él vio en ese pueblo, al que asistió toda la población.

LA VIUDA BELLA

Alvaro Gasea Colorado

Huila

Era una mujer muy bella, de treinta y siete años. Había quedado viuda desde los diez y siete años, y a los treinta y siete todavía no se había vuelto a casar.

Estos son cuentos del Huila, son cuentos de nuestras mamas, son cuentos de la gente que se está yendo, son cuentos de la gente que tiene la edad para abandonar el siglo y abandonar este planeta. Pero es verdad. Hay un vampiro incluido.

Primero quiero decirles, para que ustedes entiendan qué es lo que pasa en el departamento del Huila, lo que le pasó a un campesino que fue a comprar alambre. Fue a una ferretería y le dijo al señor de la ferretería:

Señor, hay alambre?

Y entonces el señor de la ferretería le dijo:

Para cerca?

Y el campesino respondió:

No, para Pitalito.

Bien. Aminta, a los treinta y siete años comenzó a andar por el pueblo de Iquira y todo el mundo le notaba que a pesar de que tenía veinte años de ser viuda andaba con chupones por todo el cuerpo. Aminta era muy bella: era blanca de color de leche. Como las mujeres apetecibles de Iquira, era la más hermosa y la más gecha de

todas las mujeres de Iquira. Su pelo era liso, ni corto ni largo; y ni cortos ni largos eran los piropos de todos los hombres que durante veinte años de viudez de Aminta, la habían deseado noche y día.

Aminta, a los diez y siete años había quedado viuda y todo el pueblo sabía que a su marido lo había matado el amante de Aminta. El amante de Aminta se fue a la cárcel y le dieron veinte años de prisión; pero veinte años después el amante de Aminta quedó libre y todo el mundo comenzó a rumorar por qué Aminta tenía chupones en el cuello, detrás de la oreja, en los brazos y por qué cada año era más linda.

Cuando caminaba, yendo hacia la iglesia, todos los hombres detenían la respiración como quince minutos, para verla pasar.

Una noche, en el pueblo comenzó a verse una sombra. Era noche de luna llena. Todas las noches de luna llena se veía la sombra. La gente empezó a hacer suposiciones y un día, el dueño de la tienda de la esquina donde Aminta fiaba, aseguró que esa sombra era igualitica al finado, al marido muerto de Aminta. O sea, concluyó todo el pueblo de Iquira que a Aminta no la estaba chupando el amante sino un vampiro que había sacado corriendo, una noche, cinco borrachos y cuatro muchachitos inquietos, de los que no hacen caso y no se van a acostar temprano.

Tanto escándalo hubo en el pueblo de Iquira que el suceso llegó a oídos de un cura italiano, y el cura dijo:

Vea, para resolver el problema, los vampiros no existen; vamos a ver.

Fueron al cementerio, abrieron la tumba del finado, sacaron el ataúd y dentro de éste, ya corroído y viejo, estaba enterito el finado, con el pelo, largo. Las uñas le habían crecido y estaba intacto, después de veinte años.

Allá en Iquira lo tienen en la sacristía; no saben si quemarlo, si enterrarlo de nuevo o qué hacer con el marido de Aminta.

UN AMOR IMPOSIBLE

Luis Ignacio Rojas
Nariño

Había un señor, conductor de profesión, que siempre le gustaba empinar el codo. Generalmente llegaba a los dos o tres meses y se reunían con sus amigos. Empezaba por allí, en una cantina, luego iba a una parte y a otra, hasta que por fin terminaban en una zapatería a donde había mucha camaradería y se reunían todos los bohemios de aquel pueblo.

Una noche este señor, Jesús, que así se llamaba, y que por apodo le decían el "paisita", porque él hablaba un poco rasgado, así como los paisas, salía como a las dos de la mañana, pero perdido de la borrachera, a comprar una botella de aguardiente donde un señor, que era el único señor que vendía aguardiente a altas horas de la noche, en ese pueblo. Se fue por una calle, un poco vacía de casas, solamente linas tapias a lado y lado, cuando así, a lo lejos, divisó, a unos cincuenta metros, divisó a una mujer bellísima, como nunca antes habían contemplado sus ojos. Una mujer de deslumbrante belleza: un cuerpo todo escultural y un rostro y una sonrisa que invitaba al acercamiento. Desde luego, él se acercó o trató de acercarse. Se dirigió con el fin de hablar con ella o conquistarla. Se fue, atraído por la belleza de aquella niña, que la vio así a lo lejos. Se acercó y más o menos cuando llegó al sitio donde se suponía que ella lo estaba esperando, desconcertado, no se supo cómo, ni él mismo se dio cuenta

cuándo, la vio otros cien metros más allá. Entonces la siguió, y la siguió otros cien metros y cuando llegó la vio a otros cien metros más allá; y así, sin proponérselo, sin querer, sin darse cuenta, se fue alejando, se fue alejando camino del cementerio. Y, saben lo que ocurrió?. Cuando él, en una especie de alucinación vio un palacio, una casa hermosísima, con jardines, una casa como bien lujosa, de rico y entró ahí por un zaguán y vio unas piezas, unos cuartos amoblados y hasta encontró una alcoba con una cama lindísima y supuso que allí estaba la muchacha, que allí iba a entrar la supuesta dama; y desde luego él entró allí y se sacó los zapatos, se sacó los pantalones y se acostó, en espera de que la dama llegue allí a hacerle compañía. Pero, como estaba ya bien fundido de la rasca, de la borrachera, se durmió y no pudo esperar a la dama que ansiosamente había esperado y perseguido unas horas atrás. Cuando al otro día despertó, sucedió lo increíble: estaba dentro de una bóveda, vacía, del cementerio del pueblo.

Esto no le sucedió una sola vez al "paisa", sino muchas veces, hasta que él decidió contarle a un amigo y el amigo trató de descubrirle si era cierto lo que le había contado; pero al amigo también le ocurrió lo mismo y una mañana los encontraron a los dos en sendas bóvedas del cementerio.

Por esos días, un veinticuatro de diciembre anduvo tomando este señor, al que le decían el paisita, y lo más curioso, despidiéndose de todas las amistades, como quien iba a emprender un viaje largo, como que iba a tener mucha demora en regresar a su pueblo natal. De todo el mundo se despedía y le obsequiaba su aguardiente y le decía:

Venga, porque es la última vez que le brindo; quiero despedirme de usted.

Y así le dijo a muchos amigos. Y mandaba a comprar velas donde quiera que iba y se velaba él mismo.

Le preguntaban:

Por qué hace esto?

Y respondía:

Porque cuando yo me muera, a lo mejor no hay quién me haga la velación.

Y resulta que esa noche, justamente esa noche, murió asesinado Jesús León Solarte, a quien llamaron "el paisita" y que tantas, tantas veces apareció en una bóveda del cementerio, porque se había acostado allí, la noche anterior, en una cama bien lujosa, a esperar la dama que nunca llegó.

HISTORIA DE DOS HUÉRFANOS

Manuel "mane" Pérez
Bolívar

En una ciudad había un par de cristianos que se levantaron huérfanos: mujer y hombre. Se metieron a las selvas a vivir de la agricultura. Él hizo una casa entre las selvas esas. Se llamaban María Natividad y Pedro Escudero. Para retirarse él, del lado de ella le cantaba una canción; ella, para esperarlo, le cantaba una canción. Y le decía:

Hermana mía
María Natividad,
hermana mía

María Natividad,
 yo soy tu hermanito
 que te vengo a buscar.
 Luego, le correspondía a ella y le contestaba:
 Hermano mío
 Pedro Escudero
 yo soy tu hermanita
 que te estimo y te quiero.

Había en esas selvas un gigante que se quena coger a Mana Natividad
 y le cantaba igual que su hermano, pero con voz ronca:
 Hermana mía
 María Natividad...

Pero ella no le abría la puerta.

El gigante habló con la "mañanita", una hormiguita que se llama así,
 chiquitica, para preguntarle cómo hacía para que se le aclarara la voz,
 y la hormiguita le dice:

Convierte el guayacán ese que esta allí, en braza.

Le prendió fuego al guayacán -un árbol que se llama guayacán-, se
 mandó la brasa y se le adelgazó la voz. Le cantó:

Hermana mía
 María Natividad,
 yo soy tu hermanito
 que te vengo a buscar.
 Luego, le correspondía a ella y le contestaba:
 Hermano mío
 Pedro Escudero,
 Yo soy tu hermanita
 que te estimo y te quiero.
 Pao, el gigante se la cogió y se la llevó.

Cuando viene el hermano buscándola y no la encuentra. Llámala, llámala y nada, se la cogió el gigante.

El tenía una diez y seis y se metió una caja de cartuchos. Sable. Se lo encontró, se lo encontró y se levantan a muñeca: dale que dale, dale que dale. Se lo ganó. Le quitó la muchacha, pero el gigante volvió y se la cogió. El le dijo:

No te la vas a gozar.

Se llegó el momento en que volvieron a encontrarse. Se cogieron a muñeca. Cuando él se vio apurado, cantó:

Hermana mía
 María Natividad,
 hermana mía
 María Natividad,
 yo soy tu hermanito
 que en trabajo está.

Ella estaba dormida y una paloma la despertó. Le clavó un par de pulseras en la muñeca y la levantó en vuelo. Luego fue, tomó al gigante de las muñecas, lo elevó y lo llevó al mar a donde lo dejó caer. Ellos volvieron felices a seguir viviendo de la agricultura.

EL REGRESO DE LAS ANIMAS

**Raúl Ordóñez
Nariño**

La historia que yo les voy a contar es una historia que sucede en un corregimiento que se llama *El ingenio*. Es un lugar donde, al estilo del valle, también abundan los cañales, los riachuelos, los potreros, es un lugar como de encanto. También hay muchos cafetales, muchos caminos. Eso queda en un municipio que se llama Sandoná, que es famoso por los sombreros.

Resulta que en ese corregimiento *El ingenio* hay una costumbre y es que ellos tienen como su santo patrón a las almas benditas del purgatorio y cada treinta y uno de octubre ellos celebran normalmente una fiesta con orquestas, con trago, con comida, con vacaloca, con cuetes, con todo lo que se imagina para una fiesta.

En esa noche del treinta y uno de octubre, mientras nuestros niños andan pidiendo dulces, al triki triki haloweenn, ellos están preparando cuyes, están preparando el aguardiente, la chicha; y resulta de que hay un señor, que existe en la realidad, que se llama Benedicto Apraez, y ese señor es el animero. Le dicen el animero. Y resulta de que, este señor, cuando son las doce de la noche, va al cementerio del pueblo y él tiene un pergamino bien largo y lo envuelve en un rodillo y empieza a saludar a los muertos:

Vengo a saludarlos de parte de todos sus parientes; vengo a decirles que hoy es el día de la liberación, de la alegría, de la fiesta; vengo a sacarlos porque mañana es el día de los difuntos, el día de los muertos y hay que divertirse y hay que visitar a todos los familiares, a todos los parientes. Luego, el señor, les dice:

Mañana me esperan a las doce de la noche que los vengo a traer. Al

día siguiente, la gente está en el pueblo lista, con todos los preparativos que ya hemos dicho y resulta de que esa noche no se ve, como se dice, un alma en el pueblo, no se ve absolutamente a nadie en ese pueblo *El Ingenio*, sino que todo el mundo está en su casa desde las siete de la noche. Nadie sale; únicamente el hombre que es el animero va al cementerio del pueblo; pero unas cuadras antes de llegar al cementerio, él camina de espaldas, o sea, nunca mirando hacia el cementerio. Es una promesa que él ha hecho desde cuando era niño. Su padre también fue un animero.

Para ser animero hay que tener toda una serie de cualidades, de condiciones: tiene que ser un hombre muy juicioso, no debe tomar, no debe andar con tantas mujeres, tiene que ser un hombre muy fiel.

Y resulta de que este señor, que ha sido preparado durante toda su vida para ese cargo, va hacia atrás al cementerio y siendo las doce de la noche él empieza a escuchar detrás de sí toda una serie de murmullos, de gente que habla, de gente que empieza a reírse, que conversan unos con otros; pero él nunca puede mirar hacia atrás, una vez que todo está de esta manera, toca un reloj, que es automático, las doce de la noche y el señor entonces sale y empieza a rezar. Él dice:

Padre nuestro que estás en los cielos; y sigue...

Y todas las almas, entonces, empiezan a contestarle lo que él va rezando. Tienen una voz todo ronca, como si hablaran dentro de un puro, dentro de un mate; no se les entiende muy bien, es como un murmullo; y a medida que él avanza, las almas avanzan detrás de él. En ese momento se da cuenta que todas las almas llevan velas encendidas porque la luz del fuego proyecta la sombra de él, hacia adelante. Luego, él sigue caminando y llega al pueblo en donde todos los espíritus empiezan a irse cada uno a su casa. O sea que la fila comienza a desorganizarse. Los muertos empiezan entonces a entrar a sus casas, a las casas de sus tíos, de sus abuelos, de sus

esposas, y como hemos visto que les habían hecho unos preparativos, les habían dejado cuy, café; bueno, las comidas que más les gustaban en vida, pues resulta de que los muertos consumen todo eso -y también les dejan aguardiente-, y los muertos también se cogen el aguardiente, la chicha y se la llevan.

Mientras tanto, el animero va gritando tres padres nuestros y tres avemarias por las almas del purgatorio y la gente desde la cama se levanta y empieza a rezar el rosario. Se escuchan ruidos en todas las casas del pueblo, porque todos los muertos andan visitando a sus familiares, a sus amigos, a sus enemigos, para molestarlos, para amenazarlos; y si alguno, de pronto, fue el que lo mató a ese muerto, pues irá de alguna manera querer cobrarle esa venganza. Luego de que han recorrido todo el pueblo y han ido a las veredas y a todos los lugares, por todos los caminos, entonces vuelven al pueblo. La iglesia, esa noche, ha permanecido abierta toda la noche. Y la iglesia, entonces, está a oscuras y a medida que ellos van entrando empieza a iluminarse y generalmente -pues en un pueblo siempre siempre se entierra algún cura que ha muerto allí- y ese cura, entonces asume su papel y empieza a celebrar la misa y todos los muertos empiezan también a contestar, a cantar, y hay un gran coro.

Y esa noche es la de los grandes ruidos en el pueblo: todas las cosas se mueven, se llevan las cosas, jalan a todos de los pies, lo besan, lo abrazan. Si se murió muy joven el marido y dejó la mujer muy joven, la va a tocar, la va a acariciar. Entonces, todo eso, pues es una noche tétrica; pero es una noche muy religiosa y muy respetuosa para ellos. Una vez que han estado en la iglesia, rezando, los muertos otras vez salen. El animero está adelante. Como él ha prometido jamás mirarlos, entonces él se cubre la cara y sale tocando. Los muertos, inclusive, lo guían. Sale hasta la puerta y vuelve otra vez al cementerio y entra él de primero. En ese momento no hay nadie en el cementerio, excepto aquellos muertos que se han portado mal el año pasado, que han tomado mucho trago y que se quedaron de la fila. En ese caso, al año siguiente, sale por la pared de atrás y les dice: Al año

que viene vengo a traerlos, y por eso, tanto a ellos como a ustedes, yo les diría, que cuando se mueran, deben portarse bien, para que el animero los saque del cementerio a pasear esa noche.

Esta misma leyenda, con ciertas variaciones, también existe en la ciudad de San Juan de Pasto. Resulta que en Pasto hay muchos cementerios, viejos y nuevos. Hay un cementerio en las cuadras, que es uno de los cementerios más viejos de Pasto, donde había cantidad de gente que habían enterrado allí. Y hay otro cementerio, en otro sector de la ciudad, que se llama el cementerio de Nuestra Señora del Carmen. Pero en Pasto resulta que hay una diferencia: este desfile, ésta procesión de muertos, sale el Viernes Santo. Entonces en Pasto se celebra la Semana Santa, al estilo de Popayán, y sale un Santo Sepulcro y todas las andas. Una vez que esto ha terminado, entonces la gente se va a la casa y únicamente en la Catedral permanecen los esclavos del Santo Sepulcro, esa noche, pues, en vigilia, acompañando el Santo Sepulcro. Todos los demás se van a la casa y como esa noche es prohibido muchas cosas: es prohibido comer carne, los hombres duermen solos, no se puede tomar aguardiente, jorque eso es tomarse la sangre de Cristo; nadie hace algo indebido. Entonces, a las doce de la noche, sale esa procesión; pero ellos llevan cargado al muerto más nuevo, al muerto que recién lo hayan enterrado y salen en una procesión y van orando y cantando y rezando; y resulta que una vez un tío mío, que se llamaba Gerardo Ordóñez, pues por andar de borrachito el Viernes Santo, resulta de que se encontró, por una avenida que se llama avenida Santander, se encontró ese cortejo fúnebre y resulta de que cuando él miró eso, pues dijo:

Qué raro, no?, que a éstas horas de la noche vayan a enterrar un muerto. Cómo es posible que no lo hayan enterrado de día? Bueno, dn todo caso, cuando él miró que venía ese cortejo, no le dio miedo sino que se puso a pensar que qué extraño era. Cuando pasaron cerca de él, él le preguntó al último de los acompañantes, le dijo:

Oiga, a quién van a enterrar a éstas horas de la noche?; por qué no lo

hacen de día?

Entonces le dijeron:

El muerto que vamos a enterrar es a don Gerardo Ordóñez.

Y resulta que era él mismo. En ese momento él se di cuenta de que lo iban a él llevando cargado en los hombros... Lo llevaron a la iglesia de La Merced y con una cantidad, miles de muertos, que estaban a él velándolo, le celebraron misa y lo llevaron hasta el cementerio para enterrarlo; pero, entonces, él había sido devoto de San José, que dicen que es bien para la buena muerte, y siempre le había pedido a San José pues, que le de la oportunidad de morir, pero habiéndose confesado; y resulta que sólo por eso, y porque su mamá había puesto unas espermitas en la casa, porque sabía que era borrachito, entonces, por eso se salvó.

Entonces, le dijeron:

Entonces, te vamos a conceder el deseo; pero así como somos, serás y deja que de día deben andar los vivos y de noche los muertos.

A los ocho días.m después de contar esta historia, mi tío Gerardo Ordóñez, murió.

Quienes se encuentran con este cortejo fúnebre les suceden una cantidad de cosas extrañas. Por ejemplo, hay unas viejitas, que son así fisgonas, que les gusta estar en las puertas o en las ventanas, por el ojo de la chapa, mirando la vida de los demás, comiendo prójimo; entonces puede pasar uno de estos cortejos fúnebres y le encargan una esperma o un cirio, y le dicen:

Señora, téngame este cirio hasta mañana.

Y resulta que una vez la persona toque el cirio y lo guarda, al otro día

encuentra que es una canilla de muerto, y el muerto, al otro día viene a recibirlo y en caso de que no sepa el secreto y le entregue al muerto la canilla, entonces se lo lleva con todo, se lo carga el muerto a uno. Entonces, ahí tiene que tener dos niños, dos niños menores de tres años, tener dos y estar bien agarrado de los niños a la hora de entregarle al muerto la canilla que le encargó, porque de lo contrario se lo carga. Entonces el muerto le dice:

Agradece que estabas con estos niños, porque de lo contrario te habríamos cargado, por ser una figona, por estarte metiendo en la vida que no te importa.

También, por ejemplo, a los borrachitos que andan por ahí, tomándose sus traguitos. Si uno se encuentra con este "guando" -el cortejo fúnebre-, lo pueden cargar, como le sucedió a mi tío Gerardo de quien ya les conté. También puede suceder que hay borrachitos que cuando ya se acaba el trago, bien de noche, buscan donde meterse para tomarse un traguito más, y encuentran una puerta abierta, pero ahí hay un velorio, están los carteles afuera, la gente llorando, adentro hay gente rezando el rosario, están las coronas, hay gente sirviendo café, para toda la gente, están tomando traguito los dolientes, y el borrachito se hace el loco y se va metiendo a la pieza, a rezar. De pronto la gente empieza a hablar de él:

Pobrecito el señor tal, era buena gente, todo comía, nada dejaba, era tan buena persona.

Otros empiezan a rajar de él, pero entonces, empiezan a mencionarlo a él, con nombre propio. El borrachito termina por sorprenderse: Pero, cómo, si yo aquí estoy vivo.

Cuando él se para y va a mirar, resulta que el muerto es él mismo.

isto es, más o menos, lo que se puede relatar de la leyenda que se llama "el guando".

EL GUANDO DE PANDIACO

Cuentan que en Pandiaco, del cementerio también salía esta misma procesión, que subía por "Torobajo", por donde queda la Universidad de Nariño, por el Figueroa y bajaba por la calle Diez y seis, allá en San Pedro. Pero era un cortejo mucho más pequeño y de conconrllarse uno o ponerse en cruz en el piso no le pasaba nada. Pero, generalmente, encontrarse con el guando es un peligro, ya que se lo pueden cargar a la otra vía.

EL DESOBEDIENTE

**Gregoria Lenis
Valle**

Un grupo de jóvenes cogió viaje para las montañas, a ver que encontraban allá. Y todo el día camine y camine y ya por ahí a la hora de la oración, que ya llegaron por allá y entonces allí encontraron un ranchito viejo, por ahí, entonces dijeron: ¡Qué bueno que nos encontramos este ranchito; aquí nos vamos a quedar!

Hicieron un patio así, cortaron leña de esas chamizas que había y entonces hicieron fogón, hoguera, para hacer la comida, para almorzar porque no habían comido nada en el día. Iban ahí a hacer todo: almuerzo, comida y cena.

Bueno, y entonces estaban ahí rodeados alrededor del fogón, conversando, cuando oyeron un grito muy inmenso, allá en el monte, de lejos, y entonces, uno de los mayores, les dijo:

No vayan a contestar.

Pero hubo uno desobediente que contestó: le pegó el grito a la que había gritado hacia allá.

Bueno, pues entonces, ya dijo el mayor:

¡Ah, estamos perdidos! Usted contestó; vamos a levantar todo esto porque ahora nos va a pasar un cacho muy grande.

Pues, ya verán, que se fueron, que se entraron adentro, al ranchito, pues, a hacer conmemoración de que les iba a suceder algo.

Bueno, cuando ya estaban allí todos, cuando empezaron a oír una voz que decía:

Aquí estará? No, no está. Aquí estará? No, no está.

Y fue dándole la vuelta al rancho en esa misma pregunta. Entonces, cuando ya a lo último, seguro, llegó a la puerta y allí se perdió el grito, y todos calladitos, calladitos. Y entonces, fue y se cogió al que había gritado, y se lo llevó.

Y todos calladitos, sin saber qué era.

Pues, qué era?

Uno de ellos, malicioso, prendió un fósforo y alumbró. Cuando vieron un charco de sangre.

Allí, pues, todos ya desconsolados, se preguntaron:

Entonces, qué es que vamos a hacer?

Y dijeron:

Estamos perdidos.

Al día siguiente, como pudieron, regresaron a su pueblo y tuvieron que perder el paseo por culpa del desobediente.

OTRA VEZ EL TÍO CONEJO

Alvaro Gasea Coronado
Huila

Todos los animales del monte estaban furiosos con el picaro de tío Conejo. El, al chulo, le había arrancado todas las plumas de la cola y el tío chulo lo vigilaba desde lo alto de los aires, a ver, dónde podía verlo.

Al tío Burro, no lo dejaba tranquilo, halándole las orejas, halándole la cola y al tío Perro, que ese si es bien de mal genio, lo tenía completamente enloquecido, mostrándole huesos de mentira. Así que entonces, los animales se reunieron un día y dijeron:

Vamos a ponerle remedio a este sinvergüenza.

Yo estoy completamente furioso con él. Dijo el tío Perro.

Entonces, el tío Burro, dijo:

Yo, casitico lo agarro.

Cuál casitico, si casitico no se vale; hay es que cogerlo.

El chulo dijo:

Pues, yo tengo una idea: desde los aires yo puedo estar vigilando y cuando lo vea llego y ¡paquete!, le pego su picotazo. Nooooo. Le dijeron los otros animales. Chulo sonso, por allá en el aire y el conejo que es tan pequeñito se mete entre los pastales; ¡cómo lo va a coger!

Entonces, qué hacemos?

Qué podrían hacer los animales para agarrar a ese picaro, ah?

Qué trampa le podrían tender, ah?. Cuál podría ser, ah?

Una zanahoria? No, eso lo habían intentado muchas veces y no habían podido agarrarlo.

A ver, qué otra cosa se les ocurre?

Matarlo? No, lo habían intentado coger y nada. A ver, qué mas podría ser?

Matarlo con una escopeta? Noooo, nooo. Dijo el perro. Yo tengo una idea: como aquí en el monte no hay sino un solo sitio donde todos los animales vamos a tomar agua, entonces nos vamos a esconder, y cuando el conejo, bien fregado de la sed, llegue, le caemos todos encima y ¡suáquete!, lo cogemos y se acaba ese picaro, se acaba ese sinvergüenza.

Así hicieron. Fueron y se escondieron todos en el lago; pero el picaro tío conejo, que no es ningún bobo, estaba detrás de los matorrales, oyendo lo que estaban planeando contra él, y dijo:

¡Uy!; y ahora, qué voy a hacer?; ah?

Se puso a dar vueltas, hasta que abrió un hueco en la tierra, de tanto

pensar. Y dijo:

Dejen y verán.

Y se fue para el pueblo más cercano, a la casa del señor zapatero. El señor zapatero estaba trabajando y cantaba:

Zapatero remendón
zapatero remendón,
que trabaja de sol a sol
que trabaja de sol a sol.
martillando en su furgón
martillando en su furgón.
La tachuela se perdió
la tachuela se perdió,
y el martillo subió hasta el sol
y el martillo subió hasta el sol,
machucando al remendón
machucando al remendón.

Mientras el zapatero cantaba se le desapareció un zapato, y comenzó a buscarlo. Decía: ¡Dios mío!; por aquí como que está el duende. Están espantando, se me están desapareciendo las cosas.

Cuando pilló que ahí estaba el sinvergüenza, agazapado con un zapato.

¡Cojan al ladrón! Corre y corre. ¡Cojan al ladrón! Corre y corre. Hasta que el conejo, que es más veloz, se le perdió en la distancia.

Imagínense ustedes, niños; ¿creen que robar está bien?

Pues, no señor. Y si por lo menos le hubiera robado el par de zapatos. Pero, un solo zapato, ¿para qué sirve?; ¿ah?

Entonces fue... adivinen para dónde se fue.

Se fue para el camino real, se escondió detrás de los matorros, por dónde pasa el señor mielero, y el señor mielero decía:

Por el camino real,
viene bajando el mielero
por el camino real
viene bajando el mielero;
vendo miel para endulzar
la vida del campesino,
vendo miel para endulzar
la vida del pueblerino.

Entonces, el conejo saca, pone el zapato y se esconde.

Detrás de los matorros
un picaro lo vigila,
detrás de los matorros
un picaro lo vigila
para robarle la miel
la dulzura de la vida,
para robarle la miel
la dulzura de la vida.

Y el mielero dice:

¡Uyiii, un zapatico, un zapatico; me acabo de encontrar un zapatico!

Pero un zapatico ¿para qué?, ¿ah?

Entonces, lo botó y siguió.

Pam, pam, parampampam.

Entonces el conejo cogió el zapato; corrió y corrió y se le adelantó y volvió a poner el zapato más adelante.

Y el mielero:

Tan, tan tarantantan, tan, tan, tantán. ¡Ah!; júpili, otro zapatico; me acabo de encontrar otro zapatico. Uno que tengo aquí y otro que dejé tirado allá, son dos. Así sí me puedo poner el par de zapatos.

Y dejó la miel allí y se fue a buscar el otro zapato. Entonces el conejo salió, cogió la miel y... adivinen qué hizo con la miel. Pues comenzó a untársela por todo el cuerpo, por toda parte, por la cola, etc; el conejo parecía loco. Y luego comenzó a revolcarse en el piso y se le pegaron las hojas, chamizas, tierra y quedó hecho un monstruo. Entonces se fue para el lago y allá estaban los otros animales, jugando avión:

Pisó raya, pisó raya. Le dijo el burro al perro.

Y el chulo llegó y dijo:

Yo también quiero jugar.

No, señor, a usted lo hemos puesto a vigilar. Qué tal que venga el conejo ese y usted aquí jugando con nosotros. Se me va ya. Le dijo el perro.

Al momento volvió el chulo, y dijo:

¡Ay!, algo se mueve, algo se mueve; algo raro se acerca.

Y viene entrando el tío Conejo:

¡jao, jao, jao! ¡ja, ja, ja! ¡Ah, ah, ah!

Y los animales:

¡Señor, Dios mío, qué es esa cosa!. Señor, usted ¿quién es?

Entonces, el tío conejo, con una voz distinta, dice:

Yo soy el rey de esta montaña. Yo soy el hojarasquín del monte.

¡Ay, un nuevo rey; qué bueno! ¡Ay, señor rey, qué se le ofrece!

Un poquitico de agua.

¡Agua, agua!

Comenzaron a pasarle agua, hasta que dijo:

Suficiente, mis queridos subditos. Si ustedes quieren y están muy cansados, pueden descansar.

V el burro, con lo perezoso que era, preguntó:

¿Y, podemos dormir?

¡Claro, claro!; pueden hasta dormir.

Y se quedaron dormidos.

El conejo se sacudió toda la hojarasca que tenía encima y arrancó a correr. Cuando los animales se despertaron, no vieron sino las hojas, y dijeron:

¡Uy, el rey se derritió!

Pero el perro olió y dijo:

Esto me huele a conejo, esto es el sinvergüenza del picaro tío Conejo; vamos a buscarlo porque lo que es de ésta si no se va a salvar.

Y todavía, por todas las montañas, andan persiguiendo al picaro tío Conejo, a ver si alguna vez pueden desquitarse de todas sus picardías.

LA TURUMAMA

**Jaime Coral Bustos
Nariño**

Esta historia, como todas las historias, tiene su origen en la fantasía; pero, en todo caso, en Nariño se las considera como muy reales.

Resulta que cuando hubo la pelea en el cielo, entre Dios y los ángeles malos, entonces Dios ganó la pelea y mandó a todos los ángeles malos al infierno; y dice la Biblia que caía como lluvia de fuego a la tierra.

Todos los diablos fueron sepultados en el fondo, en el infierno; pero algunos ángeles de estos no cayeron totalmente al fondo, sino que se quedaron flotando en el aire: son los duendes. Y dentro de los duendes existen muchísimos: existen duendes enamorados, duendes buenos, duendes malos, duendes juguetones, duendes sucios, duendes limpios, etc..

En las quebradas y sobre todo en las charcas, cuando empieza a formarse esa capa de algas, vive un duende especial que se llama "el cueche".

El cueche es un duendecito con la forma de un gusano y sólo tiene un ojo en el centro. Cuando llueve, cae toda la lluvia y luego aparece el "linti", que es el dios sol y se forma el arco iris: un arco iris precioso que une la tierra con el cielo. El cueche empieza a subir por el arco iris y cuando llega arriba, empieza a mirar y queda extasiado mirando todo lo que es la montaña verde de Nariño y la profundidad de los ríos. Y él es emocionado, emocionado, allá, viendo eso. Pero, si de pronto, por allí, ve pasar una muchacha bonita, entonces el cueche baja inmediatamente y la fecunda: le engendra un hijo. Estos hijos se llaman: "Guairamusca", que quiere decir hijo del viento.

En una época sucedió que en Pasto había una niña, muy bonita ella, como las mujeres nuestras del departamento: no muy altas, más bien bajitas, gorditas, cachetes colorados, los ojos negros, negros como el vuelo de las golondrinas y el cabello largo y negro, negro profundo como las alas de los buitres. Y ella tenía una cintura cimbreante. Siempre iba a traer agua en la quebrada, ayudar en la cocina, porque era una mujer muy "guarme" -guarme quiere decir hacendosa-, no Carishina -carishina quiere decir las mujeres que no hacen nada en la casa sino que se la pasan todo el día pintándose y arreglándose-; ésta era muy guanne, era muy dedicadita a su casa.

Bueno, fue creciendo y se hizo mujer bellísima y todos los muchachos ya miraban, y se la quedaban mirando y se la quedaban mirando, emocionados ellos mirándola, y ella como que no les hacía caso. Un día se fue a la quebrada a traer agua y había llovido y apareció el arco iris, y el cueche empezó a treparse en el arco iris y llegó desde arriba y la miró y vio que era linda, que era hermosa, y se enamoró profundamente de ella, bajó y le engendró un hijo.

Ya la muchacha empezó a sentir los dolores del parto, pasado un tiempo: pero eran nueve meses y no nacía el niño, diez meses, once meses, trece meses y ella con el estómago, así, hinchadísimo y las comadres le decían:

No, de aquí a pasado mañana no pasa eso; va a nacer el niño.

Nada, total no nacía el niño.

Una noche ella sintió que ya era el momento llegado, que iba a tener el niño. Nuestras mujeres, cuando van a tener un hijo, no van donde la comadrona o al hospital, sino que van a la chagra, al lado de los cultivos y allí tienen el hijo; y le arrancan el cordón umbilical y la placenta y la entierran para que fecunde la tierra, o sino se van a orillas del río y ellas mismas tienen a su hijo y lo bañan a la orilla del río.

Bueno, ésta niña fue a la orilla del río, y sentía unos dolores espantosos, unos dolores terribles y una cuestión, digamos escalofriante, y el niño no nacía y ella se desesperaba, se desesperaba hasta que por último nació el hijo.

Fue tanto el esfuerzo de ella por tener ese hijo, que era el hijo del cueche, que no pudo sostenerlo y se le resbaló y se le fue en el agua. Ella se alocó, las manos se le fueron volviendo huesudas y las uñas largas, largas como las raíces de los árboles y el cabello se le fue haciendo largo, largo y aunque lo tenía negro se le fue haciendo ceniciento, con ramas y con hojarascas, y los senos le crecieron tanto que le llegan a la tierra y entonces, ella, para caminar tiene que echarse los senos a la espalda, se los carga. Se llama la Turumama. y por las noches se oye a una mujer que grita por los campos:

¡Mi hijoooooo, mi hijoooooo; por eso, cuando nace un niño, en la casa se lo guarda, se lo cuida muy bien y se coge una tijera y se pone así, en forma de cruz, en la puerta, para que no entre la turumama y se lo vaya a llevar al niño, porque ella cree que todos los niños son hijos de ella.

Cuando uno la escucha cerca, está lejos y cuando lejos, está cerca; y siempre llora. En una ocasión, dos niños, asustados de verla se

subieron al soberao de la casa, y cuentan ellos que se acercó, entró a li casa, comió brasas, y una vez que los hubo detectado se subió al soberao y el instinto de madre de ella hizo que cogiera a los dos niños y los hizo mamar de sus senos. Dicen que aquello era tan fuerte, una leche pues tan guardad, tan absurda, que desde entonces nunca más volvieron a enfermarse ni de gripa, ni de ninguna otra enfermedad.

Entonces, nosotros tenemos remedios para evitar que la turumama se lleve los niños. De pronto, si ustedes ven aparecer el arco iris y saben que el cueche está allí, tienen que cuidarse, por que el cueche, cuando ve una mujer bonita, se enamora. Entonces, lo que hacen nuestras mujeres es coger un machete y echar así, al aire, se pone a cortar el aire, y evita que el cueche baje a ella. Pero cuando el cueche, que está arriba, mira a un hombre, siente celos, le da rabia, le da rabia porque el no puede ser un hombre como los demás y poder tener su mujer; entonces, baja y lo mea. El miado del cueche le produce unas chandas: son unas llagas que nunca le van a sanar. A mucha gente le ha miado el cueche. La mano se le va poniendo así, toda rugosa, toda llena de verrugas, de verrugas hasta que se le pudre la mano, Por eso bs campesinos, y nosotros mismos, cuando vamos por el campo y hay el arco iris, empezamos a cortar el aire, a cortar a cortar, para que no nos vaya a coger el cueche.

LOS MUELONES

Irma Vásquez
Valle

Para ustedes este cuento que me fue dado por mi padre. Nosotros teníamos la costumbre, por ahí a las siete de la noche, siempre él nos echaba estos cuentos que nos hacía llenar de mucho terror, un temor inmenso que nos corría.

Nosotros no podíamos dormir, porque era aterrador; y así empezaba su historia o su cuento:

Resulta que Buga era una ciudad despoblada. Los hombres eran muy sinvergüenzas y les gustaba mucho andar de noche libándose sus traguitos, por allá. Entonces mi papá era de ese grupito. Mi viejo me contaba que una noche iban hacia el lado de la calle séptima con carrera Segunda -suponiendo pues que esa es la dirección de ahora-, iban ellos un poquito borrachitos cuando de pronto, una hermosa mujer, con un cuerpo -claro que no la vieron de frente, sino por detrás-, y meneaba sus caderas; ¡Ah!, ahí mismo, me contaba mi papá, que había uno enamoradísimo, era un señor don Juan, y dijo:

¡Ahí está la mía!

Sinembargo, mi papá sintió escalofrío. Dijo:

No, esto no es nada bueno; no se porqué, pero esta mujer me ha causado como un escalofrío.

Sinembargo, los otros le dijeron:

No, sigámosla. ¡Uy!, con este cuerpote, quién no la va a seguir? Y la siguieron, y la siguieron. Y la mujer los llevaba para arriba, para arriba -tengan en cuenta, más o menos por la virgen-, y estos tipos estaban tan enceguecidos por el alcohol, que no se dieron cuenta que los llevaba arriba, hasta que la alcanzaron. La alcanzaron y le dice uno:

¡Ay, mamacita!; usted, por qué nos trae tan a la carrera? Con ese cuerpo y ese pelo tan hermoso, ¡cómo nos hace correr!

Y voltea esa hermosa dama -porque muchas veces las apariencias engañan-, voltea y le dice:

Así, ¡veeeeeee!

Un cuerpo, una cara aterradora. Mi papá, tremendo susto. ¡Corran y corran y corran!

Llegaron por allá, a una esquina, aterrados y encontraron a un tipo a quien le dijeron:

¡Oy, hermano!, no se vaya a arrimar allá porque atrás viene una mujer espantosa, aterradora. ¡Uy, hermano!, ésta borrachera se me fue al diablo,

Entonces, voltea el tipo que se encuentran, y les dice:

Tan fea como este?; jeeeeee.

Y pela tremendos dientes y se alumbra la cara.
Era la misma mujer.

EL ÁNGEL Y EL DUENDE

**Irma Vásquez
Valle**

Mi mamá es de un pueblito del Cauca llamado El Tambo. Me llevaron como de doce años -esto fue verídico, no vayan a creer que es pajarilla-; entonces, nos fuimos por allá, ¡rico!, a pasear, y habían unas quebradas y yo me iba a acompañar a la señora de la casa que iba a lavar con un peladito pequeñito. Llegamos por allá, cerca a la quebradita, y nos tocaba

devolvernos hacia la casa, cuando yo me veía en una papayera, y mis pies se enredaban y yo bregando a salir de allí y yo no podía y alguien halaba del niño y se lo querían llevar.

¡Ay, virgencita del Carmen!; yo que voy a hacer? ¡Uy, Ay!; se me van a llevar a Pablito; yo no lo voy a poder coger.

Y, sinembargo, era tanta la fuerza mía que yo no lo dejaba ir; no lo dejaba ir. Y eso me halaba, me halaba y yo, no, nada, nada que podía; cuando de pronto oí por allá arriba que decían:

Irmaaaaaa...

Y yo:

¡Madrecita. yo no puedo salir de aquí, madrecita linda! Yo por dónde salgo?

Y me tiraban y me tiraban, hasta que yo me acordé:

¡Ay, angelito de mi guarda!; no me dejes que me lleve este animal.

Cuando un muchachito, más pequeñito que el que yo llevaba, me decía:

Vení, vení juguemos.

Y yo dije:

¡Nooo! -era cabezón -; no. yo dije nooo, ni me le arrimo; ni puel judas. Entonces yo dije.

¡Ay, angelito de mi guarda!; hace que yo pueda salir de este poco de bejucos de zapayo, que me están jalando.

Y saben ustedes, que cuando yo nombré al ángel de la guarda, pude salir de este enredo tan duro.

EL CARRO DE LA OTRA VIDA

**Raúl Ordóñez
Nariño**

Yo tenía una tía y su esposo tenía un carrito viejo. Esto era por allá en 1912, 13, cuando recién los carros empezaban a llegar a las ciudades. Entonces, en ese carrito transportaban productos del campo a la ciudad. Era el único carro que existía, en ese tiempo, prácticamente en esa zona; y resulta que en una de esas noches, ellos, viajando, pues se encontraron de que detrás de la carretera venían unas luces, y dijeron:

¡Extraño esto! De pronto es que alguien ha comprado otro carro, o algo.

Esas luces se acercaban, se las encontraba luego de frente, luego aparecían otras y ellos no sabían qué era lo que pasaba. Las luces, también a veces se detenían o se acercaban lo suficientemente atrás, Hasta que en un momento se dieron cuenta de que era algo que pasaba por encima del carro y tenía una cantidad de olor a azufre, que iban gritando un poco de espíritus y fantasmas, iban arrastrando cadenas, iban murmurando, gritando y decían:

¡Malditos mis padres que no me supieron reprender!

Cuando el carro pasó por encima se dieron cuenta que era el carro de

la otra vida, que despide toda una serie de fuego, de olores extraños, de sonido; pero la señora, pues, a pesar de que lo vio, jamás creyó que eso fuera realidad sino que pensó que era fruto de su imaginación.

Una vez ya en Pasto, cuando había pasado mucho tiempo, entonces, la señora, que era pues muy fisgona -le gustaba andar comiéndose el prójimo, hablando de todo el mundo, mirando lo que pasaba en todas partes-, entonces, una noche ella estaba pues, parada en la ventana, mirando lo que el prójimo estaba haciendo, hasta altas horas de la noche, en eso pasó una señora y le dijo:

Oiga, por qué no me guarda esta espermita y mañana la vengo a traer a la misma hora.

La señora la guardó debajo de la cama, esperó al otro día, pues no le paró bolas, y le contó a un amigo:

Ahí hay una vela; yo debo irme. Se la entregas a una señora que va a venir a traerla esta noche.

El amigo, le dijo:

No sea tonta, que es algo de un muerto que te ha venido a traer esto.

La señora, entonces fue a mirar y en efecto, la esperma se había convertido en una canilla de muerto. Luego, el amigo le aconsejó:

No vayas a cometer el error de entregarle pues esa canilla a esa señora, porque esa te carga y te mueres.

La señora, entonces, le dijo:

¿Qué debo hacer?

Debes coger dos niños que sean inocentes y tenerlos junto a ti, uno a

cada lado, y a lo que llegue ésta señora, que es la muerte, debes pellizcarlos para que los niños lloren y debes agarrarte de ellos y de esta manera no te va a cargar.

Y resulta que efectivamente ella miró que el mismo carro que había visto en otros tiempos, se acercaba con todo el alboroto que ya les he mencionado, y miró ya efectivamente que encima de ese carro, iban cantidad de espíritus, de fantasmas, de esqueletos, de diablos que iban en el gran alboroto y el carro paró para llevársela a la señora. Se bajó de ahí un señor, y le dijo:

Vengo a traer la espermita que te encargué anoche.

La señora pellizco a los niños, los niños se pusieron a llorar y entonces el muerto le recibió la esperma y le dijo:

Agradece que estás acompañada de estos inocentes, porque de lo contrario te habríamos cargado.

Pero la señora no dejó el vicio, cierto, de seguir figoneando a la gente, de vivir hablando mal y pensó, y dijo:

Seguramente, con que yo vaya a misa, seguro que nunca me va a cargar a mí, el diablo.

Y la señora, efectivamente, iba todos los días a misa, a las cinco de la mañana. Rezaba, hacía obras de caridad y creía que con eso era suficiente. Se confesaba, comulgaba; pero resulta que una noche - ella dejaba su despertador para levantarse temprano, a las cuatro y estar lista para la misa de cinco en una iglesia de Pasto que se llama Iglesia de San Andrés- entonces, pues, la señora, que era mi tía, ella se dumió esa noche y escuchó ya el despertador, y dijo:

Seguramente deben ser las cuatro de la mañana. Me voy a misa.

La señora, entonces se vistió rápido y se fue a la iglesia y se puso a esperar que el padre abriera las puertas; pero en ese momento empezaron a dar las doce campanadas, en la iglesia y entonces se dio cuenta que eran las doce de la noche y efectivamente, entonces volvió a escuchar el ruido característico de este carro, que es todo destartalado, un carro viejo, y entonces ya llegaron todos juntos a ella y miró que el diablo llegaba encadenado a una serie de personas: unos iban, sacada la lengua, porque eran los que habían hablado mucho, y así cada cual, según el órgano que hubiesen utilizado más en su vida para ofender al prójimo.

Esa vez sí se la cargó el espíritu; se la llevó a ella en el carro de la otra vida, precisamente porque se había puesto a dudar de la veracidad de este hecho.

Esta vez, fue la última vez que la señora salió de su casa y desapareció. Y la versión es que se la llevó, efectivamente, el carro de la otra vida.

DOÑA EDELMIRA

Alvaro Gasea Coronado
Huila

Doña Edelmira Coronado, a los catorce años, era una niña muy hermosa. En aquel tiempo, cuenta ella, los noviazgos no eran como los de ahora: que salir a cine, que salir de noche, que salir en lo oscuro. No, señoras y señores; las primeras miradas con Nicolás empezaron en la iglesia, cuando los hombres se sentaban a un lado y las mujeres al otro. Entre mirada y

nirada fueron enamorándose y una tía, una hermana de doña Edelmira, le hacía el favor de llevarle los papeños de amor de Nicolás. A punta de papelitos Nicolás le dijo que si se casaban y a punta de papelitos doña Edelmira le contestó que sí.

Pero el papá de doña Edelmira no quena para nada a Nicolás; ni siquiera verlo cerquita de la casa. Así, a punta de papelitos decidieron volarse de Iquira, el pueblo donde vivían.

A las cuatro de la mañana que salía la flota, doña Edelmira se voló y unos amigos la escondieron dentro de una estera. Doña Edelmira no era alta y cupo perfectamente. Nicolás, mientras tanto, se fue a las afueras del pueblo, por donde tenía que pasar la flota.

El suegro fue furioso y la buscó por todas las casas del pueblo. Entró y peleó con todo el mundo porque la estaban alcahueteando esos amores prohibidos de Edelmira con Nicolás. Incluso puso un pie sobre la estera, sin sospechar que Edelmira estaba allí, escondida.

Se volaron a Neiva: se iban a casar en Neiva. Ella tenía catorce años, él tenía diez y ocho; pero él siempre la respetó. Cuando estaban a punto de casarse supieron que el suegro, que el papá de doña Edelmira venía furioso por el camino, porque alguien le había avisado que estaban en la ciudad de Neiva, y sin casarse cogieron camino y se volaron para Florencia. Estaban que se casaban, cuando supieron que el suegro iba detrás, más furioso todavía, porque alguien le había contado que estaban en Florencia. Rápidamente empacaron sus cosas. Y don Nicolás siempre la respetó. Y se volaron para Roldanillo -Valle-; allí se casaron. Allí, el suegro furioso no los siguió.

Vivieron un tiempo felices, hasta que doña Edelmira, con dos hijos, un día, en aquellos tiempos que era la edad de los inventores, quedó viuda, porque Nicolás, fabricando triquitraques, metió toda la pólvora dentro del molino, para molerla más finita y la pólvora reventó.

dejando a doña Edelmira, a los diez y siete años, con sus dos hijos, siendo supremamente apetejada por todos los amigos de Nicolás.

Doña Edelmira, entonces, cogió camino. Se devolvió. Llegó a Neiva, y volvió a Iquira. Viendo la viuda, viéndola con el dolor, el papá la perdonó.

Doña Edelmira, pensó:

Y yo, que voy a hacer con este par de muchachos? El uno tiene seis años y el otro tiene cuatro años. Yo necesito un hombre que me ayude a criar estos muchachos. Necesito un compañero en mi vida.

Y dice ella, contándome esto:

Y por allí pasó su papá.

EL MIMO

Carlos Alvarez
Antioquía

Una vez estaban presentándome en el barrio "Veinte de Julio", al occidente de Medellín. Es un barrio de invasión. La gente, desesperada por tener una casa propia, sin tener donde vivir, sin tener con que pagar arriendo, invadieron unos terrenos. Es una montaña que queda al occidente de Medellín; es una montaña muy empinada. Entonces, llegaron los invasores, cortaron la montaña e hicieron sus ranchos. Esa montaña parece llena de escalas; tanto que les cuento que si alguien se para frente a su

casa, le queda una acera como de cincuenta centímetros y mira para abajo y está el solar del vecino, por ahí a dos metros; y el otro vecino camina cinco pasos, sale a la acera, que son cincuenta centímetros y mira para abajo y a los tres metros encuentra el solar del otro vecino, total que para los niños es muy peligroso salir a jugar a la acera. Y las calles no son calles: son unas escalas larguísimas.

Y bueno, me invitaron a mí, que si iba yo -era una fiesta que tenía el barrio-, a presentar pantomima. Estaba yo presentando una pantomima, allá en la lomita, arriba en el filo -había cuatro casas y un espacio donde poderme presentar-, y empecé a presentar una pantomima sobre la vida: era una mariposa que se posaba sobre una flor y había un personaje que entraba en ese campo, a respirar el aire puro, cogía la mariposa, la acariciaba, jugaba con ella; pero otro personaje macabro, entraba, la atrapaba y la clavaba en un alfiler, en el piso. El personaje tierno había tenido que huir antes, porque este personaje que la clavaba con un alfiler en el piso, era un personaje armado.

En fin que yo estaba en eso, porque al final entra el personaje tierno, le quita el alfiler, le da un beso, le da un soplo y se da cuenta que si toda la gente que está ahí la sopla, la mariposa vuelve a vivir, cobra vuelo y libertad, y en el preciso momento en que el personaje tierno le estaba dando vida a la mariposa y la estaba pasando por el público para que cada uno la soplara, brincaron al ruedo donde yo estaba, un viejo flaco, con una botella de cerveza en la mano, borracho y un pelado como de quince años, con una navaja automática. El borracho le dio al piso con la botella y la despicó y el pelado abrió la navaja y empezó la pelea. El borracho le tiró al pelado un lance con la botella despicada pero no lo alcanzó; el joven brincó y ¡suazzzz!: le pegó una puñalada en la garganta. Inmediatamente brota ese chorro de sangre, a mí me cuestionó mucho eso, por qué, cómo así, yo presentando una pantomima sobre la vida y aquí en este barrio de invasión sucede esto.

El pelado, apenas el viejo cayó al piso, se fue. El viejo cayó al piso, cambió de colores y todo el mundo empezó a huir. Yo también huí, desesperado, asustado por lo que había acabado de pasar; y nadie cogía al viejo que se estaba muriendo: un viejo que estaba borracho y con una herida mortal. Pero me sorprendí, porque dos mujeres, dos valientes mujeres jóvenes se tiraron al ruedo y entre las dos cogieron al viejo entre los brazos y las piernas y empezaron a bajarlo por todas las escalas, y mientras ellas bajaban yo me quitaba el maquillaje del mimo. Cuando me cambié, empecé a bajar, y cuando llegué a la base de la loma venían las dos mujeres muy tristes, porque en el centro de salud que quedaba cerca, el viejo había muerto.

Me sorprendió todo eso. Yo haciendo arte por la vida y en la realidad pasando esto. Pero me dejó maravillado una cosa: a pesar de la violencia, porque yo les decía al principio que en Medellín sí hay violencia, pero también a la par van sucediendo hechos tiernos, alguna vez esos hechos tiernos tienen que cambiar esa violencia y alguna vez van a tener que imperar los hechos tiernos. Comprobé una cosa: las mujeres, a pesar de que habíamos muchos hombres, entre comillas, las mujeres cogieron al viejo y lo bajaron al hospital. Ningún hombre se atrevió.

En estos días he comprobado que las mujeres en Medellín, en los barrios populares, son las que han levantado a los hijos son las que se suben a los techos a coger las goteras, y son las mujeres las verracas, las que han hecho muchas cosas.

EL ENCANTO DE PATIOEBRUJAS

Eduardo Ospina
Versalles - Valle

Voy a contarles una historia de un señor de allá de mi pueblo. Se llama Javier. El me asegura que lo que le sucedió, fue cierto.

Hace muchos años funcionaba en el pueblo un teatro. El era un Campesino, pero los viernes por la tarde salía a verse su película. Entraba a cine -el cine empezaba a las siete y media-, tan pronto terminaba, desfilaba para su casa. Lo mismo los sábados. Viernes y sábado, para él, era religioso ir a cine. Resulta que él vivía en una finca retirada, póngale una hora más o menos, y tan pronto salí de cine, pues se iba para su finca. Era, o es, un tomador de cerveza de esos enormes y al hombre, en su mochila, no le faltaba su flauta.

Bueno, en cierta ocasión el hombre salió de su casa y se vino al pueblo a ver su película. Tenía que pasar por un lugar que precisamente lo llaman "Patioebrujas", un sitio donde la gente dice (jue las brujas se reunían en determinada época a hacer su aquelarre. La mamá del negro Javier, le decía:

Mijito, tenga mucho cuidado; le he dicho mucho que en ese lugar hay muchísimas brujas, y usted no me quiere creer.

El no le atendía.

Alguna vez se fue para cine. El hombre salió de cine, se tomó dos o tres polas y cogió su camino. Antes de llegar a "Patioebrujas", se encontró un caballo, un caballo blanco, muy lindo, y dijo:

Vel; este es el caballo de don Hipólito.

Y como un buen campesino, de allá de mi tierra, no le faltaba su machete, y entre el bolsillo una cantidad de cabuyas. Bueno, entonces, dice:

Le voy a hacer un favor a don Hipólito: le voy a llevar su caballo; y él a mí me hace un favor: me presta su caballo para yo poder llegar a la casa.

Entonces coge las cabuyas, las anuda, va y coge el caballo y se trepa. El hombre se trepa a su caballo e inmediatamente se subió, arranca ese caballo, desbocado. Y lo curioso era que llegaba hasta cierto punto, un poquitico más allá de "Patíoebujas" y el caballo se devolvía; pero en el momento en que el caballo iba a voltear, él trataba de bajarse y no era capaz, se sentía completamente aferrado al caballo. El no se podía explicar por qué razón el caballo volvía a "Patíoebujas" y ahí volvía a voltear. Y en esas se estuvo mucho rato, tratando de tirarse de ese caballo, y no era capaz de tirarse del caballo. Bueno; de pronto, al pasar así, por una barranca, ya le entró muchísimo temor. Ya, él tenía un miedo terrible: los pelos se le paraban los vellos, él ya creía que sus manos no eran las suyas. Bueno, el pánico era horrible. Entonces, al cruzar así, por una barranquita, él dijo:

¡Virgen Santísima, favoréceme!

Entonces, hizo un esfuerzo y se tiró. El caso es que, de pronto, se encontró montado en la barranca y dándole talón, como si fuera montado a caballo. Se dio cuenta de eso y arranca, como alma que lleva el diablo, para su casa.

Bueno, entonces el hombre llegó a su casa y tocó. Cuando el hombre tocó, perdió el sentido y cuando el hombre volvió a darse cuenta de sus actos, su mamá lo tenía en su regazo, frotándole con plantas aromáticas y con cantidad de cosas, y entonces, le dijo:

Mijito, recuerde lo que le he dicho siempre: el principio del bien y del al rige en este mundo. Tenga mucho cuidado.

Esa es mi historia.

LA PESCA FRUSTRADA

Luis Alberto Franco
Valle

Hace algún tiempo, en una vereda llamada "Santa Helena", de Versalles Valle, trabajando yo en el campo, campesino que soy, me encontré con un amigo y me dijo:

Hombre, por qué no vamos a pescar? Ah?

Hay un río que llama Garrapata. Nos fuimos a pescar; nos llevamos tremendo fiambre. Empezamos a bajar -porque le cuento que de la vereda Santa Helena al río Garrapatas, queda lejitos: más o menos a tjabaco y medio (ustedes saben más o menos cuánto es eso)-, empezamos a bajar y en la mitad del camino el compañero me dijo djue se sentía un poco cansado:

Por qué no nos sentamos y comemos algo?

Nos sentamos a comer panela. Usamos siempre comer panela con queso para que nos de un poco de fuerza. Nos sentamos. Empezamos a hablar. Luego, seguimos nuestro camino, porque la]pesca era de noche, y da la casualidad, que por esas coincidencias del destino, se nos perdió el fiambre: se nos quedó donde nos habíamos

sentado, especialmente a un lado de un totumo.

Nos fuimos y empezamos a pescar, tipo diez y media, once de la noche y empezó a darnos un hambre tremenda -ustedes saben: las tripas grandes bregándose a comer las pequeñas; ¡qué cosa tan tremenda!-, bueno, no éramos capaz de sostenernos y nos devolvimos. Llegamos al punto donde habíamos estado sentados, nos sentamos ahí un momento a descansar, para seguir, al término de un rato de haber descansado, fuimos a irnos, cogimos nuestro camino y da la casualidad que nos encontramos un matorral tremendo, un monte que no existía. Sabíamos que no estábamos perdidos y que nunca lo habíamos visto y empezamos a caminar, camino arriba y da la casualidad que volvimos al mismo sitio, al mismo totumo donde habíamos estado.

Volvimos y empezamos a caminar nuevamente, hacia nuestra casa, con el deseo y el cansancio de llegar y volvimos a llegar al mismo totumo. Hicimos lo mismo más o menos cinco veces; empecé a hablar con mi compañero que es una persona que no le tenía miedo a nada -yo si soy un tipo nerviosísimo, horrible-, y me dijo:

Hombre, creo yo que estamos envolatados. Dicen que dizque aquí hay brujas, y todas esas vainas y no se; pero hay cosas que me ha contado mi papá, mi mamá y toda esa gente linda que hemos conocido: dizque para uno desenvolatarse, cuando las brujas lo tienen así, en una situación como la nuestra, llega uno, después de quitarse la ropa, coger los calzoncillos y voltearlos al revés para ponérselos.

Empezó él, y dijo:

Yo me voy a quitar la ropa y voltear mis calzoncillos a ver si de pronto, conmigo, puedes salir tú.

Empezó a quitarse la ropa; yo empecé a mirar las estrellas, o a orientarme, cuando sentí que él se reía, pero de una forma que no era

capaz de hablarme de la risa que tenía. Me arrimé yo y le pregunto:

Qué te pasa, Freddy; qué te pasa?

Y me dice:

No, casualidad: me quito mis pantalones, me quito mis calzoncillos; hermano, resulto sin camisa. Hermano, se me perdió la ropa; estoy desnudo. Cómo hacemos aquí?

Tipo ya tres de la mañana, sin poder salir de allí, él, totalmente desnudo, empezó a taparse con hojas; y dijo:

Hombre, pero usted es mi compañero; pero a mí me da pena: es maluco.

Empezamos a seguir caminando, bregando buscar el camino. ¡No!; nunca fuimos capaces de dar con el camino; siempre se envolataba en círculos, rotando a un lado de aquél totumo, cuando empezó a aclarar.

Verdaderamente, mi compañero estaba totalmente desnudo; empezó a mirarme y empezó a reírse. Pues, a mí, en ese momento no me pareció gracia, porque tenía susto y sueño, y empezó a ponerse las manos en la cabeza y no era capaz de hablarme de la risa. Al mucho rato de estarse riendo, le pregunté:

Qué te pasa, ve, qué te pasa? Vos estás desnudo, yo estoy aquí con fiambre, perdido, cansado; vos, por qué te reís?

Da la casualidad, aunque ustedes no lo crean, sin yo haberme cercado cuando él se estaba quitando la ropa, yo tenía sus Calzoncillos puestos en mi nuca. Sus pantalones yacían allá, colgados, amarrados con lazos fortísimos en el totumo y, pues, imagínense ustedes, yo, de la risa que me dio, pensando en el solo hecho de verlo a él subirse desnudo por el totumo arriba, a coger la

ropa, y porque fue un problema soltar los calzoncillos, porque estaban bien anudados.

Cuando terminó la odisea, él se subió, alcanzó sus pantalones, porque yo, realmente no era capaz y nos fuimos para nuestra casa., Empezamos a contar la historia. Nadie nos creyó. A todas las personas que les contamos, nos decían:

No, ustedes son unas personas mentirosísimas; a ustedes no se les puede creer nada, porque son paisas.

A través de ésta historia, surgió la idea de mandarnos aquí, a este evento, para contarla, a ver si alguno de ustedes nos la creía.

LA MADRE DE AGUA

Alvaro Gasea Coronado
Huila

Luego que los conquistadores españoles llegaron al Alto Magdalena, llegaron a las tierras del departamento del Huila, vinieron los encomenderos. Uno de ellos, alto, de ojos verdes, había quedado viudo cuando en el barco, en la travesía de España a América, la plaga había afectado a toda la tripulación, afectando a su mujer y dejándolo solo, con una hija de catorce años y dos cuñadas, es decir, dos tías de la muchacha.

El encomendero se estableció en una finca que queda cerca de la cordillera central, en una encomienda donde se manejaba más de diez o quince mil indígenas. Poco a poco el encomendero fue olvidando a

su mujer, se le fue pasando la pena; y la niña, al cuidado de sus tías, crecía hermosa, de pelo entorchado, de pelo color de la luna.

En la encomienda había un joven, muchacho indígena, que se fue fijando en ella, y poco a poco el amor nació entre los dos: en las noches de las fiestas, en las noches de cuentos. Se fueron volviendo amigos y él le contó los secretos del monte, le contó los mitos de sus mayores, de tal manera que se volvieron inseparables, hasta que llegó a oídos del encomendero, de que algo estaba sucediendo entre este par de muchachos.

Lo primero que hizo el encomendero fue prohibirle absolutamente la amistad a ella, con él; pero el amor, que es más grande que toda la cordillera, que todas las dificultades, pudo más, y ellos desesperados ante no poder volver a hablarse, ante no poder volver a reír, ante no poder volver a la quebrada, ante no poder volver al río, se pusieron de acuerdo y una noche empacaron pocas cosas y se volaron a lo profundo de la montaña, donde durante muchos meses nadie volvió a saber de ellos.

El encomendero no cesó de averiguar en dónde estaba la pareja -la pareja de pecado, la pareja prohibida; esos nuevos Adán y Eva de este continente nuevo-, hasta que supo que a tres días de camino abajo, río abajo, se habían establecido y habían armado una choza, donde estaban viviendo desde el mismo día en que se habían volado de la casa paterna.

Junto con indios y soldados, el encomendero cogió camino una madrugada, y fue a buscarlos. El indio estaba trabajando, lo apresaron e inmediatamente fue decapitado. Cuando llegó a la choza, el encomendero, con sorpresa vio que un pequeño bebé, un hijo de ese amor prohibido, descansaba en esa cuna improvisada. El encomendero, al ver que la muchacha escondía el niño entre sus brazos y quería huir de nuevo, le arrebató al bebé y lo tiró al río Magdalena, para que allí muriera ahogado. Ella, en su desespero, se

tiró al río tratando de salvar el fruto de su amor; pero las aguas furiosas los hundieron a juntos, ahogándose entre el llanto y el desespero del encomendero.

En noches oscuras, en noches de lluvia, en noches de miedo, cuando un niño se pierde, se oye o se ve a la madre de agua, que llora, buscando a su bebé por las orillas del río Magdalena. Es, de los mitos, de los espantos del río, el único ente protector de las almas perdidas, de las almas infantiles.

EL ENTIERRO DE DON VELEZ

Manuel Vélez Zapata
Antioquia

Hombre, había en Antioquia un señor Juan Vélez, que se llamaba precisamente eso: el entierro de don Vélez o el espanto de don Vélez. Se cree que este hombre era dueño de lo que es de Concordia para abajo, hasta las orillas del Cauca; que eso queda larguito. Entonces, el hombre, a los pies de una roca que hay -que esa roca existe todavía así hayan muerto veinte Juan Vélez-, dejó su gran entierro. Eso queda en una finca que se llama "Corrales".

Según historias de aquellas gentes, muchos tipos decían:

Hombre, voy a sacarme el entierro de Juan Vélez, que yo, con esta pobreza que tengo, es irresistible. Me hago matar de don Vélez hoy; sí.

Según el espanto con que salía don Vélez, gentes que lo esperaron en cementerio, es decir, pues, lo explicaban así: que era un tipo montado en una muía negra, con el sombrero, con la norma así, para atrás; lo perseguían tres perros negros, y era un sonido de cadenas: tin, tin, tin. Eso es, pues, muy difícil de resistir.

Hubo una vez un policía, y dijo:

Hombre, yo me hago matar de ese tipo. ¡Ave María!; lo que es, pues; pero voy y me saca lo que tenga allá.

Entonces, arrancó este policía y se fue pal cementerio, a esperar que el tipo saliera, a las doce de la noche. Preciso, cuando salió el hombre, pues. Ese hombre no necesitaba quien le abriera el cementerio sino que él salía solo; sabía salir solo. Cuando lo vio, el policía, dijo:

¡Eh, hombre!

Entonces, cuando el tipo veía que lo iba a perseguir, le paraba la mula para que se montara. Entonces el policía llegó, de una vez, y se montó. Pues, hombre, siempre como que alcanzó a andar cualesquier veinte o treinta metros, porque él después contó y dijo:

Hombre, yo me le monté y sentí un calor tan verraco en el anca de esa mula y ahí mismo yo caí privado.

Pues hombre, fue una cosa que, prácticamente los que hemos oído esa historia la hemos creído así, a medias a medias; pero prácticamente, mi papá fue de ese pueblo y él nos contaba precisamente lo del entierro de don Vélez.

Hubo una vez otro señor, que estaba arrancando un potrero por ahí, pa' esa finca de corrales, cuando oyó que le decían de las rocas arriba:

Suba pa'cá hombre, que aquí hay de lo que usted necesita y no necesita joderse allá, arrancando esas matas de india, hombre; suba otro poquito.

Y dijo él:

¡Eh!; y quién me habla por aquí, hombre?

Arrancó el hombre y mandaba la pica y el barretón, y la voz seguía:

Suba, hombre, que por aquí tiene usted para vivir su resto de vida.

Pues hombre, el hombre agarró quebrada arriba, diciendo:

Alguien tiene que haber por ahí; puede ser algún pescador, por ahí, por ese quebradón, que está pescando y me está llamando; yo voy a ir a ver qué pasa.

Arrancó, arrancó, cuando, preciso, alcanzó a ver unas gradas, así, y dijo:

¡Eh, hombre, esto tan raro! Yo nunca había visto esto, hombre; yo he pasado mucha pesca por aquí.

Subió las gradas arriba; subió por ahí unas seis u ocho gradas, pero fáciles de escalar, fáciles de subir, hombre, cuando vio en una alacena de una roca, hombre, se le taparon los ojos al hombre del brillo del oro que había allí; es decir, como que lo habían empacado de costales o alguna cosa, y eso se había podrido y estaba regada de esa moneda que era toda la morrocota de esa época, monedas de distintas clases: de diez, de veinte, de cincuenta; pero se llamaban morrocotas todas, y un culebrón -pero eso si no se lo puedo describir porque era lo que abrazaba todo eso-, y una voz le decía atrás:

Tóquelo, hombre, que eso no es culebra; eso es un libro. Toque eso

hombre y **verá** que todo eso **será** suyo.

Y él voltiaba para una parte y voltiaba para otra, y le decían:

Hombre, no sea miedoso, que sus hijos se están muriendo de hambre; toque eso, que eso es un libro; nada le pasa.

Y el hombre se animaba a tocar y entre más se le metía a esa culebra, más se le armaba en una y otra forma.

Pues, hombre, yo creo que tendrá uno que morir pobre, porque donde uno sea un poquito miedoso, puede saberse y no pasa nada. Pero, es que le digo que había, de oro, cualquier cantidad, allí.

Según las historias de los viejos, dicen que eso en realidad, lo que había allí, de oro, era como para comenzar y en el libro estaban los mapas donde decían de siete, ocho entierros, más grandes que ese que había ahí.

Pues hombre, esa es la historia de esa gente; no se hasta que momento les esté mintiendo yo.

EL NIÑO DEL CABUYO

**Luis Ignacio Rojas
Nariño**

Hace ciento cuarenta años la población de Guaitarilla no era cabecera de municipio, pero sí tenía ya sus perfiles que la distinguían de otras poblaciones vecinas: sus pobladores la habían hecho un remanso de paz, por su piedad, sencillez, laboriosidad y bondad.

Cerca de la iglesia, sobre la cual unos sauces parecían inclinarse, estaba la casa de la familia Yagoyes Valverde, conformada por don Miguel y doña Aguieda y sus hijos: Clara, Elíseo y Luis. Hacía algunos años acompañaba a la familia mencionada, en calidad de sirvienta, una señorita María Solarte, conocida en la región como la marica o la mariquita.

Un día, María pidió permiso a sus patronos, con el fin de visitar a sus familiares, residentes en El Cabuyo, una vereda situada a unos cinco kilómetros de la población. Al pasar frente al cementerio, que en aquella época estaba ubicado a la salida para "el motilón", cuadra y media atrás del centro parroquial, pudo observar, entre un montón de basura que sobresalía de unos hierbajos, un muñeco pequeñito, de unos tres y medio centímetros. Como doña María era muy joven, y toda mujer lleva dentro de sí el natural instinto maternal, aún desde la niñez, lo tomó entre sus manos, se regocijó su espíritu y lo contempló un momento, y llena de alegría lo llevó hasta su casa en El Cabuyo.

Una vez allí, le mostró a sus familiares el hallazgo y lo guardó en un baúl de madera donde guardaba sus pertenencias, consistentes en estampas de santos, dijes, anillos de cachos y otras baratijas.

Así permaneció el muñequito, un buen tiempo, olvidado en el cofre de Mariquita. Se había retirado del servicio de la familia Yagoyes Valverde y ahora permanecía en su casa. Una noche soñó que el muñequito le hablaba y le revelaba que no era un muñeco sino una imagen de Cristo, y en el sueño le suplicaba lo saque a la luz, lo saqué del baúl y le propagué la devoción y ojalá lo veneren. Eso se repitió por segunda vez y le anunció que si hacía caso omiso de sacarlo del fondo del baúl, él también la privaría de la luz para sus ojos.

Ella contó esto a sus familiares, a sus padres y hermanos, y atribuyó ser una pesadilla, fenómeno que le ocurría, cuando se excedía en la comida.

En la tercera vez que vio la revelación en sueños, sintió luego, que perdía la vista rápidamente, unos dos o tres días después, tan asustada, difundió el fenómeno, y sacaron al muñequito. Con sorpresa, observaron que había crecido el doble de cuando lo encontraron.

Empezaron a rendirle culto los vecinos del lugar, los familiares, desde luego. La noticia de la revelación y del castigo se difundió rápidamente por los contornos del lugar. La gente le hacía peticiones al niño -ya le denominó el Niño Jesús, porque así lo había manifestado en la revelación. Las peticiones parecían ser escuchadas y los milagros se relataban por doquier: curaciones de enfermedades, salvación de cosechas perdidas, recuperación de objetos perdidos, castigos a las gentes que se burlaban del niño, y otros por el estilo. Le dieron una celebridad y popularidad inusitada, tanto que resolvieron hacerlo bendecir, o como ellos llamaban, a bautizar el niño aquél. Para la bendición de la imagen, los moradores se prepararon concienzudamente y se eligió una madrina para tal acontecimiento. Es decir, se trataba de un bautizo tal y cual, como se hace con los niños. Después de mucho pensarlo eligieron como afortunada madrina a Sara Portilla, y el acto fue solemne. El asunto tomó más importancia. Empezaron a llegar gentes de otros lugares: caravanas enteras en busca de solución a sus problemas. Las gentes solicitaban a la familia la imagen, para hacerle belenes y los devotos habían adquirido mayor fe y confianza en el niño. Los favores eran concedidos infaliblemente y sólo su afortunada descubridora sufrió el castigo por su falta de fe, y por no haber sacado a tiempo el niño a la luz, quedó ciega definitivamente.

A raíz de esto se formó un gran escándalo, con los prodigios del niño y por las limosnas que recibía. Esto llegó a oídos del Obispo de Pasto -era, entonces, Monseñor Pueyo de Ball-, quien decidió practicar una visita a la parroquia de Guaitarilla. Estaba como párroco de esa parroquia el reverendo padre Reinaldo Rivera y como Coadjutor, el sacerdote Remigio Narváez. Una vez presente el pastor de la Diócesis, quiso llamar a los miembros de la familia Solarte, al

despacho parroquial, localizado donde hoy funciona el colegio de Nuestra Señora de las Nieves. Allí fue traída, hasta ese despacho, a presencia de muchos espectadores, entre ellos, los moradores del Cabuyo y Motilón, la imagen. Cuando se le presentó la imagen y la pusieron sobre una mesa, el señor Obispo la tomó entre sus manos y la pellizcó la nariz y manifestó a los concurrentes que esa imagen se la debía destruir porque se trataba de una idolatría, dejándola luego sobre la mesa. Luego dijo que le pasaran unos papeles, para con ellos luego hacer una hoguera, con el fin de destruirlo por el fuego.

Al mirar tal determinación del señor Obispo, reaccionó fuertemente la señora Ana Meló de Ceballos, residente del Motilón y le dijo al señor Obispo, que para quemar esa imagen tenía primero que quemar el pueblo, que de otra manera no se permitiría quemarlo, que la imagen del niño había hecho muchos milagros palpables de los cuales había fehacientes testimonios y que eso sí era terminar con la fe de los creyentes.

El señor Obispo, al ver la reacción de todos los curiosos, que eran muy abundantes, desistió de tal intento y lo puso en la mesa. En el momento en que lo puso sobre la mesa, miraron sorprendidos los presentes, y desde luego, el señor Obispo también, que del pellizco que le había hecho en la nariz, manaba sangre, como si hubiera sido un ser viviente, señal que aún conserva, pues mirándolo detenidamente, tiene como lo que aquí llamamos un remellado; algo así. Hay que mirarlo con una lupa de buena calidad.

La señora Meló manifestó que haría el esfuerzo y trabajaría y con la ayuda de los devotos harían todo para levantarle una capilla, en sus propiedades, para que el niño sea venerado públicamente. Desde luego, el señor Obispo accedió y la oferta también fue cumplida.

En posteriores tiempos, reaccionaron los dueños de la imagen, muerta la persona que lo encontró, es decir, los herederos de ésta persona, de Mariquita, entraron en discusión. Resolvió el problema el padre

Silvio Tulio Dorado y dijo que para terminar con dicho problema, sería venerado en ambas capillas, por temporadas, porque ya se había construido una capilla en el Cabuyo, por quienes lo encontraron, por los herederos de María Solarte.

En mil novecientos cuarenta y cinco, siendo párroco Juan Clímaco Ortiz Jurado, como se encontraban realizando los trabajos del centro parroquial y estaba haciendo todas las gestiones para recabar fondos para la construcción de este templo, aprovechó los disgustos de las partes contrincantes en la disputa del niño y resolvió quitarlo a ellos y tijaerlo a la cabecera y aprovechó esta imagen para recolectar las limosnas, para la construcción del templo Catedral.

Tiempo atrás, estando como párroco el sacerdote Luis Delgado, considerando inadecuado que la imagen estuviera en una casa particular en una vereda, dispuso retirarla de allí y trasladarla a su dormitorio de la casa cural. Era un sacerdote jovencito, oriundo de acá de la capital, de Pasto. A poco de tenerlo en el dormitorio, apenas el sacerdote se acostaba y apagaba la vela, oía una voz de un niño que decía:

¡Achichay!, ésta es una honomatopeya que aquí en Nariño utilizamos cuando sentimos frío, palabra que escuchaba una y otra vez, durante la noche; y durante varias noches, hasta preocuparlo. Al fin, resolvió irse ante su superior, el señor Obispo y le contó el fenómeno. Al ser preguntado sobre esto, el sacerdote ya le contó el fenómeno, que Había trasladado la imagen de un niño que veneraban. El Obispo le dijo que podía ser esa la causa de escuchar esas voces misteriosas y que para acabar con esa preocupación debía devolver a su lugar de erigen la imagen. Así lo hizo; la imagen del niño fue devuelta a su sede del Cabuyo y el sacerdote no volvió a escuchar la misteriosa voz; pero se vio afectado, en muy poco tiempo, por una rara enfermedad que rápido lo condujo al sepulcro.

Ésto alarmó a la población y aumentó su veneración hacia él.

Aún se cuentan muchas historias sobre sus milagros y reconvenciones. El señor Briceño Pérez, por ejemplo, que estaba realizando una trilla de un triguito, por ahí en una propiedad, por allí pasaron unos campesinos con la imagen del niño y él, como vio que le hacían daño, pues le estaban pisando su sembrado, reaccionó violentamente y se formó una discusión tremenda. Desde luego, terminó en una pelea. Hasta se llegó a golpiar a uno de los que llevaban la imagen, por parte del señor Pérez. Pero, ¡pásmense!: una hora después la máquina trilladora que estaba siendo manejada por él mismo, le cercenó el brazo derecho. Tres días más tarde, murió.

Cosas como ésta, se cuentan a granel. Durante la permanencia del padre Ríaseos, cinco años, tal vez, se construyó un magnífico templo en la vereda -es una capilla magnífica, que parece un templo-, y se fundó también la sociedad del niño del Cabuyo y los miembros impulsaron la obra, año tras año, celebrando una fiesta en el mes de enero a la que concurren gentes de todo el departamento de Nariño y de la vecina República del Ecuador.

LAS PENURIAS DE DON ANACLETO

Alvaro Gasea Coronado
Huila

Don Anacleto tenía una parcela muy pequeña a la orilla de un barranco. En la parcela, tenía sembrado maíz, que todavía estaba tierno: los cogollos le estaban saliendo; pero estaba absolutamente desesperado, y le dijo a su mujer, Anacleta:

Anacletica, mi amor, qué vamos a hacer, qué voy a hacer con ese

sinvergüenza, que no hace más que acabarme el maizal?

Anacleto, que era de buen corazón, le dijo:

Pobrecito, déjelo; el pobre conejito tal vez no tiene más donde comer, qué le cuesta dejarle una que otra mazorca, para que él pueda alimentarse? A lo mejor tiene conejitos pequeñitos y quiere llevarles la ración diaria.

No, Anacleto -le dijo él-, quién ha dicho que yo tengo una parcela, para alimentar animales flojos, seres que no quieren trabajar; por qué tengo yo que mantenerlo?

Entonces, no me vuelva a preguntar nada, entonces, no me vuelva a pedir ninguna opinión. Le dijo, Anacleto, brava.

Lo que pasa es que hablar con mujeres, siempre es enredado; las mujeres deben estar siempre en la cocina. Le dijo, Anacleto, furioso.

Entonces, jamás me vuelva a pedir opinión, viejo cascarrabias. Y doña Anacleto se fue a barrer afuera de la casa.

Qué voy a hacer yo? Dijo Anacleto. Tengo tres perros, tres perros, tres perros pulgosos y sinvergüenzas, que son capaces de atrapar este conejo; voy a llamarlos y les voy a dar la última oportunidad.

Tarzán, Arandú, Kalimán; vengan a ver.

Gua, gua, gua. Llegaron, corriendo, los perros:

Qué se le ofrece, patrón, qué necesita?

Que qué necesito?; lo de todos los días, caballeros, que ustedes no sirven para nada, que no se ganan la comida. Qué es lo que hacen de

noche, qué es lo que les pasa a ustedes? Vean, les voy a dar la última oportunidad: si ésta noche, ustedes no atrapan a ese conejo sinvergüenza, a ese conejo tragón, mañana se me van de aquí, de ésta casa, porque yo no tengo por qué mantener animales que no sirven para nada. Pulgientos, flojos.

¡Uichchchch!, parece que está furioso el patrón. Dijeron los perros. Qué vamos a hacer? Y, sobre todo usted, Arandú, ya viejo. Qué va a suceder si nos echan de aquí?

Arandú, que era el más inteligente de todos los tres perros, el más viejo, el más preocupado, dijo:

Pues vamos a hacer lo siguiente: ésta noche sí, no nos vamos a quedar dormidos, hagámonos, cada uno en una punta del paizal, bien agazapados y tan pronto lo veamos le caemos encima.

Los perros se escondieron. Cuando llegó el conejo, sigilosamente a morder uno de los cogollos, le cayeron todos encima; pero el conejo les dijo:

Un momento, un momento; qué sucede?

Cómo que qué sucede, sinvergüenza? Por su culpa nos van a echar de la casa, porque usted no hace más que comerse el maíz, y nosotros no tenemos donde vivir; así es que ahoritica se lo vamos a llevar a don Anacleto, que va a quedar muy feliz, que va a quedar muy dichoso de ver que por fin le hemos cumplido.

No, un momentico, un momentico -dijo el conejo-, es que a ustedes no les gustan las gallinas gordas?.

No, no, noooo; cómo así?, deje de envolatarnos. Cuáles gallinas gordas?

Pues, esa gallina que les tengo allá. Miren, es una gallina gorda, de veintidós libras; no les provoca?

Los perros, sin pensarlo dos veces soltaron al tío Conejo y fueron y se comieron la gallina. No dejaron sino las plumas. Mientras tanto el conejo se voló, cargado, completamente cargado de maíz.

Entonces, al otro día se levantó don Anacleto, diciendo:

Yo creo, que por fin hoy voy a descansar, porque lo que es, esos tres flojos, imposible que anoche no hayan agarrado al conejo, sabiendo que hoy los voy a echar. A ver, dónde están?

Tarzán, Arandú, Kalimán... qué se han hecho estos sinvergüenzas, que río están por ninguna parte? ¡Aja!; allá están.

En efecto, los perros, muertos del miedo se habían escondido detrás del horno. Don Anacleto fue y los sacó con el rejo:

Vengan pa'cá; qué es lo que sucede con ustedes; qué fue lo que pasó?

No, no, noo, que nosotros no sabemos nada, que el conejo se voló.

¡Cómo que se voló!; hagamen el favor y se me largan de aquí; yo no soporto tener dos bichos flojos aquí.

Arandú dijo:

No, no, nooo, espere patrón; déme la última oportunidad, yo tengo una idea.

Bueno, está bien, a usted le voy a permitir porque usted tiene buenas ideas, Arandú; pero ustedes, lo que es, se van de aquí, se me largan de aquí.

Y los sacó a rejo.

Bueno, Arandú -le dijo don Anacleto- cuál es la idea que usted tiene?

Se acuerda de ese montón de cera que tenemos allá, detrás de la casa?

Sí; qué pasa con esa cera? Dijo Anacleto.

Pues, que hagamos un muñeco.

Y, un muñeco para qué?

Pues, cuando el conejo llegue, nosotros nos escondemos. Cuando el conejo llegue y crea que es una persona desconocida, como al conejo le gusta la pelea, entonces se queda pegado y nosotros salimos y lo atrapamos.

Pues, sabe que no me convence mucho su idea, Arandú?; pero, bueno, más sabe el diablo por viejo que por diablo; vamos entonces, a ver.

Sacaron la cera, hicieron el muñeco y lo pusieron en toda la entrada del maizal y se escondieron. Ya por la tardecita, tan pronto entró y vio el muñeco, se sorprendió y dijo:

¡Ve, hay gente nueva por aquíí ! Quién es usted, caballero?; qué hace en mi maizal? Usted no sabe que este maizal es mío?, que aquí es donde yo vengo a robarme mi maíz? Aquí no puedo robar sino yo. Qué es lo que hace usted, ah? Pero crecídito el hombre, no me quiere contestar. Qué es lo que pasa?; vea, o me contesta o le zampo un buen coñazo.

Qué pasa, es que no me tiene miedo? Venga pa'cá, venga pa'cá.

Y lo retaba y escarbaba el piso y escupía, a ver si el otro le respondía; y el muñeco quieto. Entonces, el conejo le zampó semejante puño, y

se quedó pegado. Y le dijo:

O me suelta o le zampo otro puño; y volvió y se quedó pegado. Le dijo:

O me suelta las manos o lo agrarro a patadas; entonces, le mandó una patada y se quedó pegado y le mandó la otra y se quedó pegado, y le mandó un cabezazo y se quedó pegado, y don Anacleto y el perro, salieron e inmediatamente lo agarraron:

Ahora sí te cogimos, conejo picaro, conejo ladrón.

Lo amarraron, lo metieron dentro de un zurrón y dijeron:

Espere a ver que vamos a calentar agua.

Doña Anacleto salió con la escoba:

Qué es lo que le van a hacer a este conejito; qué es lo que va a suceder?

Lo que va a suceder es que nos lo vamos a comer, porque ahora sí, ahora sí va a progresar el maizal, porque este sinvergüenza ya no nos puede hacer daño.

Doña Anacleto se fue llorando, porque don Anacleto nunca le ponía cuidado a ella.

Se fueron a calentar el agua; en esas llegó la tía Zorra. Venía muy contenta y muy pinchada. Tan pronto vio las plumas que habían dejado la noche anterior, los perros, dijo:

¡ Ah, caramba; conque comieron gallina y no me invitaron, no!

Yo no se por qué será que le tienen envidia a una que es buena moza,

a una que es bien presentada.

Cuando el conejo la vio, por entre una rendija la llamó:

Piss, piss, tía Zorra, tía Zorra.

Y ella voltio a mirar para todos lados:

Quién me llama, de quién es esa voz? Quién es el guapo que quiere conversar conmigo?

Yooooo, el tío Conejo.

Y, dónde está el tío Conejo?

Aquí, en el zurrón.

La zorra se acercó y le dijo:

Y, qué hace ahí, tío Conejo; qué es lo que pasa?

Le dijo el conejo:

Lo que sucede es que don Anacleto me tiene invitado a comer gallina y usted sabe que a mí no me gustan las gallinas y yo me quería volar y él me amarró para que no me le volara. Pero, usted sabe, para mí la zanahoria, las hortalizas, el maíz; pero las gallinas, tía Zorra, gallinas, tía Zorra, eso para mí es un castigo.

¡Qué envidia, qué afortunado! Dijo la zorra. Ojalá don Anacleto me invitara; pero no; cuando me ve, me saca a tiros.

Hagamos una cosa -le dijo el tío Conejo-, por qué usted no me desamarra y se mete aquí y cuando don Anacleto venga y le meta las gallinas, pues usted se las come, creyendo él que todavía estoy

invitado por él.

¡Claro! -dijo la tía Zorra-, venga para'cá.

Desamarró al tío Conejo, se metió ella y el tío Conejo se voló.

Cuando don Anacleto vino con el perro y con el agua hirviendo, le echaron el agua hirviendo, encima, a la zorra, y la zorra salió pitada, salió corriendo.

El conejo, que estaba escondido detrás de una piedra, le gritaba:

Tía Zorra culiquemada,
mete el rabo en la quebrada.

Cuando don Anacleto y el perro lo vieron, todo el mundo, incluida la zorra, comenzaron a perseguir al tío Conejo, mientras él, montaña arriba iba burlándose de la picardía que nuevamente les había hecho.

UN EXTRAÑO ANIMAL

Manuel Vélez Zapata
Antioquia

Hombre, anteriormente para subir aquí al valle o al departamento de Caldas, sobre todo el antioqueño, que ha sido un tipo rebuscador de muchos años, pues esta gente tenían un camino por aquí por... Toda la gente del Sudoeste, era muy difícil, digamos, en ese entonces, bajar hasta Bolombolo, lo que era de Bolívar, Salgar, Betania, Andes, todos los pueblos aledaños a eso, pues les era muy difícil bajar a Bolombolo y

de allí, a abordar el tren que subiera a estas partes del valle a coger las cosechas de café; y en otros sentidos, digamos, sus ventas de mercancías baratas, que se dice. Entonces, cada quien en su aventura cogía esa trocha del rosario, que así se llamaba, se entraba, precisamente por Andes, allí entraba a un sitio que llama Tapartó y allí cogían esa trocha del rosario, a salir a Riosucio.

Pues, hombre, se vino una familia -que conocí yo esa familia, hay alguna gente, hoy por hoy, que viven en Betania, que son unos señores García-; entonces ocurre que -y me doy cuenta, precisamente, de esta historia, por uno de ellos-, cuando ya iban de aquí para' llá -alguno se casó aquí en el Valle, llevaba a su esposa ahí-, el recién casado, le dijo a sus compañeros: Hombre, aguarden un poquito que la señora mía tiene ganas de hacer necesidad y ella va a entrar aquí; esperemos a ver.

En ese tiempo las casas eran muy pocas, únicamente un camino ahí, de muías, se puede decir-, entonces, el hombre, espere y espere que su señora saliera; espere y espere y no, no salía.

Entonces, dice el hombre:

Y, a esta señora, hombre, qué le pudo haber pasado?

Entonces, dijo:

Muchachos, esperemen voy a ver qué fue lo que le pasó a esta señora.

Pues, entonces, dentro, cuando precisamente había un animal ahí, con figura humana. El dice que no se explica que qué clase de cosa era; pero era como una persona, de pelo completamente largo. Ya se estaba acabando de chupar los últimos huesos de la señora: se la había comido casi toda.

Entonces, el tipo dijo:

¡Noooo, lo que es esto tiene que acabarme a mí también! Y sacó el machete y se agarró y el animal se le avanzó a él, precisamente, a cogerlo a él también. El hombre era un esgrimista, de esos tipos que sabían pues, muchos juegos de armas, entre ellos relancino, remediano; sabía mucho juego de armas y con eso se defendió del animal. Y dijo:

Pues hombre, si este animal, come, es porque se alimenta, y lo que se alimenta de lo vivo, es porque tiene muerte. ¡Vamos a ver cómo es el arreglo aquí!

El animal ese se le aventó y él lo primero que sacó fue su peinilla, y él le botaría su pedazo, y por donde se le metía le daba y le daba; ¡hombre, hasta que logró vencer al animal ese!

Ya se fue donde los compañeros y les dijo:

Vengan hombre, vean lo que me pasó tan horrible aquí.

Entonces, los compañeros dijeron:

Hombre, tan raro; esa es la madremente que llaman.

Hombre, si es la madremente o será la madre de no se qué, porque lo que fue la quebré. Ya, ésta no tiene más vida.

¡Hombre!, esta gente viendo, y con la tristeza, pues, cogieron el poquitico de restos que dejó, de la señora que ese había comido, la enterraron allí y cogieron este animal y se lo llevaron. Lo montaron en una vara y va con ella. Dentraron con ese animal a un pueblo que se llama Tapartó, muy conocido ahora por cierto. Pues hombre, ahí vino el cura y vinieron todos los curiosos, a ver y contaron la historia, y alguien dijo:

¡Hombre, eso es mentira!; la madremente no ha habido quien la mate.

Y dice el hombre.

Pues, si esto es madremonte, y se me come a la señora, ahora que la alcanzo a matar, pues hombre, yo creo que esto no lo va dudar nadie, porque lo estoy mostrando tal como sucedió y les estoy contando, tal como fue.

UN PACTO CON EL DIABLO

Alvaro Gasea Coronado
Huila

En mi pueblo, que tiene muchas creencias y muchas leyendas, hay una loma que se llama la loma de la cruz. En la loma de la Cruz hay un pedestal en donde está la estatua de San Francisco, que es el patrono del pueblo. El pedestal tiene un espejo. El que lo construyó, tuvo la idea de que en algún momento quedaba el sol contra el espejo, la luz del sol podía dar directamente a la torre de la iglesia, en el reloj, en el reloj del pueblo.

Pero, todo empezó en los años de la violencia. En los años de la violencia -cuentan los mayores-, cada vez que decían que se iba a meter la "chusma", nos mandaban a los pequeños y a las mujeres para los pueblos vecinos, y los hombres se quedaban defendiendo toda la población. Pero, lo que cuentan es que nunca pudo entrar la chusma, nunca pudo entrar porque cuando llegaba a la loma de la Cruz, una pared invisible no los dejaba pasar. Ese es el milagro de San Francisco. Por eso se le construyó allí este monumento y este pedestal.

Allí en el pueblo, el "renco Raúl". El "renco Raúl", es de esos hambres acomodados que se ganaba la vida haciendo mandados, contando mentiras y acomodiéndose en las tiendas. Era muy buen vendedor, entonces, en las tiendas de mi pueblo, siempre le daban trabajo a Raúl, aunque Raúl estaba seis meses aquí, seis meses allá. Se perdía seis meses. Siempre era un personaje que era recibido con cariño, en cualquiera de las casas. Una noche nos contó una de sus grandes mentiras. Ninguno lo creemos ahora cuando niños nos aterraba pensar que hubiera sido cierto -y es que él-, había hecho alguna vez, un pacto con el diablo.

A Raúl le gustaba leer libros de ocultismo. A Raúl le encantaba todo lo que tuviera que ver con el misterio y como era un hombre pobre, tenía la ambición de poseer plata, de poseer poder. En algún libro, una vez se aprendió la fórmula de cómo tenía que hacer, cómo podría hacer un pacto con el diablo. Tenía primero que conseguirse un gato negro, grande, así que le robó el gato de doña María, la señora que en pueblo hacía los bizcochos más sabrosos. Doña María dizque se ¿nteró tiempo después y nunca, nunca más le volvió a dirigir la palabra a Raúl. Raúl, entonces, se fue montaña arriba, como decía la fórmula, se internó hacia las regiones de Río Negro, que es el límite en el Cauca, se llevó todos los aperos, todos los avíos conque tenía que cargar para hacer el pacto con el diablo. Después de caminar ocho días y de llegar a una región completamente deshabitada, lo que ya son terrenos baldíos, tierra de nadie, en el riñon de la montaña. Esperó a que fuera la séptima noche del séptimo mes del año. Alistó jodo. Primero tenía que hacer tres cruces grandes, poner la cruz más grande en el centro y dos cruces a los lados, que eran las dos cruces de los condenados en el monte Calvario. Con agua bendita y con incienso, hacer un círculo alrededor de las tres cruces, poner una olla grande y cuando ya estaba hirviendo, a la media noche en punto, echar el gato.

Raúl, lo hizo de esa manera. Tan pronto fueron las doce de la noche, él echó el gato. Comenzó a soplar el viento, comenzó a gemir la

selva, comenzaron a gritar los pájaros, los animales del monte, hasta que se callaron. Echó el gato, y al echar el gato en el agua hirviendo, tapó la olla y tenía, con todas sus fuerzas que mantenerla mientras rezaba el padrenuestro al revés durante siete veces, bien despacio y a pulmón herido para que se oyera en todo el riñon de la montaña, en lo profundo de los infiernos, para que Lucifer viniera. Cuando terminó el séptimo padrenuestro al revés, destapó la olla y del gato ya no quedaba nada. Tenía que sacar hueso por hueso, nombrando a cada uno de los demonios amigos de Lucifer, de los ejércitos infernales, hasta llegar al último hueso, al hueso pequeño, al hueso de la cola. Cuando lo tuvo en la mano, oyó una voz que le decía: ¿Qué quieres de mí, Raúl, vengo por tu alma, para qué me has llamado?

Raúl, temblando, tenía que salir corriendo y se agarró a la cruz más grande y se amarró con un cinturón de cuero que había sido mojado en agua bendita. Los vientos querían arrancarlo de donde estaba amarrado y el demonio, que era un hombre grande, negro, con cola, con cascos, peludo y con cachos, comenzó a rondar, carcajeándose continuamente, a rondar y a rondar el círculo. Le decía: Ven para'cá, ven para'cá Raúl, ven para'cá.

Raúl, con el hueso de la cola del gato, en la mano, rezando nuevamente siete padrenuestrros al derecho. Cuando terminó, se aplacó la tormenta y entonces, le dijo:

Lucifer, he venido a hacer un pacto, más no te doy el alma sino que te doy el hueso que tú más quieres, del gato infernal.

Nuevamente se despertó la selva, la tormenta, y cuando se calmó, Lucifer, le dijo:

Y, qué quieres que te dé a cambio de ese hueso?

Raúl, que entre todos los preparativos lo único que no había pensando era en lo que le iba a pedir al demonio, le dijo:

No, yo quiero saber cuando estén hablando de mí, cuando estén hablando mal de mí, cuando me quieran hacer trampa en el juego; yo quiero saber quién está hablando de mí.

El demonio, entonces, le tiró adentro del círculo un espejito, un espejito de esos que usan los campesinos, que cargan en el bolsillo, un espejito pequeño.

Raúl, le dijo:

Pero, este espejo para qué me sirve?

El demonio, le dijo:

Tú lo guardas en el lado izquierdo, en el bolsillo del lado izquierdo, cuando sientas una rasquiña, sacas el espejo y ahí vas a ver la imagen de quien está hablando de ta. Ahí puedes ver las cartas de tus oponentes en el juego.

Raúl, entonces le tiró el hueso afuera del círculo, y el diablo, en una Humareda, desapareció.

Raúl, hasta que no amaneció, por ahí hasta las diez de la mañana, no se desató y arrancó, como alma que lleva el diablo, para su pueblo. Cuando llegó al pueblo, venía hecho nada: con la ropa rasgada, flaco del hambre. Pero, a los ocho días, quince días, al mes, Raúl era un nombre de buena suerte en el juego y, en medio de unos tragos le contó a sus amigos, a "caballo grande", uno de los jugadores del bar, qué era lo que había hecho, en qué consistía el pacto con el juego y "caballo grande" le contó a la mujer, la mujer le contó a las demás mujeres y las mujeres le contaron al cura párroco.

El cura párroco, cada vez que veía a Raúl, le decía:

Ala, Raúl!; cuándo vas a volver a misa?

Un día de estos. Le decía Raúl. Porque dentro de una de las condiciones que le había puesto el diablo era que jamás podía volver a pisar una iglesia.

Como el cura ya sabía, se dio sus mañas y decidió hacer una fiesta, una fiesta en la casa de mi mamá, y al calor de los tragos, le dijo:

Raúl, déjame ver el espejo que te regaló el diablo.

Como el diablo no le había puesto condición de que no lo viera otra persona, de que no lo viera otro hombre, y no había hablado de cura, después de tentado, Raúl le mostró el espejo y el cura, ni corto ni perezoso, sabiendo el secreto que encerraba Raúl y por el cual, el pacto, ya no sería más valedero, se lo fue pasando de mujer en mujer y cada una de ellas le fue pintando la hojita de una rama hasta que dio la vuelta el espejo y volvió a las manos de Raúl.

Cuando Raúl cogió el espejo, el espejo se quebró. Se oyó un silencio en todo el pueblo, porque la condición que le había puesto el diablo era que ninguna mujer podía ver ni tocar el espejo.

Por eso, Raúl contaba que no tenía fortuna, porque la había perdido, y el diablo, en desquite, le daba mala suerte en los trabajos y en el juego.

EL PESCADOR ATONTADO

Alcides Ospina
Caldas

Se juntaron varios amigos, a pescar, a irse a pescar a una quebrada que llama "el Guamo". Y se fueron a pescar varios amigos. Entre ellos iba un muchacho que llamaba "Juan Sarco", el apellido no lo supe. El se les adelantó, a los compañeros se les adelantó, entonces, ellos salieron en carrera a alcanzarlo y comenzaron fue a encontrar unos rastros de gallina en las piedras, unos rastros como de gallina en las piedras, pero a él, no. Entonces, se fueron y avisaron. Y se fueron. Y se juntó la gente, que era pues, que se lo había llevado un animal, y llevaron escopetas, cargadas con balas de cera bendita, y cosas, y lo encontraron. Lo tenía debajo de una peña, cargado a la espalda y dándole de mamar.

Entonces, la agarraron a bala y ella salió corriendo de huida y lo largó, y él salió detrás, diciendo:

Mama, espéreme mama, espéreme mama. Detrás de la vieja. Ya estaba bobo.

Lo alcanzaron, lo cogieron, lo amarraron -porque no quería ir- se lo llevaron.

Allá le dieron unos vomitivos y vomitaba una leche como sapo.

Bueno, siempre lo volvieron en sí; pero él se quedó bobo. De ahí murió "Juan Sarco", el apellido de él, nunca lo supe. Siempre lo conocí como "Juan Sarco".

LA ESCOPETA Y EL TIGRE

Manuel Vélez Zapata
Antioquia

Pues, hombre, muchachos, la historia que yo les voy a contar no es precisamente de que un tigre salió a comérseme una escopeta; pero, yo no se cómo van a analizar ustedes el caso.

Miren, yo tengo una finquita en el Putumayo, en Orito Putumayo precisamente, no propiamente pegado en Orito, sino en las afueras. Entonces, una vez, mientras estaba el desayuno, fui a cazar algo por ahí, al monte, porque eso ahí es un poco selvático. Pues hombre, yo me llevé mi escopeta, cogí dos tiros -yo no iba sino por ahí donde había unas, por ahí algunas pavas precisamente-, pues hombre, yo observé unos cusumbos que iban así, en un palo, cerca, y dije:

Pero, estos animales para dónde miran?

Cuando voltié para atrás: era, horrendo tigre que había al ladito de atrás. Dije:

No, pues la cacería está mejor aquí.

Yo cogí la escopeta y de una vez le puse al tigre, cosa que disparándole y cayendo al suelo.

Pues hombre, yo vi esa cacería tan de papaya, realmente, que me fui donde el tigre, siempre un poquito incómodo, porque le disparé muy cerca, pues cogí el cañón de la escopeta y lo chucé, así, y yo que lo chuzo y saca semejante... se me fue el cañón hasta el medio. Dije:

Este animal, sí, mejor dicho, esto sí está peligroso con este animal aquí.

Entonces, desgañoté nuevamente la escopeta. ¡Cómo hacía! Yo jalaba la escopeta, pues él no la aflojaba y dejársela, pues como cazador que soy. también era otro problema dejársela.

Pues hombre, yo me vi en un gran problema. Yo había quemado un tiro. Entonces, quiebro la escopeta, le saco la coca que tenía allí, le disparo la otra pues, precisamente cuando yo le disparé el segundo tiro, el animal este aflojó la escopeta y salió corriendo.

Pues voy a ver la escopeta y le había hecho un tallón al cañón de la escopeta, por ahí de la mitad para abajo, que en realidad, pues, la escopeta, si la tuviera en este momento y hubiera quien la fotografiara, ustedes creían de que en realidad eso fue como si lo hubieran pasado un pedazo de clavo, así.

Entonces, cómo analizan eso ustedes? Será que los tigres comen escopetas o fue una cosa accidental?

DUENDES POR TODAS PARTES

Jaime Coral Bustos
Nariño

Un duende, es el duende llorón. Este duende, generalmente se aparece en las casas donde antes no había bajantes, no había canales para el agua, entonces, las tejas que forman las dos aguas, formaban una chorrera que caía generalmente al patio, en esa chorrera aparecía el duende y ese duende empezaba a bailar, a hacer gestos y a llorar y a chillar y hacía

que los niños que lo veían se convertían en unos niños llorones. Por todo empezaban a llorar y no había quien los pare. Por eso, la señora, cuando daba a luz un hijo, permanecía cuarenta días en su pieza, pues no salía y al niño no se lo sacaba de su pieza. Allí se lo alimentaba, allí se lo bañaba; bueno, todo lo que hay que hacer con un niño recién nacido durante los primeros cuarenta días. Y cuando había lluvias, así fuertes, había que quemar ramo bendito para evitar que ese duende llorón hiciera que el niño también se hiciera llorón. El remedio para curar a los niños es que una señora que esté embarazada les escupa en la barriga, es decir, en el estómago y de esta manera el niño se cura; o también se los acuesta en el suelo y se salta; pero tiene que ser una persona que esté embarazada. Ella lo salta y el niño queda curado.

También hay otros duendes que viven en las quebradas, debajo de los puentes. Cuando una persona va a pasar el puente, si es mayor, no tiene problema; pero si es un niño menor de cinco años, entonces va a haber un problema porque los duendes le pueden robar el alma, le pueden robar el espíritu y entonces el niño queda como bobo, como tonto y no lo van a poder curar. Entonces, la cuestión es llevar tres piedritas. Cuando va a empezar a pasar el puente, se tira una piedrita, entonces los duendes se refunden en el agua a buscar qué fue lo que cayó. Lógicamente, como es una piedra, entonces el resto de piedras que hay en el fondo del río, pues no la encuentra; mientras tanto la persona está pasando. Cuando llega al centro del puente, se tira otra piedrita, lo mismo al finalizar el puente se tira la tercer piedrita, mientras se va diciendo:

Vení, vení, no te quedarás. Y se dice el nombre del niño que se quiere proteger.

Los duendes, mientras están buscando las piedras o qué fue lo que cayó en el río -porque son curiosos-, entonces las personas pasan y los duendes no han tenido tiempo de quitarles el espíritu. Esta historia me la contaron, pero de otra forma en Carlosama:

Iba un día a dar un taller allá, de danzas, cuando al bajar por el puente que da sobre el río blanco, una señora iba en el carro, llevando un niño y corrió la ventana y tiró una piedras.

Entonces, yo le pregunté -yo conocía ya la historia, pero me llamó la atención que todavía se practicara, pues eso fue hace cuatro o cinco meses- entonces, le pregunté y me reafirmó la historia. Entonces el conductor del cairo -no se como se llama-, me dijo:

Eso es cierto. Fíjese que acá, a la vuelta, vinimos un día con una familia a un paseo y entonces aprovechamos -como por allí pasa una quebradita- aprovechamos para lavar el carro. Y estuvieron lavando el carro. Y tenían un niño como de dos años y medio, que estaba dando los primeros pasos. Bueno, ya terminaron de lavar el carro, hicieron su paseo, en fin y regresaron nuevamente a la casa en Cjarlosama, cuando de pronto, el niño empieza a sentirse mal y se pone pálido y que no quiere comer y solamente quiere estar durmiendo y por cualquier cosita empieza a llorar y el niño empieza, pues a secarse y se pone flaco, flaco, flaco y empieza a perder todo, todo, todo lo que es característico de un niño: ya no se ríe, no trata de coger las cosas, sino que solamente quiere estar durmiendo como si tuviera una anemia total, una anemia como de las más graves. Entonces, fueron al médico y el médico les recetó, no se que tantos remedios: le pusieron suero, le dieron tantas cosas y el niño no reaccionaba. Fueron donde una señora que sabía de éstas cosas y le consultaron el caso. Entonces, ella les dijo, que lo que pasa es que mientras estaban lavando el carro, los duendes de ese lugar, a un lado del río blanco, una quebradita que desemboca en el río blanco, le Habían cogido el espíritu al niño. Entonces, qué hicieron?; lo dejaron al niño en la casa, en Carlosama, y ellos se vinieron nuevamente acá, a eso de las cinco y media de la tarde y cogieron palos y ramas y perreros y correas, toda la familia, y empezaron a ÷olpear por todos los lados; a las matas, a la quebrada, al potrero; todo, todo, todo por donde había andado el niño. Y empezaron a gritar:

¡Vení, vení Luis; vení vení, Luis, no te quedarás!

Bueno, eso como hasta las seis y cuarto o seis y media, y entonces, ya se fueron nuevamente a Carlosama, a la casa, y el niño estaba perfectamente sano. Ya empezó ya a despertarse, como si hubiera estado durmiendo todo ese tiempo y empezó ya a pedir de comer.

Esto me contaba el conductor del carro en que fuimos a Carlosama.

Otras veces, cuando el niño está espantado porque vio a un fantasma o porque vio a un duende, o por cualquier otras cosa, se lo chupa, es decir, se lo coge al niño con una bayeta con la que se envuelve a los niños chiquitos, se hace una especie de hamaca y se lo acuesta allá, al niño, se pone un brasero con romero, con incienso o con ramo bendito y en ese humo se lo menea al niño, encima, se lo hace hamaca y se le dice:

Vení, vení -y se le dice el nombre del niño-, vení, vení, shungo, shungo, vení, vení.

Shungo es una palabra quechua, que es como el corazón o el buzón.

El otro remedio es escupirle aguardiente y echarle humo de cigarrillo. El aguardiente y el cigarrillo son los remedios más efectivos para esto. Entonces, al niño se lo acuesta y la comadre o la persona que va a hacer la curación, lo coge de los pies y lo alza y coge aguardiente en la boca y lo escupe en la planta de los pies y le golpea los pies, y le dice:

Vení, vení, shungo, shungo; vení, vení, shungo, shungo. Luego le alza la camisita y le escupe aguardiente en el estómago, le escupe en los sobacos y luego le escupe en la cabeza. Si hay un hombre, tiene que hacerlo con cigarrillo; pero no cigarrillo de filtro, sino el sin filtro; ése es el efectivo.

Entonces, lo mismo: se coge una chupada de cigarrillo y se lo sopla en forma de cruz de la cabeza a los pies y del lado derecho al lado izquierdo. Una vez que termina de echarle el humo, le dice:

Vení, vení, vení, shungo, shungo, shungo.

Y vuelve otra vez a echarle humo por tres veces. Con esto, el niño queda curado.

LA CACERÍA DE LA GUAGUA

Justino Restrepo Cardona
Antioquia

S abíamos de una guagua, en una quebradita, donde no habíamos podido cogerla nunca jamás, porque tenía una alacena entre la peña. Entonces, yo le dije a un hermanito mío:

Vamonos, hombre, pa' que matemos esa guagua; muy fácil la Cogemos. Ya me la ha jugado; pero hoy no me la juega. Vos te vas con ese perro y yo me voy al pie del charco adonde se alacena ella.

Eso fue un Jueves Santo.

Dijo:

Sí, vamonos.

Pero el muchachito estaba de unos seis o siete años, muy lloroncito

todavía. Llevó el perro, y el perro se levantó ahí mismo; latía y latía. Y yo que tenía que esperar ahí, hasta que cayera la guagua; y no cayó. Entonces, me fui a coger la montaña adonde estaba el perro y nos fuimos yendo. Nosotros, apenas habíamos tomado traguitos de café, en la casa, pa' venir a coger la guagua, porque estábamos muy seguros. Así pasamos fincas, todo el santo día, hasta que nos llevó a unas cordilleras llamadas "la siberia". Y a las cinco y media de la tarde, ese muchachito, lloraba y me decía:

¡Hermanito, por Dios, vamonos pa' la casa!

¡No!, yo tengo rabia -le dije yo-, yo tengo rabia y yo, si es el diablo, me agarro con él, y si es la madre monte, también; sea lo que sea, porque hoy me voy a hacer matar de cualquier cosa. Yo nací con esa idea de ser cazador, y todo.

Entonces, dijo:

No, hermanito, vamonos que yo tengo mucha hambre.

Por allá, en una cañada, me acordé y dije:

Yo, por qué no le saco las balas a esta escopeta y las cruzo?

Si es el diablo: ¡se murió!, y sea lo que sea, yo me hago matar hoy, de cualquier cosa.

Y el perro latiendo por allá en las cordilleras: guauuuu, guauuu. Yo cogí esas balas, me senté en una piedra y con una navaja les hice la cruz y le saqué los tacos a la escopeta y le metí tres balas bien cruzadas. Y llegué completamente a donde estaba el animal. Un animal que era como figura de un cusumbo -una trompa larga-, tenía por ahí como unas tres varas, esa trompa que tenía; y la cola abarcaba -ustedes han conocido las cordilleras?- (en las cordilleras se forman los copos de los árboles en ramazones, y se van; muchas veces hay

bejuqueras que se van, hacen hondonadas que se van y vuelven)-, la cola abarcaba toda esa codillera, estaba encaramado en una parte de esa y se le veía la trompa. Entonces, el muchachito se largó a llorar, y dijo:

¡Hombre, no le vas a tirar a ese animal tan feo!

La cola del animal se iba y abarcaba por todos los copos de los árboles y volvía después hasta la trompa.

Dije yo:

Si éste es el diablo, conmigo se lo llevó el diablo, también.

Le dije al niño:

Téngame este perro aquí, hermanito. Y me quité la correa. Y póngale cuidado que lo que es aquí se va a joder conmigo, porque si es el diablo, se muere, si es la madre monte, también se muere.

Le largó ese tiro, y eso sonó más bueno; y ahí mismo cayó al suelo. Y tembló hasta la tierra donde cayó y se desapareció. No la volvimos a ver por parte ninguna.

A las ocho de la noche llegamos a la casa de nuestros padres y contamos el susto, y me dijo mi mamá:

Es que voz sos muy bruto, voz no le tenes miedo a nada; pero a cualquier hora te pasa cualquier asunto; cualesquier cosa te puede pasar porque, sobre todo, el Jueves Santo, no se sale a cazar.

HISTORIA OCULTA

Ramón López
Caldas

Lo que les voy a narrar a ustedes ha estado oculto dentro de mí hace treinta años. Se me había prohibido -que al final yo les digo por qué-, narrar lo que a mí me sucedió en el año de 1930, en un pueblo llamado Palestina-Caldas, cerca de Chinchina y Manizales, donde yo me crié.

En el año de 1930 yo tenía quince años. Yo nací en 1915. Había un bosque. Si alguna persona de las que están presentes aquí, con edad avanzada, han vivido en Caldas viejo, en Palestina y cerca de las veredas la Plata, la Paloma y la Ermita, se dan cuenta de que existía una selva que llamábamos "de los Uribes", donde había unos mitos, que los cazadores no podíamos ir a cazar a esas selvas si no íbamos de dos, tres o más personas, porque existía, según los cazadores, que en esas selvas existían una cantidad de fenómenos extraños como Patasola, Madremonte, Mohán, Duende, etc.; muchas cosas que siempre se le presentaban al cazador, en distinta forma, siempre extravagante y miedosa.

Fue el caso que por ahí en el año de 1930, invité un vecino para que me acompañara a cacería. También anticipo, antes de continuar, que había otro mito: que había que llevar una reliquia bendita por un sacerdote, bien sea una medalla o una vela de cera de abejorro que estuviera bendita por un sacerdote y con eso, esas cosas no lo atacaban. El vecino se llamaba Pedro. Le dije:

Pedro, vamos a cazar.

No quería; lo convencí. Preparamos dos escopetas de fisto, porque en ese tiempo no había de otra manera, una gumbia, con el fiambre y

un perro y nos fuimos paT monte. Por ahí a las diez de la mañana estábamos en la manigua. A mí se me dañó una quimba. Quimba, es una suela de cuero con que hacen los zapatos; trae unos agujeros y le pone unos cordones y se los amarra del pie, para no chuzarse uno con las espinas. Me puse a arreglar la quimba y el perro que llevábamos había levantado algo, estaba ladrando; entonces, Pedro, el compañero mío, me dijo:

Yo sigo, a ver qué es lo que sigue el perro.

Me demoraría diez minutos arreglando la quimba y arranqué; seguí el viaje. No volví a escuchar el perro. Seguí en el monte; al rato, llamé, duro:

¡Pedro!

Escuché un gemido, bastante lejos. Corrí bastante. Volví y lo llamé; le dijo:

¡Pedro!

El mismo gemido, pero más lejos. Yo pensé en las leyendas, en las historias de los cazadores. Me dio miedo. Los pelos estaban de punta. Entonces, arranqué a correr. Corrí, sin llamar. Al rato llamé, duro:

¡Pedro!

Cuando ya escuché fue diferente la voz:

¡Ohhhh, uggggg!

Era una voz como de tigre.

A mí me dio miedo. Saqué la vela, la mordí, empecé a mascar y seguí

corriendo pa'llá, cuando bastante, como a unos ochenta metros vi mover la rama y que Pedro iba tras algo; iba tras de algo. Entonces, avancé mucho más, lo que pude. Cuando ya lo tenía a treinta metros más o menos, lo llamé y le dije:

¡Pedro!, qué te pasa?

Se paró, me miró con unos ojos ya desorbitados, rojos; la cara estaba extenuada y en vez de contestarme o hablarme se me abalanzó. Antes de que me cogiera, con la furia que venía, le escupí la cara. Entonces, cayó privado el hombre. Me puse a observar adelante, cuando alcancé a ver una silueta humana, un monstruo, pero grande, deforme, con unos ojos grandes como de res, brotados, unos labios que eran como almohada doblada. Yo no pude mirar eso, porque eso lo agarraban y como lo atraían a uno. Las manos eran gruesas y oscuras, por delante le caían unas melenas de musgo o no se qué, oscuro. La piel de los brazos era como verrugas, con hongos y unos pelos largos, las uñas largotas. Yo miré eso y casi que dejo a Pedro ahí tirado y me largo a correr. ¡Eso da miedo! Hace sesenta años y todavía me da miedo.

Dios estaba conmigo. Me acordé de la vela, la saqué, saqué la caja de fósforos y la encendí. Cuando la encendí y miré, ya no estaba la cosa esa.

Entonces cogí a Pedro del suelo, me lo eché al hombro. Que no se me apagara la vela, que no me fuera a seguir esa cosa. Pasando una cañada -tenía mucha sed-, descargué a Pedro y tomé agua. Le eché a Pedro en la cara. Cuando le eché en la cara se sacudió. Volví y le eché más agua, cuando de pronto se levantó y dijo:

¡Ayúdemen, ay!

Le dije:

Pedro, yo estoy aquí, yo lo ayudo.

De pronto se incorporó, se sentó y me miró con una mirada terrible. Me dijo:

¡Usted es un malvado! Me dijo así. Usted me quitó del lado de mi novia, yo iba con mi novia; por qué tenía que quitarme del lado de ella? Yo iba con ella, yo me iba a vivir con ella.

Entonces, yo pensé, dije:

Pedro, puede contarme qué le pasó con la novia?, cómo la consiguió?

Entonces, me dijo:

Vea, cuando usted se puso a arreglar la quimba yo me fui a ver qué era lo del perro y ya iba llegando a donde estaba el perro, cuando oí una voz, suave, que me dijo:

¡Mijo!

Me detuve, miré, cuando vi una señora tan linda, con unas cabelleras por delante que la cubrían. Estaba desnuda. Pero muy linda. Me miraba con unos ojos que me atrajieron y ella se me acercó, me acarició y cogió un seno grande que tenía, me lo puso en los labios, apreté y me cayó un líquido tan suave que me lo tomé. Después, me dijo:

Usted, quiere acompañarme donde yo vivo?

Yo le dije que sí.

Yo iba con ella, cuando usted, de metido, fue y me trajo. Entonces, yo me voy pa'onde'lla.

Usted no va pa'onde'lla. Le dije yo. Usted va primero a la casa. Y dijo:

Yo me voy para donde mi novia del monte.

Entonces, me dio mucha lidia llevarlo a la casa. En la casa se enfureció, hubo que amarrarlo. Lo mandamos al manicomio. No duró mucho: murió, invocando la novia del monte.

Como yo tenía remordimiento, fui donde un sacerdote a confesarme. Me pasó esto. Me dijo:

Cuál de los dos se invitó a la cacería?

Y, le dije:

Padre, yo fui el que lo invité y él no quería ir.

Me dijo:

Vea, materialmente usted no tiene la culpa, pero, moralmente sí.

Hágame el favor y de penitencia en esta confesión, no le cuente a nadie, durante su vida, esta historia.

EL EXTRAÑO REGRESO DE UN AMIGO

Graciela Raigosa
Valle

Les voy a echar un cuentecito: una historia que le sucedió a mi papá. Resulta que él era bastante tomatraguito y toda la vida le gustó atisbar entierros. El fue sepulturero, fue policía; de todo. Resulta que él tenía un amigo y tenían la costumbre, que en los pueblecitos, hace tiempo, colocaban los toldos en la plaza, donde era la sancochería, entre sábado y domingo; y estaba el amigo sentado en un toldo de esos, almorzando, y entonces mi papá llegó y por molestarlo, llegó y le metió el dedo al plato. Al amigo no le gustó nada. Bueno, pasaron unos días y murió ese señor, el amigo de mi papá, y en esas se desató la violencia, pues, que uno no se atrevía a salir, ni asomar la nariz a una ventana, ni nada, y una noche -hacía varios meses que había muerto la abuelita nuestra, que era la que nos había criado y él se iba todas las noches dizque a rezar al cementerio, y más cuando estaba borrachito-, esa noche salió y se fue para allá y nosotros nos quedamos rezando, pensando que lo iban a matar por ahí, en eso tan solo. Bueno, no se cuánto tardaría; ya era como la una de la mañana, cuando sentimos que venía, pero a los batacazos y alcanzó a caer, que quedó como medio cuerpo en la calle y el otro medio en la casa. Yo no me atreví a levantarlo y a mirar, porque creí que era que lo habían matado. Ya como a la hora, viendo que no se movía ni que hacía bulla por ninguna parte, lo levanté y como pude lo arrastré hasta la cama; y entonces, cuando lo fui a coger, entonces, decía:

Nooo, Elisita, nooo, Elisita -la abuelita nuestra que había muerto-.

Yo lo dejé allí hasta el otro día. Hasta le prendí una vela bendita al pie de la cama, creyendo que le había pasado alguna cosa rara; y entonces, al otro día, viendo que no se levantaba ni nada, me fui a

ver, y me le iba a arrimar y, él:

Noooo, Elisita, noooo, Elisita.

Así estuvo dos días. Yo, haciéndole baños de hierbas aromáticas y de todo, hasta que ya, pues, nos pudo contar qué le había pasado:

El se fue al cementerio, pero no alcanzó a llegar al propio cementerio, sino que en un barranquito, al frente de la tumba donde estaba la abuelita vio un bultico y entonces a él como que se le pararon los pelitos y a pesar de su rasquita, se fue viniendo y el bultico lo fue siguiendo, lo fue siguiendo desde el cementerio a la casa, que quedaba por ahí cinco o seis cuadradas, y lo siguió más de cinco cuadradas. Ya, cuando lo dejó, que bajó una falda, así, para voltiar a la casa, ahí, cuando él llegó, fue privado ahí.

Y seguía con una cantaleta. Cuando le servía uno la comida, decía:

Quita esa mano de ahí, quita esa mano de ahí.

El quedó como atontado.

Y era que el amigo que él le había metido la mano al plato, lo estaba atormentando a él. Hasta que no tuvo más sino que fue y habló con el padre y le mandó celebrar una misa, para que lo dejara en paz.

YO NO ERA HOMBRE DE CIUDAD

Jorge Hernán Gómez Ángel
Valle

Yo soy muy campesino, soy de Versalles y Versalles es una comunidad muy campesina. He vivido la mayor parte del tiempo en la zona rural. Resulta que a fuerza de lidia hice mi bachillerato, porque soy de escasos recursos económicos. Resulta que, cuando terminé mi bachillerato -los campesinos lo crían a uno con una cultura de acuerdo a ellos, mi papá falleció hace un año larguito-, mi mamá me decía:

Cuando usted termine el bachillerato, tiene que irse, porque yo ya no puedo responder por usted; ustedes ya son personas que tienen que responder y tienen que abrirse de acá; ya no puedo responder, ya la obligación no es mía.

Entonces yo terminé y a mí me tocó irme en un mes de agosto. Resulta que a mí me habían dicho que Cali era una ciudad muy buena, y me infundían que Cali era una ciudad muy buena. Pues, para muchos será muy buena, pero para mí fue tenaz porque, realmente, me fue muy mal. Es una ciudad muy bonita, ofrece muchas cosas; pero, para mí, ofrece mucha inseguridad.

Entonces, yo llegué allá, en un mes de agosto, porque a mí me gusta mucho echar parlamento y yo me conocí con un señor, allá en Versalles y él tenía una panadería en Cali. Entonces, yo le dije:

Oiga, don, déme trabajo que mi mamá ya me está diciendo que me vaya. Estoy aquí sin saber qué hacer.

Entonces, él ya me dijo que bueno, que él me daba trabajo.

Yo, tal vez seré un montañero, porque soy de la montaña, pero no soy bobo. Entonces, yo le dije:

Bueno, dígame cuánto es el sueldo.

Entonces, ya él me dijo que el sueldo eran treinta mil pesos.

Y soy tan montañero, hombre -yo pensaba que treinta mil pesos era mucho, que treinta mil pesos era una verriendera- y ahí mismo le dije:

Bueno, don, yo me voy.

Y eso fue un sábado que arreglé el puestico con él y el domingo me tocaba entrar a trabajar a las dos de la tarde. Entonces, yo me fui por la mañana, yo me fui a las nueve de la mañana, porque la noche anterior me habían hecho despedida y amanecí trasnochado. Yo, yo contento, me fui muy contento porque me iba a ganar treinta mil pesos y yo llevaba el sueño de que iba a ayudar a mi mamá y a mis hermanitos. Dije:

Ya con eso, mando mercadito para la casa, mando platica.

Y bueno, me fui dizque a buscar la panadería, que quedaba por San Joaquín. No me dio más dirección el señor ese. Yo no conocía; pero me hice al ladito del chofer, asustado.

La primera impresión mía al llegar a la ciudad fue como la de la incultura de la gente. Yo iba con una caja y una maleta y a mí me habían enseñado que cuando uno va atareado, va una persona mayor o una dama, uno le daba el puestico -vea, siéntese- y yo atareado y nadie me daba el puestico. Y entonces, yo llegué allá y le dije:

Don, me hace el favor, cuando vea la parroquia de San Joaquín, usted me hace el favor y me dice, porque estoy pendiente de una droguería

que se llama Droguería Nueva. Y él me dijo:

[Tranquilo. Luego, me dijo: vea, por aquí queda.

Me bajé. Nadie me ayudó a bajar esas cajas, porque yo me fui maletiado del totazo. Y empecé a buscar, cuando vi a un peladito, hijo de un familiar, y dije: por acá es. Y eran ya las dos de la tarde, la hora de empezar a trabajar yo; y ahí mismo dejé maletas. No me tomé una aguapanela, ni nada, sino que ahí mismo me tocó preguntar por la dirección. El me había dicho que tomara el Papagayo ruta 4 y que le fuera preguntando al chofer. Yo me subí, pero no puede hacerme al lado del chofer porque no había asientos de ese lado. Yo iba muy asustado, pensando en que me había cogido la tarde y en qué iba a hacer, cuando vi en una placa que decía carrera treinta y nueve y como yo iba para la carrera treinta y nueve, ahí me bajé.

El cambio era muy grande para mí: primero, el calor y segundo, yo le preguntaba a la gente: oiga, don, hágame el favor y me dice dónde queda esta dirección. Y llegó uno y me dijo: Suba diez cuadras hacia arriba que por allá queda. Y subí y fui a dar a Torres de Maracaibo. Yo había oído mentar Torres de Maracaibo, porque a mí me decían en Versalles que allí se mantenía mucha gente de Versalles, la colonia, y yo asustado. Entonces me metí por allá a preguntar si había alguien de Versalles, y no. Eso fue por la tarde y allí me dijeron que iba mucha gente de Versalles, pero por la noche. Y me devolví. Me mandaban para arriba y otros para abajo. Yo no sabía para donde pegar. Entonces, a mí me impresionó mucho eso y me dieron ganas de llorar, porque uno no estaba acostumbrado a eso de que la gente se burle de uno. Uno es bobito, pero no tanto, como el cuento. Y entonces, después de tanto caminar encontré la panadería y ahí mismo me pusieron a trabajar, y yo, sudando y el calor y la falta de mi mamá, porque yo la quiero mucho.

Pasó el tiempo y seguí trabajando. Un inconveniente era el horario, porque yo salía a las diez de la noche y a las diez no habían casi buses

por ahí, entonces me tocaba caminar cinco cuadras para coger un bus; siempre asustado. Por allá me robaron una vez una billetera con cinco mil pesitos, que era lo único que llevaba. Entonces, otra impresión mala de lo que era la ciudad.

Cuando llegó la primera quincena, el día antes, a mí me metieron un billetico falso. Yo lloré ese día. Me quedé acordando bien del que me metió el billete. Como a los dos días volvió, cuando me iban a pagar la quincena, y le dije al patrón:

Vea, don, ése fue el que me metió el billete falso.

Y el patrón me dijo que para que era tan bobo, que se lo cobrara yo. Y a mí me dio miedo; como uno en la ciudad no conoce de pronto a uno lo matan o algo. Usted es un pendejo, usted es un yo no se qué. Luego me dijo:

Vea, mijo, la época está muy mala -después de que yo le vendía casi sesenta mil pesos diarios- la época está muy mala, yo le voy a pagar a usted apenas veinticinco mil mensuales, o sea que como ya es la quincena, le doy doce mil quinientos y dos mil de un billete falso que le metieron, son diez mil quinientos y por ahí quinientos pesos que usted se halla tomando en gaseosita, son diez mil. Yo le regalo lo otro.

Yo me reboté:

Pero, cómo es eso, si usted me había dicho que el sueldo eran treinta mil pesos.

Yo llamé a mi mamá, entonces, mi mamá me dijo:

No, mijito, cómo se va a venir pa'l pueblo? Nooo, noooo, nooo, usted por allá está muy bien; vea que por allá es mejor -como si quisiera desencartarse de mí-, y yo aburrido.

Pero, uno nunca debe pensar en el qué dirán; pero yo sí lo hice.

Me dije:

No, cómo me voy a volver a Versalles después de que me despedí de todo el mundo; qué irán a decir?, que yo no fui capaz de aguantarme, que yo retrocedí.

Entonces, aunque estaba aburrido hasta el alma, le dije a don Diego - el dueño de la panadería-, que seguía trabajando. Y bueno, de esos diez mil pesitos ahorré una parte que dizque pa'l bus; pero casi todo se me fue en el bus. Me di cuenta que ahí la plata no rendía para nada. Llegó la otra quincena, me dio doce mil quinientos pesos, y yo aburrido. Pues a mi me tocó renunciar. Le dije:

No, don, usted a mí me ha tratado muy mal; yo creo que uno merece respeto, también.

Entonces, ahí mismo me dijo:

Pues, renuncie que a mí no me hacen falta los inútiles.

El sueño mío era volver a Versalles. Yo había hecho rendir la platica y compré bobaditas para la casa, porque yo creo que uno, cuando quiere la familia, uno le lleva algo. Bobaditas por ahí, baraticas, pero compré y llegué a mi casa y mi mamá, contenta: me mató gallina y que mijito que no se qué. Pero, siempre esperando que yo regresara. Ella no sabía que yo me iba a quedar.

Pero, cómo le voy a decir a mi mamá que yo me voy a quedar? No, yo no le puedo decir eso.

Eso fue un sábado; yo pasé inolvidable esos dos días porque vi el gran cambio de la ciudad al campo; no, mejor dicho, pero yo no podía decirle a mi mamá que me quedaba, porque ponía el grito en el cielo.

Entonces, me tocó volverme. Y llegué a Cali, otra vez y sin trabajo; desubicado, porque estaba realmente desubicado y me conocí con el auditor de energía -un familiar trabajaba allá-, y me dijo:

Tranquilo mijito que yo le sigo ayudando.

Y empezó a ayudarme y a buscarme empleos y todo, y una vez yo llegué allá a la oficina de él, entonces él me dijo que si yo era de ambiente, entonces yo le dije:

¡Eh, Avemaria, eso es muy bueno!, eso es la verranquera -yo bregando a quedar bien con él; pero como yo no sabía quién era él, dijo yo: claro, eso es la verraquera ser uno de ambiente.

Entonces, me dijo él:

Y usted, verdad, si es de ambiente?

¡Uy, claro!, eso es muy bueno ser de ambiente; uno tiene que ser de ambiente. Y ese señor, seguía preguntando:

Pero, usted tiene novia?

Cómo confunde el ambiente con la novia?. Pregunté. Claro, yo tengo novia; pero tengo novia en Versalles.

Y, usted sí la quiere?

Yo? Claro que la quiero.

Pero, entonces, usted si es de ambiente?

¡Tan bueno que es! Dije.

Entonces, me dijo:

Pero, usted sí sabe lo que yo le quiero decir?

Ahí mismo dije yo: ¡Uy!, y este señor con qué irá a salir?

Pues, señor, yo lo tomo como que usted me quiere decir que me gusta ser dinámico, trabajar, etc..

No, lo que pasa es que yo quiero decir que todo lo que va pa'dentro.

Dije yo: ¡Ay, fuepucha!

Y me dejó. Entonces yo no lo entendí bien, del susto, pero ya supuse, porque ahí se mantenían un mundo de muchachos, en esa oficina. Yo dije: este señor tiene que ser de esos del otro equipo. Y ahí mismo me asusté mucho y salí disparado, y me enfurecí con el primo mío, y le dije:

A mí no me vuelva a llevar donde esos tipos, que vea cómo me hizo quedar, y ese señor que pensará de mí, que le dije que sí era de ambiente.

Yo, donde ese señor no volví y a cada rato me llamaba:

Jorgito, venga que aquí le tengo un puestico.

Una vez me dijo que me tenía un puesto en Bienestar Familiar yo he trabajado mucho con comunidad y a mí me fascina la gente del campo-, y me llamó y me dijo:

Jorgito, que venga que lo necesito para un puesto.

Ya mí me dio miedo ir y le dije:

No, señor, yo voy mañana. Yo no fui. Entonces, como a los dos días me volvió a llamar:

Ah, vea, Jorgito, tenía un puestico en Bienestar Familiar, pero como usted no vino mandamos a Merceditas; pero, siga viniendo.

Dije yo:

Tranquilo don Diego. Por no irrespetarlo, porque al fin y al cabo es una persona mayor y una persona mayor merece respeto, yo llamé al primo que trabajaba allá y ahí mismo me pasó a ese señor, sabiendo que yo le había dicho que no me lo pasara, y me dijo:

Vea, Jorgito, resultó un puesto por allá, en la catorce; pero como usted no vino mandamos a Merceditas. Y le dije yo:

Vea, don Diego, usted, tras de dañado viene a decirme mentiras, la semana pasada me dijo que habían mandado a Merceditas de Bienestar Familiar y otra vez a Merceditas; entonces, usted no está por ayudarme. Cuál es Merceditas? Quién sabe cuál será la Merceditas? Entonces, no volví donde él.

En Cali tenía una familia pudiente, un tío, pero yo me sentía muy mal yendo donde ellos, porque yo soy muy pobre y ellos han tenido mucha plata. Pero, uno de tanta necesidad tenía que ir donde ellos, y les caí bien, porque realmente les caí bien, porque bregaron a ayudarme. Me daban platica pa'l bus, al menos pude solventar un poquito. Y resulta que el tío se enfermó y se lo llevaron pa'la clínica, entonces, yo, por pasar bien, por pasar por educado, yo iba todos los días a la clínica, a fuerza de lidia, y decían:

¡Eh, Avemaria!, ese Jorgito si es el sobrino mejor -decían los muchachos- y ahí mismo me daban platica, y decía:

Pues, yo tengo que seguir yendo pa' que me den platica pa'l bus. Quedé bien, porque yo el sobrino que quería al tío y porque me daban platica. Entonces, yo les ofrecía: que quieren tomar?, para pasar por amplio, porque yo sabía que no me recibían, porque ellos conocían

que no tenía plata. Me dijeron:

Vea, vamos a montar una compra de dólares; lo necesitamos para que trabaje. Yo dije: ¡listo!

El sueldo eran treinta y seis mil pesos -el mínimo- y yo me alegré porque pensé que con eso podía ayudar a la casa.

Me dolió mucho que me miraran de arriba abajo, para criticarme la forma de vestir, sobre todo lo patrona -prima mía-, me decía:

¡ Ay, usted se puso ese vestido?

Yo no tenía ropa buena, pero cuando tenía un compromiso, así, como ir a la Gobernación o alguna oficina, yo me ponía el vestidito del grado; y ahí mismo decían:

Si eso aquí en la ciudad no se usa; usted dizque poniéndose esas medias. Me criticaban todo.

Yo creo que uno no le debe quitar la cultura a otro, porque mi forma de ser era esa. Me hacían quedar mal delante de otras personas, y cuando uno le tiene que decir algo a otra persona, se lo dice aparte, para no resentiría y para que los demás no se den cuenta de lo de uno; pero llegaba alguien, y decían:

Vea, ese Jorge, dizque con medias; tan montañero. Entonces, a mí me dolía mucho eso.

Bueno, yo seguí trabajando. Me empezaron a tratar mal, me mandaban por allá a trabajar, por la noche -esas horas no me las pagaban- y a veces me quedaba sin almorzar, pues, por pasar de amplio, le gastaba salpicón a la patrona y por la tarde le decía que me prestaran para el bus y ella me decía:

Si usted es un malgastón, yo no le voy a prestar nada. Y me tocaba pedirle a la gente, en la quince, pa'l bus.

Trabajé con ellos, todavía. Me tocaba cargar dólares de la oficina, que era por el Banco de Colombia, hasta el Banco de la República. Entonces, a mí me pusieron un cuchillo y me robaron el maletín; pero a los tipos los cogieron y a mí me tocó ir a la policía Metropolitana, a declarar contra ellos, para recibir el maletín. Yo estaba muy asustado, porque decía:

Esos tipos salen y son capaces de hacerme algo. Y la patrona me dijo:

Vea, Jorge, yo se que esos muchachos salen y lo salen es matando; mejor vayase para Versalles, usted está muy enfermito, y yo se que lo matan.

Y, ese fue el valor que me dio. Y me hizo llorar ese día. Y yo:

No, Marina, demen otra oportunidad o mandemen para el almacén. Pues, me mandaron para el almacén.

Cuando me llamaron, que había llegado la libreta militar: Vea, llegó la libreta, le vale treinta y pico e mil de pesos; venga por ella.

Entonces, le dije al esposo de ella que me los prestara, que yo se los pagaba en enero, porque yo pensaba comprarle aguinaldo a los de la casa; y él, muy formal, me dijo:

Tranquilo, Jorge.

El veinticuatro de diciembre, que me fueron a pagar a mí, Marina me dijo:

Vea, Jorge, yo le voy a pagar; pero le doy sólo seis mil pesos, porque

usted debe treinta.

Pero, cómo Marina, si el negocio fue con Danilo.

Nooo, nooo; usted de pronto renuncia o se sale yendo o le pasa algo con esos tipos que hizo meter a la cárcel y se pierde la plata.

Yo me agarré a llorar. Le dejé las llaves del almacén y le dije:

Yo, acá no vuelvo, no vuelvo. Llamé a mi mamá y le dije:

Vea, mami, yo tuve que renunciar, porque Marina me dijo que yo la iba a robar, y me trató de ladrón.

Bueno, yo tengo un dicho, que a mí me ha salido muy bien y ojalá todos lo apliquen. El dicho mío es que no llegan los de adelante sino los que atrás saben caminar. Y yo supe caminar y se manejaba bien y no conseguía malas compañías. Yo empecé a relacionarme bien, pero me aburrí por todo lo que me había pasado, porque están habituados a vivir en la ciudad. Cuando se respetan las cultura, es muy bonito; pero a mí nadie me respetaba; y me robaban. Me tocó venirme para Versalles.

Mi mamá, aburrida: que cómo me había venido, que eso era retroceder, pero yo dije:

No, ya no voy a pensar en qué dirán, porque yo no me voy a morir por allá.

Me vine. Empecé a hacer política y me puse a hacer política. Y Jorgito es un berriondo y Jorgito mueve mucha gente. Ganó la alcaldía el del grupo de nosotros y yo esa noche casi me muero de la alegría, porque yo le había dicho que yo quería un puesto en el magisterio. Pero, en verdad, él me había dicho:

Tranquilo Jorgito.

Entonces, los invitamos a comer a la casa. Mamá les hizo sancocho de gallina, pero ella, por el interés del puestico para mí. Y nada que me resultaba.

Me tocó volverme, como a los dos meses, para Cali. Me llevó un doctor y me dijo: vea, Jorge, le vamos a ayudar es por lo alto. Y me convenció. Pero, era para hacerme olvidar de todo. Y en Cali, me dijeron:

Usted es que es bobito?; no hombre, eso es por burlarse de usted. Ahí mismo me volví para Versalles. Y yo dije:

A mí, no me la vuelven a hacer.

Entonces, me dijeron:

Vea, usted tiene que votar por tal candidato para la presidencia y verá que usted queda de profesor.

Y nos dedicamos a hacer campaña, porque una persona debe cumplir cuando promete o de lo contrario no prometer. Yo seguí haciendo campaña y "Jorge es un verraco" y palmaditas a la espalda. Pero, de eso no vive uno. Yo trabajaba gratis en todo eso. Yo pasaba por ahí, por el lado del alcalde y él decía:

Me huele a profesor, me huele a profesor, me huele a profesor.

Y yo me dejaba. Llevo seis meses esperando y nada. Tres meses después de que el Alcalde empezara a decir, cuando yo pasaba por su lado, que le olía a profesor, a mí me dio rabia. El iba con un doctor y le dijo:

Vea, este muchacho me huele a profesor, él va a quedar de profesor.

Y yo dije:

Vea, yo huelo es a pendejo de tanto esperarlo a usted; ustedes los politiqueros prometen mucho y no cumplen. Yo quiero mucho la política, porque política es el arte de servir; pero, cuando prometa, cumpla. Yo, de olores no voy a poder vivir y estoy oliendo como a profesor hace mucho tiempo.

Entonces, él se enojó un poquito conmigo; pero como yo seguí trabajando y la gente siguió luchando -yo soy del comité de participación comunitaria-, "no, Jorge trabaja mucho" -y también tengo el Club de amigos de la Biblioteca-, entonces a mí me va muy bien. Pero el alcalde dijo que no, que yo era muy grosero; pero me mandó a llamar y le dije que era que de olores no se podía vivir. Y entonces, él me dijo:

Tranquilo Jorgito, la otra semana se va a enseñar por contrato, se va a enseñar a Puente Tierra.

Hice planes con mi primer sueldito -le voy a comprar algo a mi mamá- pero resulta que me mandaron sólo por una semana, porque a la semana siguiente dizque se acabó la plata de caja menor.

Entonces, el alcalde me dijo:

No, Jorge, usted ya no vuelve a trabajar, pero tranquilo que a usted le va a resultar el puestico.

Y vea, éstas son las santas horas que he vivido y no me han cumplido.

Le oí decir a alguien que el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones. Le escribí una carta al alcalde, diciéndole esto y que las intenciones eran unas y las realidades otras; sin embargo, nada ha cambiado en esa esperanza; aunque todavía me dicen que tenga paciencia, porque ya casi me va a resultar el puestico.

HISTORIA DE DOS AMIGOS

Alcides Ospina
Caldas

Se juntaron dos señores, amigos, a inspeccionar una montaña, y se fueron. Llegaron a cierta parte, y dijeron:

Vos te vas por aquí, yo me voy por aquí; pero cuando venga la tarde, nos pegamos el grito para ver dónde estamos y para orientamos y para que nos volvamos a juntar, para irnos pa' la casa.

Así fue. Se fueron.

Más o menos a las dos de la tarde, el uno pegó un grito, cuando le contestaron; el otro, entonces, por ahí se orientó. Se fue. Al rato volvió a gritar, cuando el otro que le contestó, ya más cerquita. Siguió. Al rato, otro grito y cuando le contestó, cerquítica.

En esas y las otras se encontró con un "amplio" que había hecho un palo que se había caído y dejó un limpio grande, y él llegó y se trancó en el cañón del palo, no podía pasar porque era muy grueso, cuando vio al otro lado una vieja cubierta de pelo. Entonces, él pensó irse. Se fue a ir, corrió la vieja y lo atajó.

Luego, voltio por la otra parte, también la vieja se fue y lo atajó. Ya vio que no podía salir. Era la Madremonte. Entonces, se agarró a prender un tabaco y cuando prendió el tabaco y voltio a ver, ya no vio a la vieja, ya no la vio, porque esas fieras le tienen miedo a la candela.

Y se volvió para la casa de él, solo, ya solo. Y estuvo sin pronuncia tres días. A los tres días volvió a hablar y contó lo que le había pasado.

LA COMADREJA Y YO

Alejandrina Muñuz
Valle

Tení por ahí unos cinco años, cuando me salió de pronto, así en el patio, un animalito como una comadreja. Usted conoce la comareja, no? Bueno, pero esa comadreja tenía cuerpito, pues, de comadreja y de aquí acá, era cabecita como de una niña. A mí me recuerda que una sola personita he visto con esa carita de ese animal; pero, pues a mí no me dio miedo. Yo la vi y ella pues, trataba de convidarme. Ella se metía por un huequito que había y pues yo, gracias a mi Dios, yo no cupe por ese hueco; entonces, no sería hoy en día Alejandrina, porque pues a mí me daba pues como ánimo de meterme allá, de que yo cupiera. Varios intentos hice y ella salía y me hacía pues, como muecas. Se oía pues, que se reía; y no, yo no cupe pues por ahí y una sola vez la vi, no más.

Y entonces, con las personas con las que he comentado, me dicen pues, que tal vez era que me perseguía el duende, porque pues, yo, en ese entonces tenía un pelo muy bonito. Yo tuve un pelo muy bello como hasta los veintitrés años.

Entonces, a mí me dicen, que tal vez era que a mí me perseguía el duende.

CAGUIN CAGÓN

**Jaime Coral Bustos
Nariño**

Esto contaba un bisabuelo, mi bisabuelo que se llamaba Audelio Oviedo. En esa época de la guerra de los mil días, él tenía que ir a traer municiones por esos lados de Santa Fe. Una noche él se fue para'llá y de pronto vio que bajaban por la pendiente dos perros grandes, casi como puercos, pero pegados de la cola y bajaban rodando, gritando:

Caguin Cagón, por vos compadre; Caguin Cagón, por vos comadre.

Caguin Cagón, por vos compadre; Caguin Cagón, por vos comadre.

Y eso bajaban formando una polvareda y rodándolos dos perros. Entonces, el bisabuelo trató de separarlos y sacó su verraquillo y empezó a pegarles tratando de separarlos. En eso, se le convirtió como en un bulto enorme, negro, y un espanto horrible le dio a él. Le cogió un miedo, un pánico increíble y empezó a correr, a correr, montaña arriba, hasta llegar a la casa de unos amigos que vivían allí y que siempre que él tenía que hacer esos recorridos, por esas regiones de Santa Fé, para pasar al Ecuador, se quedaba allí, en esas casa. Llegó a la puerta y golpeó fuerte y de adentro le preguntaron:

Quién es?

Soy yo, Audelio Oviedo; abran.

La señora se levantó a abrir la puerta, pero apenas abrió la puerta, la volvió a cerrar con fuerza, diciendo:

No, usted no es Audelio, usted es el diablo.

El, inmediatamente empezó a golpear esa puerta, con más fuerza, diciendo: bueno, si no abren esa puerta, echo bala.

Entonces, esa señora, por el miedo, volvió a abrir la puerta y él entró y cayó de bruces al piso. La señora cerró nuevamente la puerta.

Más tarde le comentaba que no lo había reconocido porque en realidad tenía un aspecto como de diablo, que tenía los pelos levantados y una cara horrible y que detrás de él se veía una multitud, con mechones con candela, y entonces, decían que era el Caguín Cagón, que él había encontrado, en forma de los dos perros.

Este Caguín Cagón se genera porque a veces hay matrimonios o conviven simplemente, hacen vida marital, dos compadres, y nosotros sabemos, por la región, que entre compadres no puede haber matrimonio, no puede haber vida marital, porque es un impedimento, como no puede casarse el padrino con el ahijado; y dicen que las dos almas, tanto la del compadre como la de la comadre, andan convertidos en esos perros gigantescos y que andan así, pegados, rodando y cantando; Caguín Cagón, por vos compadre y Caguín Cagón, por vos comadre, porque son almas en pena.

Solamente, si se los logra separar, entonces las dos almas quedan perdonadas y alcanzan el descanso eterno. Mientras tanto, están condenados a vivir siempre así.

ADVERTENCIA:

Esta historia, bien puede titularse Caguín Cagón o Cayín Cagón. La razón por la cual usamos los dos términos, es la dificultad que a veces se encuentra de identificar cabalmente una expresión al momento de la transcripción. En todo caso hacemos la salvedad, para evitar confusiones entre investigadores y estudiosos de la tradición oral.

MANUELITO EL PESCADOR

Manuel "mañe" Pérez
Bolívar

Le voy a referir la historia de Manuelito Pescador, pa'que vea usted cómo son las mujeres.

Manuelito Pescador, diremos que en el puerto de Zambrano, pesca, pesca, pesca todo el mundo y él nunca cogía nada. La mujer lo tenía como perro regañado, en un rincón, dígame una cosa, dígame la otra y trátelo como servicio.

Llegó el día en que se cogió una sardina. Y le dijo la sardina: No me mates que pescado cogerás. Tira la atarraya.

Tiró la atarraya: Ciento cincuenta de un solo mamonazo. Volvió y tiró: trescientos pescados. Ese día llegó a la casa, la mujer lo adoró, ya le dio que comer, ya le dio el ladito en la cama y ahí fue, ahí fue, ahí fue. Ya lo va queriendo, ya se dejaba agasajar: ya tenía derecho a tentarla.

Mañana vuelve y hace la misma operación. Le dice la sardina no me mates que pescado cogerás. Tira la atarraya.

Ahí va, hacía la misma operación. Ya tuvo de hecho a esa mujer. ¡Paf!, la equipó.

Dice la mujer: este que no cogía -las mujeres son malas, oiga, sí, pero son malas, más que una tempestad- este tipo que no cogía pescado, por qué hoy coge? Mañana me voy detrás de él a una vista.

Se fue. Salió en su canoa, aquí y allá, cuando lo vio que cogió su sardina y le oyó la expresión que le dijo la sardina.

Esa sardina me la como yo!

Al día siguiente, ¡ay!, dijo ella.

Qué te pasó?

Unos antojos de comer sardina; mañana coge la sardina.

Dice la sardina: no me mates que pescado cogerás.

Dice: que no te mate? Mi mujer está embarazada y yo nunca he tenido un hijo.

Bueno, entonces le dices a tu mujer que me coma la carne, el espuelón lo ponga a la mitad de los pies, la cola la tira en los pieceros y la cabeza en la cabecera.

Ella, obedeció: hizo así.

Nació un cachorro bien desarrollado. Cuando tenía diez años presentaba edad de treinta. Para él no había ningún pelado que le aguantara la muñeca. Era ya un gigante y se quiso ir: madre mía, échame la bendición, que me voy.

¡Ay, hijo mío!

No, pero no me atiente, no me atiente, madre mía.

Se montó en el caballo, cuando llega a un palacio de un gigante, y le dice: Gusanillo de la tierra!

Gusanillo de la tierra?, párate si eres macho.

El caballo le había dicho que cuando él relinchara lo puyara en el ombligo, porque se lo iba a ganar.

El gigante enfurecido.

El peló la espada y el gigante le dijo: pela la navaja. Y dele navaja y dele navaja y apenas el caballo relinchó, ¡chut!, al ombligo.

¡Ugggg! No me acabes de matar, coge este mazo de llaves, abres ésa, abres ésa y abres ésa. Oro en barra, esterlinas y toda clase de oro. Méteme en aquella piccita, allá me metes.

Entonces, él obedeció. Cuando voltiaba a ver pa'los lados, estaba la comida servida, una cama adornada y el perro que se trepa en la cama, también; todo listo. Ahí, solo, ahí solo y dale que dale. Y, yo qué hago con esto?

Así, como diremos, de acá a San Jacinto, hay un pueblo donde hay un ciego adivino. Voy a pasear. Le dice al adivino: viene Manuelito por ahí. Había una mujer llamada Blanca Flor y otra mujer: habían dos hermanas. Blanca Flor se enamoró de Manuelito, un hombre bien cuajado, bien dibujado.

Se fue por la mamá, se la trajo al anca del caballo y le dijo que dejara todo lo que tenía allí para que se lo tomara quien lo necesitara. Cuando la mamá llegó al palacio quedó asombrada al ver el brillo de lo que ella nunca había tenido: toda clase de modelos en el oro. La madre desatendió la orden del hijo de no abrir la puerta de la piccita donde estaba el gigante, y ésta lo conoció. El gigante comenzó a tentarla, diciéndole que su hijo no era tan fuerte y ella arguyendo que sí. Entonces, éste le dijo:

Pruébalo, pruébalo, dile que te duele una muela y que sólo se cura con la sangre del sapo salamandra, que está en el fondo del río negro. Dile que te la traiga.

¡Aja!, y a usted qué le pasa?

¡Ay, mijo, un dolor de muela!

Y, con qué se le quita a usted eso?

Tu padre, cuando yo estaba encinta de ti, me buscaba la sangre del sapo salamandra que está en el fondo del río negro.

Manuelito iba por la sangre del sapo salamandra y en el camino se encontró a Blanca Flor quien le anunció que su madre estaba haciéndole trampas con el gigante. El no le creyó, pero ella, cuando él regresaba con la sangre del sapo salamandra, le dijo que matara una gallina, que cambiara la sangre que traía en el frasco, por la de la gallina y vería que era cierto lo que le decía. Manuelito hizo el traspaso.

Aquí tienes pues, la sangre del sapo salamandra.

Se mandó la sangre de la gallina y se mejoró. Pero, a la madrugada, volvió y se agravó.

Y ahora, qué te pasa?

¡Ay, mijo, que estoy enfenna! Con la leche de la venada de oro me curo.

Ya el rey ciego, sabe que va en camino -porque era adivino- y le había dicho a la hija que ordeñara la chiva, para hacer el traspaso.

Manuelito para atrás. Ya viene para tras, le dijo el ciego a la hija, y le hicieron el cambio mientras él llevaba el caballo a la caballeriza, para descansar.

Cuando llega, ella gozando con el gigante, pero Manuelito no lo sabe porque a su mamá, el casco del caballo le anuncia y ella se vuelve a acostar. ¡Ay, ay!, y se toma la leche de chiva y se cura.

¡Ay.ay!

Y ahora, qué te pasa, mamá?

¡Ay, hijo!, cuando estaba encinta de ti, tu padre me buscaba la leche de la puerca balí.

Por la mañana se la voy a buscar.

Donde el ciego le hicieron otra vez el traspaso de la leche. Ella se mandó la leche.

El gigante, desconcertado, entonces le dijo a la mujer:

Para tu hijo no hay hombre, para tu hijo no hay fiera. Tú, nunca le has buscado un piojito?

El tenía una mata de cabello que le caía a la espalda y el gigante tenía una cadena lista, para degollarlo, cuando se durmiera, mientras su madre le sacaba los piojos.

¡Ay, y se presta para matarme? ¡No, madre! Hágame picadillo y me mete en unos cestos y me monta en el caballo.

Así fue. Lo hicieron picadillo. Y sale el caballo, arriado para donde el ciego adivino.

Y dice el adivino ciego:

Ya viene Manuelito hecho chicharrón, abran ese mesón, pongan unas colchas encima, unas sábanas, y tú, como a ti te gusta, atiende, que tienes que hacer un hombre, perfectamente bien, un pedacito, un pedacito.

Aquellos líquidos que él dejó allí, los que le habían cambiado, se los

regaron a él y a las veinticuatro horas era otra vez un macho.

Volvió al palacio y le prendió fuego. Regresó a casarse. Y se volvieron villanos y se volvieron sin las riquezas del palacio.

LA VIRGEN DE TATAMA

Eufemia Moncada
Valle

Esto sucedió hace muchos años en límites de Antioquia y Chocó. En esos territorios hay unos cerros que llaman los cerros del Tatamá. Allí habían varias familias de colonos y entre ellos, habían unos colonos ingleses. Estos colonos tenían una niña de entre siete y ocho años. Era mona, era blanca, de pelo rubio y largo.

Una mañana la mamá le dijo a la niña que fuera a encerrar un ganado y la niña le dijo que no porque se estaba peinando. Luego la niña se olvidó y se fue a jugar con un perrito. Se fue jugando con el perrito, corriendo, entonces, unos trabajadores vieron que el perrito conque la niña iba jugando crecía y crecía y a mayor rato, más tamaño tomaba. De pronto vieron que la niña montó en el perrito, como si fuera un caballo. Entonces el perrito ya no corría, sino que se fue levantando del suelo. Cuando ya estaba a una altura considerable vieron que no era ya un perro, sino un gallinazo o un gavián, muy grande, grandísimo, y que se llevaba a la niña y la depositaba en una meseta de los cerros del Tatamá.

Los trabajadores fueron a avisar a los papas de la niña, entonces se

organizaron y se fueron a buscarla; pero, jamás la encontraron. Aún, hoy día, se dice que a la niña se la robó un espíritu, pero el espíritu de ella, según dicen los ancianos que viven por esos lados, todavía vive, porque en las noches de luna llena ven a la misma niña, muy grande, peinándose, a la luz de la luna, y la llaman la virgen dorada del Tatamá. Esta historia me la contó mi abuelo, hace muchísimos años.

TODOS CONTRA LA MADREMONTE

**Alejandrina García
Valle**

Una vez fuimos nosotros a traer agua a "chambimbal", abajo, donde Milciades Obonaga, cuando venían unos señores, trabajadores, entonces nos dijeron:

Para donde van?

Y nosotros les dijimos:

Vamos allá, a la quebrada, a traer agua.

Dijeron:

No vayan.

Y, por qué?

Porque oímos la madremonite y de pronto las tumba. Nosotros, muy cerca la oímos gritar. Grita y llora, no vayan.

Nos dio miedo y nos devolvimos.

Al otro día, como nosotros nos vinimos con ellos, entonces llegamos a la casa, y ellos vieron donde vivíamos. Al otro día, arrimaron ellos y nos dijeron:

Vamos a volver otra vez para'llá, pa'l monte, donde Milciades, a ver si podemos ahuyentarla madremonite.

Nosotros les preguntamos:

Y, cómo la van a ahuyentar?

Dijeron:

Pues ya nosotros de tanto averiguar nos dijeron cómo la debíamos ahuyentar. Entonces, dijo uno de ellos:

No es sino decirle, préstame el hacha y las tres trusas y con eso no vuelve, se ahuyenta.

Bueno, ellos se fueron para abajo, y nosotros con esa tentación nos fuimos para abajo con ellos. Cuando, sí señor, se oyeron los gritos y se oía cómo lloraba y cómo gritaba. Entonces, le dijo uno de ellos:

Préstame el hacha y las tres trusas. ¡Uy!, y se oyó una explosión, y se fue. Nunca más volvió ella. allá.

LOS LEONES DE PIEDRA

Luis Alfonso Grajales
Valle

Decían que del atrio de Santa Bárbara salía un fraile con dos leones, los cuales lanzaban llamas por el hocico y los ojos. De allí del atrio de Santa Bárbara entraban al parque de la Victoria, que hoy llama parque de Santa Bárbara, daban la vuelta el obelisco y salían por la puerta trasera y de allí empezaban el recorrido hasta el cementerio católico en el cual dizque cavaban las tumbas, preferiblemente la más fresca y de ahí salían hacia otro punto que aún no se conoce. Pero, ocurre que un día, el sepulturero viendo estos casos que estaban sucediendo con mucha frecuencia, resolvió quedarse un sábado, porque ya sabía que se trataba de los sábados y domingos que hacían ese recorrido, y vio entrar, por la noche, con mucho asombro, un fraile con los leones. Se aterró el hombre:

¡Dios mío!, qué es esto? Pero, se asombró más, cuando vio que cavaban una tumba y sacaban los restos y los empacaban y se los llevaban. Ahí el tipo resolvió seguirlos y vio que llegaban hasta un puesto de la galería, en el cual desempacaban todo eso, y se regresaban por donde se habían venido.

Al día siguiente, domingo en la mañana, se fue y habló con un cura, le contó lo que había visto, todo aterrado, y el cura dijo:

Pues, del único modo que esto se puede acabar es llevando una cruz y conjurar eso para que desaparezcan esos espantos.

Así fue que por la noche se posaron ahí en el parque de la Victoria, cuando va entrando el fraile con sus dos leones, entonces, un león miró hacia el sepulturero y el otro miró hacia el sacerdote, y el cura sacó inmediatamente la cruz, la mostró y los dos leones se

convirtieron en los de piedra que estamos viendo hoy en día y el fraile se desintegró y se convirtió en ceniza.

RETRATO DE FAMILIA

Félix Ángulo
Cauca

Cuando mi padre la abandonó, mi madre me llevó a una casita vieja. Ahí llevaba mucho tiempo con mi mamá. Ya después de eso mi mamá se murió y mi papá me llevó para donde mi madrastra.

Mi madrastra tenía diez hijos y nosotros éramos dos. Los dos de mi madrastra, como eran más, nos atacaban a nosotros. Peleábamos, y como yo era endiablado, peleábamos hasta que podía. A lo que ya no podía nos fuimos para la finca que tenía mi papá. Las camas de nosotros eran un cuero negro. A los poquitos días llegaba mi papá, que se iba a trabajar lejos, llegaba donde mi madrastra y nos encontraba a nosotros. Entonces, él se iba, llorando, a buscar los hijos y nos encontraba a los dos solitos allá en la montaña.

A mí me gustaba, en realidad, la idea de hacer pacto con los diablos, tanto así que donde estábamos había gran cantidad de gatos y eso pasaban por el lado nuestro. Nos lamían, nos rozaban las piernas y como si nada. Así que aproveché la ausencia de mi papá para conocer de diabluras. Cuando venía mi papá, quise demostrarle mis poderes. Le decía, por ejemplo:

Yo voy a traerle tres pescados, y en efecto, me iba al río y sacaba los

tres pescados. Decía: voy a traer otros cinco pescados y ¡tas!, el otro día tiraba el anzuelo y sacaba cinco pescados.

Ya más grande, un día, la tía mía llamada Atanasia mató una vaca y le dije:

Atanasia, por qué no me da una pepa de ésta vaca para armar un anzuelo?

Yo armé un anzuelo y al otro día que voy encuentro una sarta de pescado. Ya había caído un barbudo primero y se lo había comido el diablo o nutria, que se yo; cayó el otro y también se lo comió y el último también. Al día siguiente, cuando voy a ver el anzuelo, encontré la sarta de pescado. Ahí mismo salí corriendo y le dije a mi papá lo que había pasado.

Un tío mío que también era endiablado le había dicho a mi papá que a mí me faltaba un pelo para volverme diablo. Mi papá se aterró y un día cualquiera me dice:

Mijo, vamos pa'l pueblo.

Bueno, me monté en una yegua alazana. íbamos en el llano, cuando un bulto negro. Yo nunca había visto eso y le pregunté a mi papá:

Qué es eso?

Pues el padre, mijo, es un anuncio de que debo llevarlo a que se confiese.

Cuando me dijo eso, íbamos caminando, pero como mi madrastra me había enseñado a mí las doce palabras del conjuro de espíritus, por si acaso me atacaba el diablo por ahí, y una medalla, cuando yo vi a ese hombre, que le faltaban unas ocho cuadras para llegar a donde estaba yo, arranco en la yegua y me atravesé una cañada. Allá me tumbó el

viento, o algo. Yo no vi a nadie, pero sí sentía que algo me quena llevar e invoqué las doce palabras:

Dime la una María Santísima, dime la dos Señor Santísimo, dime la tres los tres misterios, dime la cuatro los cuatro arcángeles, dime la cinco las cinco llaves de Moisés. Seguí hasta ahí mi oración y luego me preparé sacando mi medalla y me defendía. Allá llegaron los hijos de mi madrastra, me alzaron y me llevaron para la casa, y yo desde allí quedé algo maluco, asustado, asustado.

Yo sabía mucho de diabluras y brujerías igual que mi mamá. Una vez estábamos nosotros en un sitio que llama "dos montes" -mi mamá hacía empanadas-, por ahí como a las cuatro de la mañana se sintió una cosa en un palo de guácimo, cuando sí señor, la bruja: ¡ja, ja, ja,...!

Dice mi mamá, fuerte, el nombre de una fulana: ¡Fulana de tal!

Animismo: ¡jua, jua, jua! Y salió volando.

Y, mi mamá:

¡Ay, fulana de tal!, vení mañana por sal y manteca.

Al otro día, a las seis de la mañana, va llegando la mujer cuyo nombre había pronunciado mi madre la noche anterior, con un palo, y le dijo a mi madre:

Timotea, por qué no me regalas un poquito de sal y de manteca?

Y le respondió mi madre:

Te regalo la manteca, pero no la sal.

Se fue la bruja. A los pocos meses se enfermó mi mamá. Enferma, enferma, y sabe cómo quedó mi mamá?: pidiendo látigo, látigo, látigo; y le tenía que dar látigo a mi madre para poder quedar con sosiego.

Mi madre, una vez me invitó a una cañada, donde tenía ella un jardín de cañamenuda, verdecito. Y eso se meneaba y eso se meneaba para una parte y otra. Mi mamá le hablaba y eso se fue asentando, asentando, y le decía que se callara y que se callara, y eso calladito.

UNA BRUJA EN LA VIRGINIA

Alcides Ospina
Caldas

Se juntaron tres compañeros en Benalcázar pa' ir a derribar montaña en La Virginia, y toda montaña que derribaban le sembraban maíz, e hicieron varias cosechas. Cuando ya el maíz estaba sarazo, ellos hicieron un rancho y allá dormían.

Se les cebó una vieja todas las noches a recogerles la vajilla, allá en la cocina. Al fin, ellos se enseñaron a ver esa vieja; bueno, cuando ya hubo maíz, consiguieron una marranera, hicieron un corral y cada ocho días se iban dos, cada ocho días se iban dos a remesiar y el otro se quedaba cuidando. Cuando ya llevaron los marranos, pa' darles el maíz se fueron a remesiar dos, y Manuel Castañeda se quedó cuidando, él solo, por si el tigre, porque ya había marrano pa' perderse si el tigre llegaba.

Entonces, él se subió al zarzo, cuando la vieja que llegó. Entonces a él le dio rabia y dijo:

¡Ah!, esa vieja me la quito de encima.

Y se bajó por la escalera, con una escopeta y llegó y se arrecostó en

un estantillo y le puso y tan, le hizo el tiro. Cuando le hizo el tiro, lo tenía debajo del brazo, cogido. Y salió con él pues, retumbado; salió con él y él corcoviaba. Y no, entre más corcoviaba más lo apretaba. De pronto, ya llegando al amanecer pegó un brinco muy largo y en el aire se le zafó y se fue a caer a una guaca muy honda. Ahí quedó quietecito, cuando empezó a oír allá que la vieja rebujaba ese monte, lo rebujaba y gritaba:

Mío, mío. Y rebuje, y él quietecito.

Cuando ya eran por ahí las nueve del día, él no volvió a oír nada, entonces empezó a hacer escalas en la pared de la guaca y subió. A las nueve de la mañana ya no veía a nadie sino el patío que había hecho la vieja. Había hecho un patio enorme, buscándolo. Ahí mismo salió y se fue. Llegó a la casa, le avisó a los amigos, a los otros. Ya se quedó más gente para coger el maíz y volver a sacar lo marranos; y no volvieron después, por allá, nunca.

Manuel Castañeda, dijo:

No trabajo más, materialmente, no trabajo más.

Y se puso a estudiar, y fue un gran abogado en Belalcázar.

Yo conocí a Manuel Castañeda.

COMENTARIOS

Simeón Duque

Caldas

Por ejemplo, ahora en la actualidad, los brujos y brujas que llamamos aquí, ya en la era de ahora son esos que por ahí trabajan con naipes, que leen el tabaco y preparan riegos para la buena suerte y baños para la buena suerte. Pero esa es una calidad de bruja muy diferente a la de entonces. En esa época, cuando se oían volar por el aire y que se cebaban en las casas a hacer diabluras de noche, cuando estaba usted con su familia, a la media noche, bien tranquilo, durmiendo a la media noche, cuando escuchaban en la cocina, raspando arepas y batiendo chocolate y haciendo oficio, lavando trastes, y bueno, un revolcón en la cocina. Entonces, el jefe de la casa, pues, con algo de miedo y todo prendía una vela y salía a ver que había. Y no, pues realmente no encontraba nada. Decía, pues, que eso era mentira. Pero, volvían y se acostaban y volvía otra vez, hasta que al fin.

Otras veces pues, que una roza de maíz, así alrededor de la casa, y el ganado se entró y eso se oía destrozarse maíz. Pues que el ganado se había entrado a la roza y a llamar a los trabajadores para sacar el ganado de allá y cerrar el portillo, a media noche. Iban a ver, y no señor; mentira, nada. Nada de eso había. Uno estaba, por ejemplo, con sus amigos charlando por ahí, en las noches de verano, y muy tarde así, cuando de pronto escuchaba una carcajada de una mujer, por allá, y entonces por allá, entonces eso se decía que era una bruja. Y en realidad, una persona sola salía a visitar la novia por allá, lejos de la casa, y cuando venía, no dejaba de ver un bulto o que lo envolataban en cualesquier cañadita. Cosas así parecidas: envolatamientos que no comparecían a la realidad, porque no era verdad, y de eso le voy a contar una pequeña pasata:

Un señor le gustaba mucho ir a los bailes donde lo invitaban. Estaba joven. Entonces lo invitaron a un baile que había que subir una loma como de una hora subiendo, pues. Como una hora subiendo. Se fue por ahí a eso de las diez de la noche para el baile y cuando ya iba por el camino plano, antes de comenzar a trepar por la loma, había una puerta de tranca. Resultó de que encontró allí una yegua blanca, allí parada en el tranquero; ahí parada, como encontrarse uno una bestia, en la calle, a la orilla del camino. Entonces él sacó una cabuya que tenía y le cogió y le puso de la jeta una cabuya y le abrió el tranquero y se montó en ella. Y cogió la loma y subió. Cuando ya llegó cerquita de la casa, otra puerta de tranca, entonces la soltó y le zafó la cabuya y la largó, entonces sintió de que salió para abajo, carcajiándose, como una mujer.

Le causó mucha extrañeza eso y miro para el lado donde el creía que estaba la casa y ahí no había ninguna casa. Entonces se puso a observar pa' los lados, así, a mirar qué era lo que había pasado y resulta de que estaba en el mismo tranquero donde había cogido la yegua, abajo. El no había subido a ninguna parte. El no había subido a ninguna yegua, ni nada, sino que ahí en el mismo tranquero, allí lo cogió la madrugada y no fue a ningún baile.

Hablemos ahora de la patasola, que la gente ignora, de que son chistes de la gente, por la ignorancia y por todo aquello. Yo era un niño de unos trece a catorce años y me buscaban los aserradores de la montaña, que eran aserradores de las comineras, cortando comino para los polines del ferrocarril. Yo estaba muy niño todavía, pero me llevaban a la montaña a devolver el caballo en que subían la remesa los lunes. Me llevaban, subían a la montaña, hacían almuerzo, comía uno lo que fuera, antes de volverme a mandar para la casa. Entonces, ellos sí me mostraban en el camino, arrastraderos de madera y todo donde se hacen pozos y se hace arena y barro derretido, pues barro pantanito y cosa parecida, el rastro de la patasola, el rastro de una niña, diga usted de unos siete, ocho años, un rastrico de una niña. Se sabe que de mujer porque era delgadito, como rastro de niña, pero un

sólo, el pie derecho, nada más, el otro no marcaba en ninguna parte. Y se veía que de acá, hasta donde había pantano, el rastro no se volvía a ver cuando ya entraba donde había capote o estaba seco. Pero, donde había barro, se veía un solo rastro, el del pie derecho, únicamente, nada más. Por eso yo aseguro, que sí había, porque quién iba a entrar a una montaña ariaza como esas, quién iba a entrar así, una niña por ahí, así, a la montaña, en esa forma. Es imposible. Y si entraba, pues, entonces, debían quedar los dos pies. Claro que uno los distingue muy bien, el derecho y el izquierdo. De manera que yo por eso también puedo certificarlo.

El duende se dice también que es un niño. También, cuando se presenta, porque es un espíritu que no todo el mundo lo ve. Cuando quiere se le presenta también a otro niño para jugar con él, porque es muy juguetón. Y se presenta y cuando se ceba, digamos a una casa, a molestar, esconde las cosas. Deja la dueña de la casa una taza por ahí, o algo así que la va a volver a coger en el momento, porque es un utensilio de la cocina, y cuando va a cogerla otra vez no la encuentra. Y pasa esa tarde y no la encuentra, y qué se hizo, y nadie la cogió y no la encuentra y al otro día que se levanta a juntar la candela, ahí está, donde la había dejado el día anterior, porque el duende es charlatán, es un espíritu charlatán y juguetón. Y también lo hay, y también es cierto que se lleva a los niños y los esconde y también es cierto que roba de las cocinas comidita para llevarle al niño cuando lo tiene escondido, pero no los mata, ni les hace más daño alguno, sino que de pronto, cualesquier día, vuelve y aparece el niño a la casa. Eso es el duende, el duende es juguetón y charlatán y le gusta ver sufrir a las personas, le gusta hacerlas dar miedo; hace ruidos, tira cosas; pero, al fin y al cabo, es un espíritu que nadie lo ve.

Aquí no se ve mucho el duende en la ciudad, por la luz eléctrica, que es una cosa que hay que darle a conocer a los jóvenes, que la luz eléctrica es tan poderosa que por eso es que aquí la gente, anda todas noches en las ciudades y nadie los espanta, y el que lo espanta a uno es otro por ahí por robarlo; pero, espanto, no, porque la luz tiene

poder contra todo. Inclusive el "pollo maligno", que es otro espíritu fregado para lidiarlo y que lo hay en el campo, donde no hay luz eléctrica. Aquí no se oye por ninguna parte, porque no puede vencer la fuerza de la luz, de la energía eléctrica.

Allá en el campo, uno sale de noche a callejear al pueblo y luego, dale para la casa, cuando menos piensa, el "pollo maligno", chinándole ahí, en el oído. Se dice que si le chilla así, muy cerquitica, está lejos, está por allá lejos; pero, si lo oye por allá lejos, está ahí aleteándole al lado. Y eso hace correr a la gente; créamelo. Alguno que se ponga a remedarle ahí, le comienza a aletearle y a lo oscuro por ahí y lo hace correr; y lo jode. Los conocí yo, allá en el campo. En cambio, le aseguro que aquí en la ciudad no lo he llegado a ver, porque aquí la luz eléctrica no los deja progresar.

Voy a contarle un suceso que ocurrió con el duende:

Se cebó una vez a molestar una familia en el campo, y íes hacía diabluras: les tiraba piedras, les tiraba terrones. Entonces, el jefe de la casa le dio por dejar esa casa y consiguió otra finca, para manejar, lejos de esa vereda, con el fin de abandonar ese rancho, porque estaban aburridos ya de lidiar con ese problema, pues la familia vivía intranquila. Y entonces cargaron los corotos en las bestias y salieron y se fueron a la otra vereda donde se iban a ir y resulta que se les había quedado la bacinilla -eso se usa mucho en el campo para no salir de noche afuera-, y entonces, dijo la señora:

Ole, ve hombre, fulano, cómo te parece que se nos quedó la bacinilla; se quedó olvidada. Qué vamos a hacer? Quién se devuelve a traerla? Ya estamos lejos.

Cuando les contestaron ahí atrás, en un barranco, a la vueltica, les dijeron:

No, no tengan cuidado que aquí la llevo.

Y, era el duende.

Iba, detrás de ellos, a posesionarse de la otra casa.

EL DISCO LUMINOSO

**Luis Carlos Ocampo
Caldas**

Corría el año 30, estaban en el ajetreo de campaña de Olaya Herrera. Llegué yo al apartamento de un hotel, en Pereira, sábado a las tres de la tarde. Por costumbre solía yo irme a la terraza a refrescarme. Estaba en la terraza, cuando de pronto oí una corneta y yo puse a dirigir mi intuición por averiguar donde había sonado la corneta. La oí por segunda vez. Eso puede ser un carro grande. Pensé. Desde la terraza se divisaban todas las vías carreteables y no vi nada. La posición del sonido de la corneta era casi encima del edificio. Yo esperé a ver si volvía a producirse, cuando se fue formando un disco, un disco en dirección a donde estaba yo, un disco de varios colores, primero rojo y crecía y crecía y se acercaba a mí. De un momento a otro resulté metido dentro del disco, entonces, viéndome dentro de ese zumbido inmenso, ese sonar tan horrible, vi que subían muchos inquilinos a la terraza, aterrados, viéndome en ese disco. Una señora, dijo:

No, ese es que practica magia, esas son prácticas de magia; vamos de aquí, ya, antes de que nos cobije.

Yo estaba consciente de lo que estaba pasando, pero me preguntaba,

hasta cuándo iba a durar eso. No sentía desaliento, ni frío, ni calor. De pronto, el anillo se convirtió en un embudo y me chupó y me sacó y fui a parar a la víbora, encima de donde está Dosquebradas. Ahí, al pie de la quebrada, ahí me dejó el embudo. Conseguí un carromato, un buick, por cierto, patinchao, de servicio público y me llevó al hotel nuevamente; y a estas horas de la vida, mi querido amigo, no he podido saber que fue eso.

EL DUENDE Y LA NIÑA

**Alejandrina García
Valle**

Allá en el "chambimbal", en la hacienda de Eduardo Salazar hay todavía un guadual. Pero en ese tiempo, nadie cortaba una guadua y eso se veía un monte.

De pronto, aquí en Buga, por los lados del Molino se perdió una niña de tres años. Un día les dijo Eduardo a los trabajadores que fueran a sacar una guadua a ese guadual y cuando ellos llegaron al guadual y principiaron a sacar la guadua, cuando oyeron unas carcajadas: alguien se reía como una niña y se oía como de un niño pequeño, la risa. Cuando ya ellos oyeron eso, dijeron:

-Vamos a ver, algo tiene que ser.

Y comenzaron a rozar y a rozar hasta que llegaron cerca de donde ellos estaban, cuando ellos vieron el duende y la niña. El le había hecho un techo con las mismas pajitas de la guadua. Ahí dormía la

niña. Tenía carne, comida, muñecas, dulces, pandebono, etc.; ¡qué sería que no tenía la niña ahí! Y él, estaba jugando con ella. Entonces, ellos dijeron:

No podemos sacarla así no más. Tenemos que ir a Buga a conseguirnos una guitarra y destemplantarla. Los abuelos de nosotros nos habían dicho eso.

Entonces, ellos se vinieron, consiguieron la guitarra, la destemplantaron, y la suerte que él no estaba ahí cuando ellos llegaron, y se la pusieron ahí, junto a la niña y le dijeron que no fuera a tocar eso porque el duende se enojaba.

Cuando él llegó, ahí mismo se puso a tocar la guitarra, y se acordó de la música del cielo -porque fue un ángel malo-, entonces tiró la guitarra y se fue. Dijeron:

Ahora sí podemos sacar la niña.

Y la sacaron y la trajeron y principiaron a preguntarle de quién era esa niña y hacer preguntas por aquí y por allá, hasta que se dieron cuenta que era de una familia del barrio El Molino. Ya tenía la niña seis años. Se la entregaron a la mamá y le dijeron, que para que el duende no volviera a molestarla, tenía que conseguirse una guitarra, destemplantarla y ponerla cerca a la niña, para que él no volviera a molestarla.

Nunca más volvió a molestarla, después de un día que volvió, cogió la guitarra, se acordó de la música del cielo, la astilló y se fue.

HISTORIAS DE LA GUERRA

Alvaro Gasea Coronado

Huila

Cuando los colombianos se dieron cuenta, ya los peruanos, algunos colonos y soldados estaban cerca a Tres Esquinas. Es decir, poco a poco, morrongamente se habían ido metiendo al país y se habían robado algo así tan grande como el departamento del Huila, allá en la selva amazónica. Fue en ese momento en que el Gobierno colombiano le respondió con la declaratoria de guerra. En esos tiempos, el Huila no estaba conectado por carretera con el Caqueíá. La carretera fue hecha, precisamente para que el ejército, los carros, para que los ejércitos de la patria pudieran ir a defender a medio país, que era, ni más ni menos, lo que se querían quedar los peruanos.

Sobre ello hay muchas historias. Hay una historia que algunos dicen que es cierta y otros dicen que no. Tiene que ver con Cándido Leguízamo. Cándido Leguízamo, del cual hay un barrio en homenaje a él, aquí en Neiva, que hay un monumento que todos los niños aprendimos a ver cuando íbamos al cementerio, que es algo así como el soldado desconocido; pero es a Cándido Leguízamo, donde hay un mural donde se ve a los colombianos sacando corriendo a los peruanos, al que se ve. Era un muchacho pobre que se lo llevaron a pagar servicio militar. Lo que cuentan es que en el momento de una emboscada, en el momento del ataque de un batallón peruano, Cándido Leguízamo tuvo prácticamente que enfrentarse solo y herido de muerte se defendió, hasta que pudieron llegar los ejércitos, los refuerzos colombianos, y él murió en esa acción. Por eso es el héroe que tiene Cándido Leguízamo.

Otros dicen que no, otros dicen que Cándido Leguízamo ni murió allí, ni murió como dicen. Entre los que dicen que eso no era cierto, se

contaba Miguel Cedeño. Miguel Cedeño era un muchacho de pueblo, era un muchacho de Iquira, era un conocido de mi mamá. El estaba joven y mi mamá estaba niña. El se fue a pagar servicio militar y mi mamá estaba estudiando en la escuela. A ella le encantaba decir que todo esto ocurrió cuando ella estaba terminando sus estudios. En ese tiempo, en Iquira, no había sino hasta segundo de primaria. Así que ella estaba en segundo de primaria. Pero todos les hemos oído decir a los viejos que aquello era suficiente, que en dos años aprendían prácticamente lo que aprenden los muchachos hoy, en el bachillerato, y los viejos más exagerados, dicen que a través de toda la Universidad.

El pueblo estaba muy triste, porque Miguel Cedeño era un muchacho alegre, era un muchacho parrandero y era muy bien presentado, muy buen mozo, como dirían las viejas. Se lo habían llevado junto con otros tres muchachos del pueblo. En la escuela, la profesora Celmira les enseñaba a los niños y a las niñas una canción, para explicarles qué es lo que estaba sucediendo con la guerra con el Perú. La canción decía, poco más o menos, así:

Era Leticia joven de pocos años,
que orgullosa vivía entre la selva,
¡cómo lloraba, cómo lloraba!
al ver que a su patria se la robaban.

Esta canción la cantaban los niños de la escuela dirigidos por doña Celmira, por la profesora Celmira, como directora de un coro, en dos fdas: en una fda estaban los niños y en la otra fda las niñas. La cantaban siempre al entrar y al salir de clase, junto con el himno nacional.

Cuentan que un día, que estaba todo el pueblo, que estaban los niños estudiando, comenzó a oirse un zumbidito, un zumbidito que nadie sabía de donde salía. Poco a poco el zumbidito iba creciendo y nadie se explicaba que era lo que estaba pasando, sólo Abelardo, Abelardo,

que era el muchacho picaro de la clase, se dio cuenta que era lo que sucedía, y le dijo a la maestra: Profesor, profesora Celmira, si usted me pone cinco yo le cuento qué es lo que hace ese ruido.

Mientras tanto en el pueblo la gente comenzó a salir de las casas, el cura salió de la iglesia, había una calma, las gallinas no se oían, todo el mundo estaba pendiente de qué era el ruidito. Entonces, la profesora Celmira, que ya le empezaba a dar miedo de este misterio, le dijo:

Bueno, está bien, Abelardo, yo le pongo cinco y dígame qué es lo que hace ese ruido.

Entonces Abelardo señaló para arriba y allá contra el cielo, muy alto, muy alto habían dos cositas, que parecían dos crucecitas. Al principio la gente pensó que podía ser el espíritu santo, pero, si eran dos... cuando, de pronto alguien dijo:

Son aviones, aviones que van para el conflicto con el Peni a llevar los soldados y en uno o en juntos debe ir Miguel Cedeño.

Todo el mundo empezó a hablar de los aviones y se regó la bola de que Miguel Cedeño iba pasando por el pueblo.

Como en Iquira nadie conocía los aviones, no sabían exactamente cómo eran y el ruido cada vez era más intenso y más duro. Alguien dijo:

Saquemos sábanas blancas, las sábanas blancas quieren decir paz, para saludar a Miguel Cedeño y a todos los ejércitos de la patria que van a defender a nuestro país contra los peruanos.

Todo el mundo comenzó a sacar sábanas blancas, que quieren decir paz. Entonces, les gritaban que vinieran, que se pararan en las ceibas del parque, y les ponían comida, "porque uno no sabe si los bichos

esos, si los tales aviones comen o no". Lo único que se sabía es que volaban y que adentro viajaba gente.

Y todo el mundo tenía la secreta esperanza de que los aviones vinieran y se posaran en la ceiba del parque, y mientras les invitaban a tinto, aguapanela, bizcochos, a los soldados, le podían decir a a los conductores que por qué no le daban una vuelta a la gente del pueblo, por lo menos desde la loma de la cruz, hasta la quebrada grande, de ida y vuelta, sino ponían problema y sino aunque fuera una idita y aprovechaban de paso para que Miguel Cedeño saludara a la mamá, a la vieja mamá que había estado enferma últimamente, no se sabía si de cosas del cuerpo o de pena moral, por la ida de su hijo.

En definitiva, los aviones pasaron derecho. Todo el pueblo se quedó con las ganas de verlos. Muchos, en realidad, maldijeron a los aviones por no darles la oportunidad de conocerlos y otros, los más avisados, los de mayor imaginación decidieron que al billar, podían jugar plata, para juntarla, poco a poco, hasta poder comprarse unos huevos y empollarlos allí en el pueblo, para tener su propio avión y en él viajar, los grandes y los mayores desde la loma de la cruz, hasta la quebrada grande, de ida y vuelta.

ASI ME LO CONTARON

**Jaime Coral Bustos
Nariño**

Antes, Ipiales era un pueblo pequeño. Las calles, lo que ahora son calles centrales, eran, en esa época, eran como callejones. La carrera Sexta, que se llamaba en ese entonces, la calle Real, más o menos era empedrado. Más o menos a la altura de lo que hoy día es el Grupo Mecanizado Cabal, en

en la carrera Sexta, con calles Diez y siete, hasta lo que es ahora la Aduana Nacional, en la carrera Sexta con calle Quince, dicen que por ahí aparecía el descabezado. Y este era un hombre que vestía con una capa larga, negra y montaba a caballo. Pero era un caballo enorme, que al correr, sacaba chispas de las piedras y también hacía o echaba como fuego de los ojos y de la boca. Entonces, una vez que estaban arreglando, seguramente para hacer una acequia, para que corra el agua, porque no había alcantarillado, entonces, un señor contaba que escuchó que venía un caballo a todo galope, y la cuestión es que cuando se le escucha que viene lejos es porque ya está cerquita de uno y cuando se lo escucha que viene cerca, o que está detrás de uno, es todo lo contrario, viene lejos. Entonces, escuchaba el caballo, como si viniera cerquita y era que venía lejos y parecía que el caballo se iba yendo, lejos, lejos, pero todo lo contrario, era que se iba acercando. Este señor, por la curiosidad, empezó a ver y vio tremendo caballo y encima un tipo, pero sin cabeza y que tenía una capa larga que con el viento se agitaba. Y entonces él apenas alcanzó a tirarse a la acequia que estaban haciendo, cuando pasó el tipo por encima y se perdió allí, en la calle Catorce. Ahora, hay allí un edificio muy alto.

Pero, nunca se supo quién era ese hombre. Pero siempre se lo veía en ese sector, en la carrera Sexta entre las calles Diez y siete y Quince.

CUADROS DE ESPANTOS

Jaime Coral Bustos
Nariño

LA MULA

También se habla de la mula. La mula es una mujer que ha tenido relaciones sexuales o que cohabita con un sacerdote. Cuando se tiene conocimiento de eso, dicen que esas mujeres, sobre todo en Semana Santa, se convierten en mulas y se las ve trotar por las calles en forma de mula. Cuando uno sabe que una muchacha está cohabitando con un sacerdote, hay que estar listo. Cuando ella entra a la iglesia, sin que ella se dé cuenta, donde ella pisa se le tapa con el sombrero, sin que ella se dé cuenta, porque si ella se da cuenta, pues no sucede nada. Y cuando ella ha pasado, se quita el sombrero y allí aparece dibujada una herradura. Entonces, con eso se comprueba de que esas mulas si existían y que eran las mujeres que cohabitan con un sacerdote.

EL SACERDOTE DESCABEZADO

Otro descabezado era un sacerdote que aparecía en un finca que se llamaba "las ánimas". Ahora le cambiaron el nombre y le pusieron barrio La Esmeralda. Esa finca perteneció a un tío mío, hermano de mi abuelo, el tío Luis Bustos, era dueño de toda esa finca, que ahora está el colegio nacional Seminario, y bajaba hasta lo que ahora es el barrio Ttotal.

Resulta que siempre se escuchaban ruidos y se escuchaban pasos y había como un ambiente pesado y había días en que francamente no se podía pasar por ahí, porque, como que daba mucho miedo, como

que había un ambiente frío, una cosa así lo que lo ponía a uno los pelos de punta; sí, como con fiebre. Dicen que una vez uno de los mayordomos de allá estaba, pues, sintió ruido en el gallinero, porque siempre, al lado de la casa tienen lo que se les da a ellos, una cuadra para que ellos siembren sus cosas y para que tengan sus animalitos; y entonces este señor tenía unas gallinas y escuchó un ruido, pues, el aleteo de las gallinas y que saltaban del palo al corral, y todas esas cosas, y él creyó que de pronto pues, algún animal se entró y se le iba a comer las gallinas. Cuando él salió, cuál es su sorpresa, que ve al sacerdote alto, pero no pisaba la tierra sino que estaba como a una vara de alto. Tenía su sotana negra y encima el roquete que se utilizaba antes, es como una Alba, pero cortica, llega a medias, al muslo. Bueno, entonces lo vio y él pues se paralizó del susto y no sabía qué hacer. Imagínese, encontrarse con una figura de esas; y mucho más el susto cuando se dio cuenta que no tenía cabeza. El se quedó paralizado y no pudo correr ni hablar ni nada, sino que en ese momento se acordó de su escapulario, se llevó la mano al pecho y sacó su escapulario. Entonces, este sacerdote le hizo señas con la mano de que siguiera. El otro, como hipnotizado, lo fue siguiendo, lo fue siguiendo. Había por allí una media cuevita, por donde ahora se está construyendo la cárcel y por allí lo vio que se entró y desapareció.

Al día siguiente pues, ya llegaron todos, ya se hizo el comentario, se habló de todas esas cosas, fueron a traer agua bendita, ramos benditos y se fueron para allá. Bueno, quitaron una piedra, quitaron unas ramas, destaparon lo que había sido la roca de la cueva y entraron, cuando, encuentran allí el cadáver, los huesos pues, ya el esqueleto de un difunto y decían que había sido pues el padre. Entonces, lo cogieron, lo reunieron, lo metieron en un ataúd para irlo a enterrar cristianamente.

Pero, nunca pudieron encontrar la calavera. Solamente encontraron el tronco y las extremidades.

Desde esa vez, eso ya perdió totalmente misterio y se calmó.

LA GUACA ENCANTADA

Una guaca importantísima fue la que había en el barrio El Charco. Antes de llegar al barrio El Charco, todo era pantanoso. Había por ahí una quebradita que ahora se le ha utilizado también como desagüe de las aguas negras, entonces, allí había una guaca, pero esa guaca estaba encomendada a las fuerzas de la naturaleza y a los animales y habían visto ya que por ahí saltaba una lucecita, sí, que saltaba de un lado al otro, como un mechoncito, una llamita azul, entonces ya sabían que allí había una guaca. La gente se iba, sobre todo el 2 de mayo, día de la Santa Cruz, y se iban para'llá, de tal que ya encontraron el lugar y llevaron las varillas. Son tres varillas y esas varillas se tiran y uno las coge y eso lo va jalando, lo va jalando, entonces se las sueltan y las varillas se cuadran.

Aquí está el sitio. Quitaban las varillas y empezaban a cavar y a cavar, de pronto sentían ya como un cuero, parece que era un arcón, un baúl viejo forrado en cuero, se sentía ya un ruido, sí, el hueco del cajón, cuando ya lo iban a coger se agarró una tempestad, pero noooo, noooo, nooo increíble, empezaban a llover como el diluvio universal, empezaban a caer rayos y había truenos. De esas cosas pues, que la gente, ya asustada salía.

Cuando ya iba a ver, al día siguiente, todo estaba como si no hubiesen movido ni una palandrada de tierra. Too estaba igual. Entonces se iban otra vez, gentes, pues ya se conocía todo eso y cogían otras fechas especiales: el primero de noviembre amanecer dos, empezaban a picar. Cuando ya sentían el cajón ahí, aparecía un toro, un toro grande, un toro negro que echaba chispas y llegaba la impresión. Todo el mundo salía corriendo.

Dicen que para eso, cuando ya se sienten esas cosas, es quitarse el sombrero y ponérselo a la espalda, cogerlo con las dos manos a la espalda. Con eso se cura. Pero, realmente nunca se supo que esa guaca la pudieron sacar.

LA TUNDA DEL PARQUE VEINTE DE JULIO

El esposo de mi tía Angelita contaba que en parque Veinte de Julio, antes cercado con alambres, después de que fue plaza de mercado por allá por los años setenta, era un lugar que nosotros llamamos muy sólido, muy pesado. Por la noche uno no podía pasar tranquilamente por ahí y siempre había como un recelo, como temor a algo desconocido, algo que había por allí.

Resulta que muchas veces allí enfundaban. El entundamiento que nosotros conocemos es distinto al de la tunda de la región del Pacífico. Acá era que iba un señor, tranquilamente, cuando de pronto, tan, se encontraba una pared. Regresaba y tan, pared por todas partes. Donde él giraba había una pared que le cercaba el paso. Y el tipo empezaba a dar vueltas ahí, hasta que caía desmayado, echando sangre por boca y nariz. Era gravísimo. Y no hace mucho; como les digo, en la década del sesenta. Se sabe que ya en esa época, la gente iba a cine. En ese tiempo había el teatro Bolívar que queda en la carrera Sexta entre calles Doce y Trece. Bueno, la gente salía de ahí, de cine, cuando un día de esos bajaban y encontraban a un señor, a un doctor, con el periódico, ahí sentado en una de las bancas del parque, leyendo tranquilamente. Le llamaron la atención:

Oiga, doctor, y usted qué hace aquí, qué le sucede?

No, aquí disfrutando de esté día y leyendo el periódico, aprovechando que estaba haciendo solecito, para calentarme. Diciendo eso a las once de la noche, o más.

Otras veces se veía a la gente que pasaba por ahí, saltando y levantándose los pantalones, como si hubiera un charco.

Oiga, y qué le pasó?

No, es que con estos charcos y este alcalde que no arregla la plaza y

que no hay por donde pasar. Y todo normal, seco, perfectamente. Pero, la persona que está entundada, veía eso, veía charcos, oía cosas así y no podía pasar.

Mi tío Norberto Bustos nos comentaba que recientemente, una vez que salían de jugar cartas encontraron a un señor así, saltando de piedra en piedra y no había absolutamente nada.

LA VIUDITA

La viuda se presenta como una mujer vestida de negro, con una mantilla que ya no se acostumbra o un mantón que era una especie de pañolón fino. Entonces, el borracho salía, se la encontraba y la muchacha como que iba, adelante, coqueteándole, como moviendo la cadera, y todas esas cosas. Entonces, el tipo deja seguir y a decirle cosas y cosas y la otra medio como que quiere regresar y ver, y sigue y sigue hasta que llega el momento que el borracho no se da cuenta. Y muchas veces esto sucedía, que el tipo que había caído en manos de la viuda, iba a amanecer sentado en unas piedras, debajo del Puente Viejo, en la carretera que va a la Victoria, al corregimiento de la Victoria.

Cuando la gente que bajaba de esos lados de Santa Fe y Yaramal, tenían que pasar por ahí, cuando encontraban un señor allá -y eso es hondísimo, eso es un cañón hondo, en medio una piedras- y había allá, un señor, tiritando de frío.

Hombre, y qué le pasó?

No, que no se qué.

En esa época que no había bomberos tenía que darse parte el ejército. Entonces bajaban los soldados y le tiraban manilas, entre cuatro y cinco soldados y lo sacaban.

Esto nos contaba don Efraín Méndez que, como le decía, vivió en nuestra casa mucho tiempo, que habían estado en el enteje de una casa. Los entejos son una fiesta que se hace cuando ya se han hecho las paredes de una casa y se va a entejar, se nombra a un padrino. El padrino debe llevar una teja que es pintada y tiene un arco de hojalata al frente, generalmente el motivo de un corazón y dos palomas o unos pensamientos, unas flores, y hay una cinta que cruza todo y dice: Recuerdo de fulano de tal y la fecha del enteje.

Resulta que en esa casa, haciendo el enteje y la fiesta, la gente empieza a tomar. Se hace una minga. Los hombres se suben a colocar las tejas, a echar el barro en las chaclas y se van colocando las tejas, y abajo, las mujeres, mientras tanto se dedican a cocinar. En esa casa, que queda en el barrio San Vicente, había una piecita que no tenía ventana, porque todavía no iban a vivir. Uno de los señores que se había pegado la chuma más grande, se quedó dormido. Como ya se había acabado el enteche y la fiesta, se fueron, y todos, sin saber qué hacer, dijeron: pues, dejémoslo aquí. Entonces, le habían puesto unos costales, allí en esa pieza, lo acomodaron, se fueron, le echaron llave y listo.

Cuando al día siguiente todos fueron a verlo, haciendo bromas: eso le pasa por chumado, cómo amanecería, debe estar congelado, bueno, todas esas cosas que se dicen. Pues llegan, la puerta cerrada, todo en orden, pero el tipo no estaba.

¡Cómo!; pero, por donde pudo salirse? Decir, que hubiese desentechado?, nada. Todas las tejas estaban en su puesto. Las ventanas selladas. Cómo se salió?

Y empiezan a preguntar a los familiares que sí no lo han visto. Nada, nada, nada, por ningún lado.

Después, ya casi a eso de las diez de la mañana, unas pereonas que bajaban por ahí por el Puente Viejo, dijeron que había un hombre por

allá en el río. Inmediatamente se hizo el alboroto. En esos tiempos, la ciudad se enteraba rápido de cualquier cosa. Bajaron allá y lo encontraron, precisamente a este señor, en la mitad del río.

El no daba razón de nada, solamente que sintió que entró una muchacha a la pieza, que se había recostado al lado de él, y eso era todo de lo que él se acordaba. Cuando fue a ver, ya estaba ahí, en el medio del río del Puente Viejo.

Hay muchas personas que han aparecido debajo del Puente Viejo.

SANTOS PARA TODOS LOS DEVOTOS

Jaime Coral Bustos
Nariño

SAN BARTOLOMÉ

Cuentan que lo que ahora se llama Córdoba -antes se llamaba Males-, no era donde está ahora sino en un sitio más atrás que se llama Llórente. Los de Llórente tenían su santo que es San Bartolomé; pero llegó la época en que iban a fundar nuevamente el pueblo y se dice que salió la gente de allá, con un gallo y que donde cantaba ese gallo, ahí tenían que hacer el pueblo. Bueno, salieron, y cuando llegaron donde ahora es Córdoba, cantó el gallo. Entonces, ahí hicieron el pueblo, que ahora se llama Córdoba.

Ahí trajeron a San Bartolomé, pero San Bartolomé no quería quedarse allí. Por las noches se les escapaba y se les iba otra vez a Llórete y al otro día, los campesinos iban y lo traían, con procesión, con cohetes, con los danzantes y lo ponían en su habitat y le hacían misas y

rogativas y todas esas cosas.

A él, le gustan mucho las fiestas. Cuando no se hacen fiestas con bailes, con castillos, con volatería, todas esas cosas, el santo se enoja y los castiga. Pero nada. El dejaba pasar un tiempo y otra vez San Bartolomé, que se iba para allá. Un día, los campesinos, ya cansados, aburridos de que este santo se les escape para allá, lo trajeron, pero esta vez ya no lo trajeron ni con fiestas ni con bombos y platillos, ni con danzantes. Nada de eso. Lo amarraron con cabestro y lo trajeron. Ese pobre santo venía hecho una miseria. Cuando llegaron, lo pusieron en la plaza de Males, de Córdoba que es ahora y allí le pegaron tremenda triza.

Vos no te vas de aquí, vos sos de aquí y aquí te quedas. Y toma por andariego y toma por esto y toma por lo otro. Y dele y dele perrero. Todo el pueblo, todo el cabildo de indígenas pasó con su perrero, pegándole. Dijeron:

Bueno, vos de aquí no te vas. Si quieres hacer milagros a los demás pueblos, pues bien podés hacerlos; pero vos de aquí no te vas y no te vas.

De una vez a San Bartolomé como que no quedaban muchos ánimos de volverse para Llórente y todavía queda allí en Córdoba. Eso sí, dicen que es un santo bastante bravo, es un santo liberal, no le pueden colocar capas de otro color distinto al rojo. A este santo le gusta la música ecuatoriana. Las fiestas, cuando se hacen a San Bartolomé, no pueden ser con otra música sino con música ecuatoriana, y no es con esa, digamos, pasillos o pasacalles, sino con música chichera, esa música guasca que dice, "quisimbicun quisimbicun", y tiene que haber aguardiente y tiene que haber hervido y tiene que haber juego. Una persona, que sea fiestera de San Bartolomé, no hace esto, téngalo por seguro que le va mal en todo, le va mal en las cosechas, eso, le da las heladas, o se le daña las papas; bueno, se le mueren los animales. Cualquier cosa de esas tiene que sucederle. Por eso las fiestas de San

Bartolomé son bastantes sonadas. Tiene que hacer la fiesta bien hecho o sino el santo se pone bravo.

SAN SEBASTIAN

Otro santo que también se aguanta sus fiestas es San Sebastián, de un pueblito: Yascuán. Si por ejemplo está haciendo mucho verano y se les está dañando las siembras, van con rogativas, le pagan al padre para que haga el triduo de misas, le queman incienso. Después de éstas fiestas llueve. Eso, no es sino ponerlo en las andas, darle una vuelta por la vereda y, eso sí, al día siguiente o esa misma tarde, agarra a llover. Pero hay veces que no llueve, entonces, lo cogen al santo, lo ponen en mitad de la plaza, le quitan el sombrero y la ruana, porque al santo le ponen sombrero y ruana, pa' que le de el sol, y todos los del Cabildo, de la Catedral, van y le pegan su insultada:

Toma, aguanta, ves? Así como te quema a vos, así nos quema a nosotros. Así es que, no es nosotros nomás. Aguanta.

Y, a veces, hasta le pegan sus correazos: hace llover, hace llover.

Al final, llueve.

Igual sucede, cuando llueve demasiado y se están ahogando las sementeras, porque la mayoría de los cultivos es papa, uyucos, ocas, trigo, cebada y maíz, y cuando llueve mucho, también lo sacan y lo ponen en cueros al pobre San Sebastián, pa' que se moje, hasta que hace escampar.

EL SEÑOR DE LOS MILAGROS DE GUAYMATAN

Otro santo, el Señor de los Milagros de Guaymatán.

Dice la leyenda que Guaymatán fue fundada por don Francisco de Jalapu y don Crescencio Tapú. Un día que ellos estuvieron por el campo, atravesando la montaña para el Valle del Guamuez, se encontraron al Señor de los Milagros, clavado en un árbol de arrayán. Es una escultura bellísima, en una talla fina, muy bonita, linda la imagen. Entonces, ellos, emocionados, con todo el respeto lo bajaron del árbol y lo llevaron a Guaymatán. Allá lo pusieron en el altar, en una capillita. Esa noche fue la fiesta, los hervidos, la música, etc.. A los pocos días fue el cura párroco de Pupiales -Pupiales era la cabecera municipal de esa época y Guaymatán era anejo de Pupiales-, entonces, fue el cura a celebrar una misa -rara vez que iba- y se encuentra con semejante imagen y se queda viendo, y dice:

¡No, esa es una imagen bellísima!, es una talla española; ¿cómo la voy a dejar aquí? Tengo que llevármela a la capital, a la cabecera parroquial, que es Pupiales.

Ahí mismo la bajó, la empacó en una petaca y la montó en la mulita y cogió su caballo y se vino. Ya llegaron a Pupiales y lo pusieron en la iglesia, le pusieron las velas de cebo, las flores, todos, todos los arreglos y misa con Te Deum.

El Señor de los Milagros se quedó ahí. pero como no le gustaba, en un medio descuido el Señor se desclavó de la cruz y cogió por el salto, pasa por Tatambú y por la loma de Cuapis y paf, llega a Guaymatán. Allá se subió, otra vez, a la cruz, se colocó, los indígenas, felices que había llegado el Señor. Y el cura, allá, bravo, que no, que cómo iba a ser eso, y se fue otra vez. Volvió y le pegó su insultada a los indígenas y les dijo que eran muy malagradecidos, que se los iba a

llevar el diablo, que iban a ser maldecidos por Dios. Cogió el cura, lo bajó, al Señor de los Milagros, otra vez, lo empacó en su petaca y se lo trajo. Esta vez si le pusieron más cuidado. Dejaron la puerta bien atrancada, bien aseguradas las ventanas, la puerta de la sacristía bien cerrada. No había por donde entrar y, lógicamente, la gente estaba vigilando día y noche.

Un medio descuido y otra vez el Señor se desclavó. Se fue por el salto, por Tatambú, la quebrada de Cuapis y llegaba otras vez a Guaymatán.

Esto sucedió como unas tres o cuatro veces y el cura, todo endiablado, llegó y les pegó una insultada, que iban a quedar excomulgados, que se iban a condenar todos, que se iban a ir al infierno, que eran unos irrespetuosos con la imagen del Señor, que con esas manos sucias, que con esas manos pecadoras cogen el cuerpo de nuestro Señor. Lo cogió nuevamente, lo bajó, al señor, y se vino. El, que estaba saliendo de Guaymatán, se agarra un aguacero, pero era que llovía a cántaros. Entonces, el cura, adelante en el caballito, jalando de cabestro la muía que venía atrás con el Señor, de pronto cae un rayo y le mató el caballo. Al cura no le pasó nada, entonces el cura como que reaccionó, y dijo: No, hombre, esto como que está muy jodido. Entonces, regresó otra vez y dejó el Señor en Guaymatán, que todavía esta ahí. Pero, eso sí, no se le quitaron los caprichos y cuando se hacen fiestas, compiten los de Guaymatán y los de Puerres, que quedan uno al frente del otro, e igual hacen los de Córdoba.

Cuando se hacen las fiestas, la gente va y lo desclava con cuidado, lo bajan en unos paños y lo pasean en procesión. Eso, cuando El quiere, porque hay ocasiones en que el sacristán va y no lo puede desclavar.

El padre Sánchez, que todavía vive, fue párroco allá, y dijo una vez:

A mí no me viene con cuentos, con pendejadas, ese pueblo es ignorante. Ahí mismo se subió, y estaban duros los clavos, pero

haciendo fuerza lo desclavó y lo puso en la cruz, para salir a la procesión, en las andas, y se agarró un aguacero, pero terrible. Caían rayos. Tuvieron que regresar al Señor.

Ahora, tienen dos imágenes: una para las procesiones y otra para la propia, que cuando quiere salir sale y cuando no, no sale.

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO DE ILES

Es una virgen andariega, también. Ella es la abogada para los partos. Siempre, cuando una señora va a dar a luz, siempre, siempre en todas las casas de todo el departamento de Nariño se hace la velación de la virgen de lies, hasta que nazca el niño. Cuando el parto es muy difícil, ella les ayuda a las mujeres. Y muchas veces se ha notado que la virgen está ahí, en el altar, con su túnica bellísima y amanece con la túnica manchada como de barro y con salpicaduras de sangre y es que la virgen anduvo por algún lado.

Mucha gente cuenta que estando el esposo, y la señora que iba a dar a luz, y el esposo sin sabe qué hacer y todo asustado allí, cuando llega la comadrona, la señora ya ha dado a luz y el niño está perfectamente bien.

Y, cómo fue?

No, que apenas se fue usted, vino una señora, una señorota, buena persona ella, una señora muy simpática, muy bonita y ella me ayudó, sacó el niño, me lo bañó y me lo entregó. Después, cuando yo quise verla, ya se había ido.

Y van a ver a la virgen de lies y ahí está, con el manto manchado, como si en realidad hubiese estado asistiendo al parto.

UN MIMO EN LA CÁRCEL

Carlos Alvarez
Antioquia

La Cárcel Nacional de Bellavista (Medellín), tiene un patio que llama La Guayana. Es un patio semioscuro, con unos pasadizos y la Guayana es la cárcel de la cárcel. O sea, el preso que de pronto aporree a otro preso o que está en deuda o que está amenazado, lo meten a la Guayana. Y la Guayana tiene cuatro pasadizos y cada pasadizo tiene veinte celditas, diseñadas para un solo preso, con una cama de cemento. Pero, en esas celdas meten hasta a siete presos. El que llega primero, duerme en la plancha, en la cama de cemento, o el que tenga más plata o el que la compró, porque hasta los guardianes venden esas celdas, o el que tenga las armas duerme allí, y los otros presos que van llegando allí, duermen con los pies debajo de la camita ésta. Duermen muy estrechos. Solamente les dan una hora de sol, diaria, total que es una violación a los derechos humanos.

Y, en las fiestas de las Mercedes, el año pasado, me invitaron a que les presentara pantomima. Llegué a uno de los pasadizos, que son como veinte celdas y un pedacito de corredor, y bueno, llegué y le dije al guardián que por favor sacara ya los presos para yo presentarme y él me dijo, que no, que si quería que me presentara así, que él no los podía sacar. Le supliqué. Entonces, me dijo que no, que entonces que me fuera, y yo dije:

No, ya estoy aquí, aquí es muy difícil la entrada y yo les voy a presentar la pantomima, quiero hacerlos reír un rato, hay gente que se merece ser tratada como humano. Son veinte -me dije- voy a comenzar la pantomima aquí, luego me voy trasladando, para que ellos me vayan viendo. Y empecé a presentar la pantomima y en las

primeras celdas me podían ver claramente, pero las otras, no, y era tanto el deseo de los otros presos, de verme, que cuando menos pensé, di una vuelta y por todas las rejas salían un montón de manos, con unos espejitos, esos espejitos que usan las mujeres, donde vienen las sombras, claro, ya sin sombras, y habían un montón de espejitos, y en esos espejitos vi los ojos de los presos, unos ojos brillantes, y vi la sonrisa de los presos, mucha muequera, porque ustedes saben cómo es la sonrisa de los presos.

Pero, me conmovió, me conmovió demasiado. Y es uno de los recuerdos que llevo en mi alma y yo se los quería contar, porque yo se que en todas las cárceles de Colombia se violan los derechos humanos.

Por eso se los quería contar.

EL ENCUENTRO CON LA CALAVERA

Raúl Ordóñez
Nariño

En un pueblo llamado El Ingenio, vivía un primo nuestro que tenía su novia él y siempre le gustaba tomarse sus traguitos. Una noche de veinticuatro de diciembre, en navidad, que se celebra la misa de gallo, que es a las doce de la noche, él quería verse con la novia a las once, para salir un ratico por ahí y entonces, cuando él estaba peinándose, alindándose en el espejo, la vio, que la novia llegó a la iglesia. Entonces, él también se vistió rápido y salió. Cuando él se le empezó a acercar, ella empezó a irse. Se fue, y él atrás y él atrás y así se lo llevó. Y él:

Vea, mamita, qué le pasa mi amor?, por qué está brava?, qué es que le he hecho?

Y la iba a coger y ella no se dejaba. Siempre que la iba a coger, corría o se violentaba, hasta que cuando él llegó, a cierta parte, ya bravo:

Qué es que le pasa, pues?

Entonces, ella, también ya se paró y cuando él la fue a coger, por detrás, le voltio la cara y era una calavera, con unas clavillas, que se le balanceaba así, y entonces, él quedó, prácticamente allí pues, desmayado.

Luego, al otro día, lo encontraron que lo había chupado, le había pegado, como decir, una paliza, estaba ahí, encima de una tumba del cementerio.

También a otros amigos de él como que les había pasado lo mismo, en una pila que hay allá en ese pueblo, pues también se encontraron con una muchacha bien chusca, se fueron atrás y luego, dizque los había ido a meter a unos hornos de esos que hacen pan y el otro día estaban bien revolcados en ceniza y todo eso.

En Pasto, por el parque Bolívar, por el batallón Boyacá, salía también la viuda, o la vieja, que la llaman también, y siempre se aparece como una mujer bien bonita y a la hora que uno se le acerca adonde ella, se da cuenta de que es una calavera feísima. También suele llevarse a los hombres, a residencias y ahí amanecen, solos y maltratados.

LA ENDUENDADA

Raúl Ordóñez
Nariño

A una hermana nuestra, cuando en ese tiempo estábamos viviendo en Nariño, se enamoró de ella un duende. En una parte que se llama "el barranco", hay un potrero donde habían hartísimas vacas y había una chorrera y entonces, ella cuenta que vio a un niño supremamente hennoso, lindísimo, de unos ojos azules, la piel blanca, mono, bien vestido y con un sombrero inmenso, grandísimo, con unas alas bien anchas y con una punta. Y este duende tenía un instrumento musical, que era una flauta, y a veces, también tenía un tambor y producía una música tan bonita, que a cualquiera se le iba adormeciendo, como haciéndolo enamorar, como tentándolo, y todas las noches, este duende iba a darle serenatas, y le llevaba cosas, unos regalos. Por ejemplo, ella miraba que el duende le llevaba una cantidad de pastales y pastas, y todo eran plastas de vacas y de caballo. Los demás miraban eso y ella no miraba eso. Y ella comía inclusive eso. También le llevaba, pero cantidades, de plata, pero esa plata eran un poco de hojas amarradas con guascas, y ella pensaba que era dinero, hartísimo dinero. También le llevaba perlas de oro o pedazo de oro, pero todas era piedras. Y, así por el estilo, siempre le llevaba cosas que no eran lo que veía, sino, otras cosas.

La tenían que amarrar a un palo, para que no se fuera, porque ella tenía siempre la costumbre de irse adonde estaba el duende. Este duende, en una época, se la llevó, se desapareció. Mi hermana estuvo unos quince días que no la encontraban, y búsquela toda la gente, por todos lados y la encontraron en una chorrera, colgada de los cabellos, de un árbol. Y ahí, parece que la alimentaba a punta de plastas y cosas que encontraba por ahí.

Para poderla desenduenar la cambiaron de ciudad y la untaron por lodo el cuerpo desnudo, sangre de borrego, para que cuando llegara el duende, le diera asco y no la volviera a ver más. Este duende se enamora de las mujeres que tengan nombre de flores, por ejemplo: Lila, Rosa, Margarita, Azucena, etc..

Ese mismo duende se enamoró de una muchacha por allá en Sandoná y le sucedía la misma historia de mi hermana. Una vez, quisieron cazarla a la fuerza con otro señor y el duende, desesperado, hizo todo lo posible para impedir el matrimonio. Cuando iba el novio a caballo, lo hacía derribar, cuando ya estaban preparando la boda -cocinando cuyes, bata, etc.-, este duende regaba la comida, tiraba la chicha, les escondía la ropa.

Una noche dejaron todos los caballos listos para el otro día y el duende llegó y les torció todas las crines, como hacer un costal, y los amarró de las crines, unos con otros, con unos nudos que no se podían desamarrar, para que al otro día que se levantaran a casarse, no se pudieran hacerlo.

Sin embargo, lograron casarse, pero el duende seguía molestando, pero, poco a poco se fue desenamorando este.

Para quitarse el encanto de un duende es preciso conocer la oración de las vacas. Diciendo esa oración, uno puede quitarse el encanto del duende a una persona.

También hay duendes que se enamoran también de los hombres, y resultan haciendo las mismas cosas de los duendes, para someterlos.

MAS DUENDES

Raúl Ordóñez
Nariño

EL DUENDE NEGRO

Existe también un duende negro -ese sí es un duende malo-. Dicen que el duende es uno de los ángeles que cayeron del cielo, cuando se rebelaron contra Dios.

También cuentan que cuando a un niño lo abortan, lo botan en cualquier esquina o basurero, o niños que se mueren sin bautizar, son duendes. Siempre se los escucha llorar por las noches y cuando alguien se acerca pues, los puede mirar que empiezan a crecerse, como fantasmas, y se hacen completamente inmensos, como el tamaño de una iglesia, entonces, uno, cuando los mira así, tiene que inmediatamente voltiar para el otro lado, porque si uno lo ve decrecer, corre el riesgo de que se lo carguen al infierno, o sino que se tuerza o que le crezcan la nariz y la boca o sino uno tiene que ir y coger agua bendita e ir y bautizar al muerto.

FANTASMAS DE LA COCINA

Raúl Ordóñez
Nariño

Cuentan que existen los llamados los fantasmas de las cocinas, o los espíritus de las cocinas, y es que a la hora que la gente ya se va a acostar, se va a dormir, entonces llegan todos los espíritus a las cocinas, a recoger los pasos, y empiezan a tomar café, a hacer sonar las ollas, a hacer sonar los platos. Por eso, muchas veces se escuchan ruidos en la noche. En ese caso, lo que hay que hacer es salir con un machete y cortar en cruz para que los espíritus se asusten y salgan corriendo y desaparezcan.

LA COCINERA Y EL CURA

Raúl Ordóñez
Nariño

Había una mujer que le gustaba hacer prácticas de brujería. Cogía la gente y le metía alfileres en un muñequito que le servía de réplica. Esta señora vivía con un cura, pues ella era cocinera de él, pero con el tiempo empezó a haber entre ellos amores y se la pasaban sólo en el amor. Cuando pasó el tiempo, el cura se murió, y ella también se murió, y como castigo se convirtió en una mujer mula. Entonces, una mujer mula aparece generalmente a partir de las doce de la noche, se escucha que los cascos de adelante suenan como tal y los de atrás como zapatilla de mujer, y pasan por

los lugares donde han vivido, como recogiendo los pasos.

Generalmente, los martes y los viernes son días extraños para ella, ya que en esos días, cuando viven las mujeres mulas, es decir, que no se han muerto, ellas tienen que taparse la cabeza con un pañolón, o con un velo, porque de no hacerlo, entonces se les verían las orejas de mula.

EL ESPANTO DE PANDIACO

Raúl Ordóñez
Nariño

Cuentan los mayores, que en la antigua iglesia de Pandiaco, cierta noche, una señora miró que al lado derecho de la puerta había un bulto. Dice la señora que parecía que estaba lleno de huesos. Ella se extrañó de ver ese bulto y se metió otra vez a la casa. Luego, la curiosidad hizo que la señora volviera a salir, a mirarlo. Abrió la puerta y en ese momento miró que el bulto pasó volando por el aire, le dio a la señora un mal viento y le torció los ojos y la nariz.

A este bulto se le conoce como el bulto de los cuchos, porque se aparece en las casas viejas, se lo ve en los rincones y se asemeja a una persona.

ORIGEN DE LA LAGUNA DE LA COCHA

Raúl Ordóñez
Nariño

Antiguamente, la cocha era un gran valle y había un pueblo muy hermoso. Estaba gobernado por un cacique. El era muy anciano, muy viejito, pero era casado con una mujer joven y hermosa.

Cierta día paso por ahí un forastero que venía del Imperio de los Incas y pidió hospedaje. El cacique lo atendió muy bien, le dieron de comer, hicieron una fiesta con chicha, pero él empezó a enamorarse de la muchacha y la muchacha también empezó a enamorarse de él. Estuvo como unos cuatro días. Luego, él logró convencerla y se la robó y él se fue con la muchacha. Cuando descubre el cacique que la mujer lo ha abandonado, empieza a llorar, y empieza a llorar tanto que las lágrimas inundan su casa, luego las calles, luego el pueblo y finalmente todo se cubre con sus lágrimas, formándose la laguna de La Cocha.

OTRA VERSIÓN DE LA COCHA

Raúl Ordóñez
Nariño

Había un forastero que pasó por allí, cuando esto era un valle y resulta de que este forastero le pidió agua a uno de los nativos de allí. Tenía mucha sed, y él le dijo que no tenía más que ese poquito. El forastero se fue -seguro le echó una maldición- más adelante tropezó el viejito que negó la petición y

esa agua que se le derramó, formó la laguna de La Cocha.

En la misma leyenda hay una variación y es que en ese mate se estaba peinando una viejecita que era bien vanidosa, se estaba mirando en el mate y en cierto descuido el mate se le riega y con esa agua se forma la laguna de La Cocha y la isla de la crota, tal como la conocemos ahora, y del peine se forman todas las plantas de totora que hay alrededor de la laguna.

SEBASTIAN DE LAS GRACIAS

Manuel "Mañe" Pérez
Bolívar

Sebastián de las Gracias era un hombre vagabundo, mujeriego e ilusionista de las mujeres. Le puso una serenata aquí, a un par de palomas: una llamada Agraciada y la otra Leonor. Estando aquí charlando con la una le fue a poner una serenata a la otra. Entre las mujeres, hay unas que son muy llevaderas y otras muy ligeras.

Agraciada, muy ligera, se prometió castigarlo y sabía que él venía el domingo, cargado con la guitarra, y todo el equipo de vagabundo, perfumes, polvos y olores.

El domingo, cuando lo vio llegar, ella salió muy contenta y le dijo:

Hola, Sebastián, te estaba esperando.

Para qué, Agraciada?

Para que vayas conmigo a los campos, a pasiar.

Ya.

Salieron por un camino de herradura. Cuando se encontraban fuera del pueblo, tres leguas de lejos, lo metió por otro sendero, otras tres leguas, hacia el canto de la montaña. Cuando lo metió a todo el canto de la montaña, estaba viendo huellas de toda clase de fieras. Cuando se encontraba metido, le dijo ella: Pa' que respete. Para que vayas donde está Agraciada, tienes que gastarte catorce pares de botines de acero. No volverás.

Buscó un palo, pero buscaba un palo bien grueso, cosa que no hubiera fieras que se trepara, y las fieras ahí, como a las tres de la tarde. En ese canto de montaña a las tres de la tarde ya es de noche. Ahí se quedó. Espera y espera que amaneciera. Cuando viene amaneciendo ve salir un humo:

Ahora que se aparten todas las fieras voy a salir allá.

Así fue. Cuando llega a la ciudad donde vio el humo, está una joven, regando un jardín. Llega a la orilla y dice:

Ay, que niña de bonita,
regando un jardín de flores,
pero no alcanzas a ser
la dueña de mis amores.

Sale la niña pa' donde la madre: oye, mamá, lo que dice ese joven que viene de la selva.

La madre salió, y le repitió esa vaina, el mismo cuento. Siéntese que le voy a dar café. Le dio café. Lo voy a desayunar. Había un rey, y la madre fue y le dijo:

De la mitad de ahí de la selva salió un joven, cantando.

El rey lo mandó a llamar y luego de que se comió un pan con queso, que era el desayuno, fue a responder el llamado:

He venido señor Rey,
he venido a su llamado
ser el obedecido,
es mejor que ser casado.

Para eso es que lo mando a buscar -le dijo el rey-, para que me le cante a la princesa.

Cómo no.

Ve, el muchacho, una hembra que le caminaba y que le caminaba, como tigre en trampa, y le dice:

Eres linda y eres bella,
no sé con qué te comparé,
con la luna y sus estrellas
el sol y sus claridades.
Eres linda y eres bella,
como el haz de las mañanas,
pero no alcanzas a ser,
el retrato de mi dama.

Cuando la princesa oyó esas palabras, llamó al padre.

Ahora, tiene usted que irme a traer el retrato de su dama, o sino lo mando a pasar a cuchillo. Le dijo el rey.

Entonces, dijo el joven:

Perdóname Jesús mío.

que ha pasado un desacato,
que me mate el rey Sinal
sino llevo tu retrato.

Y, oye que dicen:

Allá vienen dos palomas,
que parecen dos sayales
será la una Agraciada,
o Jesús Sacramentado?

Llegó con el par de retratos donde el rey. Ahí tiene, mi rey.

Entonces, le dice la príncipe:

Ahora tiene que irme a buscar la dueña del retrato. La dueña del retrato está en el castillo del humo, donde irás y no volverás. Sale por el retrato. Para irlo a buscar -dice el joven- tiene que mandarme a hacer catorce pares de botines de acero. Mandó a hacer los catorce pares de botines de acero. Al mes estuvieron listos. Camina y camina, camina y camina. Se enganchó el primer par de zapatos. De nación en nación botaba la plantilla.

Arrimó a la nación donde está el dueño de todas las aves, le dice: pare abuelo, usted no me da razón del castillo del humo, donde irás y no volverás?

Soy el dueño desde la cucaracha para arriba, pero no ha alcanzado a ir ningún pájaro allá; pero, sin embargo, no te aflijas. Aguanta. Sacó un pito: pinnnn, piiii. Salen grillos y toda clase de pájaros. Le faltaba el águila coja. Dale pito y dale pito, cuando ve que viene un ave, allá. Ya viene el águila coja, escóndase. Lo apartó porrallá.

A dónde estabas tú que he tocado el pito y no venías?

Estaba en el castillo de! humo, donde irás y no volverás, que se casa Agraciada con el rey lobo.

Tú, te atreverías a llevar un cristiano allá?

Yo sí lo llevo.

Pregúntale que por cuánto me lleva. Le dice el joven.

Por cuánto lo llevarás?

Por veinticinco novillos.

Y, quién me los vende?

Yo te los vendo.

Mándelos a buscar. Dijo el joven.

Pao, pao, pao, le pagó los veinticinco novillos, con la mochila de dinero que le había dado el rey y se le montó en la silla al águila coja. Gastando zapatos, aunque volaba, y gaste zapato.

Cuando llegó a la ciudad del castillo, ya el águila se había comido los veinticinco novillos. El águila le regalo al joven una pluma suya y lo bajó en una casita, afuera de la ciudad, donde pidió alojamiento. La dueña le dijo:

Asiéntese y espere que vengan mis hijos que están en el festejamiento del castillo. Llegó, al poco rato, un par de muchachos, que lo saludaron y le brindaron comida y lo invitaron:

Vamos, amigo, al festejamiento del matrimonio del rey lobo. ¡Hum!, él que quería, que no quería, dice:

Voy a referir una historia que me pasó:

Te viniste y me dejaste,
me dejaste sin consuelo,
de recuerdo me dejaste
un anillo y un pañuelo.
Leonor tal.

Vuelve y dice:

Te viniste y me dejaste,
me dejaste sin alivio,
de recuerdo me dejaste,
un pañuelo y un anillo.

Ella, Agraciada, pensó que Sebastián de las Gracias se había quedado muy lejos y que era imposible que estuviera por ahí, tan cerca; sin embargo, pensando bien, si había logrado los catorce pares de zapatos de acero, tal vez. En ese momento, el joven cantó:

Mis zapaticos de acero,
se han acabado caminando,
unos siete por el suelo,
y otros siete volando.

Agraciada no dudó un instante más. Sus miradas lo llevaron a él a mitad del banquete y bebió y comió hasta hartarse, mientras Agraciada no paraba de pensar qué debía hacer. Al fin, resolvió el dilema, preguntando:

Si he perdido un dedal de oro hace mucho tiempo y después perdí uno de plata, cuál debo buscar con preferencia?

Y respondieron:

Pues, ha de ser el de oro, porque oro es y más fino que la plata y además lleva más tiempo buscándolo.

Y Sebastián de las Gracias se casó con Agraciada y se quedó viviendo muy feliz, con ella, en el casillo del humo, donde irás y no volverás.

EL HACEDOR DE RICOS

Alejandrina García
Valle

Había un señor que decía que él hacía la gente rica. Usted sabe que los jóvenes, con esa ambición, quieren hacer estudios. Entonces, le dijo uno a otro:

Ve, por qué no aprendes vos y verás que ganas platas?

Le dijo: bueno. Entonces, vino el muchacho y principió a aprender con él, a hacer cosas. Cogían un gato -eso sí lo vi yo-, y le clavaban unos alfileres al gato, en los ojos. Cogían un sapo y también le clavaban unos alfileres. Y uno, como es noticioso, los muchachos les encanta ver las cosas, yo me iba pa'l plan de la casa de ellos. Al otro día, era una gallina negra que tenían que conseguirse. La consiguieron y también le clavaron los alfileres. Ya, al otro día, ya les tocaba que invocarlo y principiaron pues, a llamarlo:

Satanás, satanás, porqué no venís?, contesta.

Cuando oímos un estruendo, horrible, y se olía a azufre. Cómo sería el susto del muchacho que cayó privado al suelo y nosotros agarramos a correr. Nos fuimos.

Un rato después, con esa tentación de curiosidad, volvimos otra vez y

nos fuimos por detrás de la casa, y ese olor a azufre y ese señor todo asustado. Y él, no había vuelto en sí. Entonces nosotros nos fuimos y llamamos a mi mamá. Mi mamá no se había dado cuenta, ni la mamá de él, tampoco. Entonces, se vino mi mamá, la mamá de él, y trataron mal a ese señor y lo hicieron ir.

EL AVARIENTO

**Manuel "mañe" Pérez
Bolívar**

Había un carpintero arruinado, con diez hijos, la mujer y él. Había un rey en la ciudad. Salió a recorrer los campos. Había un tipo millonario, regular socialmente, pero menos que rey. El rey salió a recorrer los campos y encuentra al carpintero, royendo palos, un domingo.

Oiga, señor carpintero, a usted no se le salvan ni los domingos.

Sí, señor, somos diez hijos y mi mujer y yo.

Fue al palacio, hizo un pastel de billetes y se lo mandó con un soldado. Entonces, dice él a su mujer:

Mi compadre y su mujer, son dos no más, nosotros somos diez, este pastel no alcanza, vamos a dárselo al compadre.

Al siguiente domingo vuelve a pasar el rey y el carpintero ruñe palo, ruñe palo.

Oiga, señor carpintero, a usted no se le escapa ni el domingo.

Somos doce, diez hijos y mi mujer y yo.

Recorrió el campo y cogió enseguida para allá. Vuelve y le manda un pastel, pero esta vez, de monedas de oro.

El carpintero hizo la misma operación. El compadre lo recibió y ese día le mandó media vaca, una paca de arroz y manteca.

Vuelve y pasa el rey al tercer domingo: hola, señor carpintero, a usted no se le escapan ni los domingos.

Y si no trabajo, qué comemos?, diez hijos y mi mujer y yo.

Cuando llegó al palacio lo mandó a buscar con unos soldados. Cuando llega, le pregunta el rey:

Qué hizo usted con los dos pasteles que le mandé?

Me los comí.

Usted me dice la verda o lo mando a pasar a cuchillo. ¡Prendan el motor!

Cuando el hombre vio que prendieron el motor, convino con que era verdad que lo pasarían a cuchillo. Yo le voy a decir la verdad, yo se lo di a mi compadre más pobre.

El rey, mandó que lo fueran a buscar. Cuando el hombre llegó, le preguntó:

A sus órdenes, sacra majestad.

Verdad que usted le recibió los pasteles al señor carpintero?

Como él me los mandó...

Pues, ahora usted tiene que partirlos con el señor carpintero, o sino, lo mando a la sierra. ¡Prendan el motor!

El, que oye que prenden el motor pa' mandarlo a la sierra:

No, no, no, bueno, está claro.

Le tocaba al carpintero cuatrocientas vacas, trescientas hectáreas de terreno y un edificio.

Pa' que respetara, y esto le pasó por avariento.

LAS TRES BRUJAS

**Alejandrina García
Valle**

Eran tres jóvenes amigos, que tenían otro amigo, casado. Y eran tres muchachas, muy bonitas, hermosas. Ellos se enamoraron de ellas. Un día les dijeron a las muchachas que salieran a pasear con ellos y ellas convinieron. Entonces, el otro amigo, les dijo:

Tengan mucho cuidado, llévense tres palitos, porque si algo les sucede, ustedes, con los tres palitos hacen una cruz y con eso se defienden.

Ellos hicieron caso y se echaron los palitos al bolsillo, al otro día

salieron con las muchachas a pasear. Camine y camine hasta que llegaron por allá, ya lejos, a un llamo y entonces en ese llano se fueron convirtiendo en brujas. Cuando ellos vieron eso, les dio terror, sacaron los palitos e hicieron la cruz, y ahí los tuvieron, hasta que amaneció.

Cuando ya amaneció no las vieron por ninguna parte, entonces, vinieron y le contaron al muchacho amigo de ellos. Dijo: Yo tengo dudas, porque mi mujer es muy bonita, yo oigo muchos golpes en el pecho y tengo esa duda.

Entonces, él le contó a un viejito, y le dijo el viejito:

¡Pone mucho cuidado! Cuando vos te acostés a dormir, ella arrima, con dos alfileres, a chuzarte los ojos, cuando estés dormido, entonces, vos te vas a hacer el dormido y cuando ella te vaya a chuzar, entonces no vas a parpadear.

Así hizo. Cuando ella sintió que él estaba dormido, trajo los alfileres y se arrimó a chuzarle los ojos. Entonces, él se quedó quieto. Visto que él no parpadiaba, se fue al espejo, se untó unas cosas, ella y se puso unas enaguas y dijo:

Sin Dios y sin Santamaría. Y voló.

Entonces, él, cuando ella se fue, oyó el golpe en el techo. Entonces, él se levantó, se untó lo mismo que ella se había untado y también dijo:

Sin Dios y sin santamaría. Y voló.

Y llegó por allá, lejos, a una casa muy bonita. Había mucha muchacha, cuando vio que el diablo les dijo:

Bueno, a bailar.

Y tuvieron que bailar, y él también bailó.

Cuando dieron las tres de la mañana, dicen los diablos: bueno pa' sus casas. Y él no supo qué dijeron ellas. Volaron. Y entonces, como él no supo qué dijeron ellas, él se quedó allí en la casa. Cuando ya amaneció, era un llano. No había casa, y él se puso a pensar para donde se iba. Cuando ya él cogió camino y caminó y caminó hasta que lo cogió la noche. Ya cansado, se sentó en una piedra, cuando de pronto se le apareció un perrito, halagándolo, y el perrito salió y se fue. Al rato se apareció, otra vez, el perrito, con un palo en la boca. Tanta era el hambre, que a él no le dio asco y se lo comió. El perrito le brincaba y le brincaba y quería llevarlo para alguna parte, hasta que el perrito lo llevó a una casa, en ese monte. Había un viejito y una viejita. Entonces, les comunicó qué le había pasado. Dijo el viejito:

Hum, vayase -está lejos, pero el perrito lo guía-, a tal lugar. Caminó todo el día hasta que llegó a la ciudad donde él vivía. Cuando ya llegó, dijo:

Yo me tengo que ir para donde el cura, a confesarle esto.

Fue donde el señor cura, y le dijo:

Vea, cómo le parece que esto y esto me pasó.

Entonces, le dijo:

Pues, usted tiene que quemar a su mujer, para poder salvarse.

Y, cómo la quemo?

Haga un hoyo y apronte leña, y arrímelas ahí y la avienta al hoyo, y avienta la leña encima y le mete candela.

Y así lo hizo. Llegó a la casa, se puso a hacer el hoyo y a lo que ya el

hoyo estaba bien hondo, arrimó y la aventó al hoyo y luego le aventó la leña encima y le metió candela. Ella se quemó allí, y así salvo su alma.

LA FLOR DE LILOLA

Manuel "mañe" Pérez
Bolívar

En una ciudad había un rey con una hija, y el trabajo que imponía éste a quien quisiera casarse con su hija, era que debía traer la flor de lilolá.

Todo el que llegaba se lamía por la hembra, que era la hija del rey.

Llegaron Pedro y Manuelito, a buscar trabajo, pero el trabajo que había en esos días, era ese: buscar la flor de lilolá. El rey les dio plata, para que fueran a buscarla. Compraron gallina, arroz, e hicieron un pastel, cada uno. Pedro adelante y Manuelito atrás.

Encontraron una viejecita en la vía, y ésta le dijo a Pedro:

Oye, buen joven, tú no llevas qué comer, que me des un poquito pa' este niño?

Dice: no llevo.

Que te vaya bien.

Viene Manuelito, la saluda.

Oiga, buen joven, usted no lleva algo qué comer, pa' que me dé un poquito pa' este niño?

Sí, si llevo, tome, dele este pastel.

No, no, es sólo un pedazo, guarda pa' luego.

La viejecita le pregunta cuál es el motivo de su viaje por ese camino y cuando Manuelito le comenta, ésta le dice:

Bueno, tú vas a encontrar la flor de lílolá. Coge este camino.

Cuando llegues a tal punto, coge un ensillo que está allí. Abajo de una tronera está un árbol, seco, mamonado; ahí está la flor de lilolá.

Como ella le dijo, siguió y nada le pasó. Ella lo estaba cuidando.

Ahí viene para atrás. Saliendo al camino real, se encontró con Pedro.

¡Mierda, tú la encontraste!

Yo creo que sí es ésta. Dijo él.

Dámela.

Por qué te la voy a dar?

Si no me la das, peliamos.

Se dieron de puños y dieron tres peleas en todo el trayecto. Pasó Pedro con la cara como un degenerado, cuando, pasando Manuelito, lo llamó la envejecida:

La encontraste, mijo, pero te va a costar la muerte. Tu hermano te va a matar, pero con la ceniza de él mismo, tú vas a resucitar.

Una vez pasaron el palacio hubo otra muñequera. Al entrar a la ciudad hubo la última pelea. Ahí lo mató.

Llegó al palacio, y espera Pedro, porque el rey le dijo que hasta que no llegara Manuelito, no se podía casar.

Se acabó el agua para el servicio y una negra salió con una mucura, a recoger. Cuando se agachó, oyó:

No me pises buena negra,
no me dejes de pisar,
que mi hermano me ha matado,
por la flor de lilolá.

Sale la negra a hacer el escándalo, pero cuando van a buscar no encuentran nada. Poco después, ella vuelve a coger agua y escucha de nuevo:

No me pises buena negra,
no me dejes de pisar,
que mi hermano me ha matado,
por la flor de lilolá.

Entonces, el rey contrató a una adivina, para que buscara, y cuando ésta empezó, escuchó:

No me pises buena niña,
no me dejes de pisar,
que mi hermano me ha matado,
por **la** flor de lilolá.

El rey, entonces, le dijo a la adivina, que le preguntara con qué **volvería**.

Con que volverá?

Con la ceniza de mi hermano, volveré a resucitar.

El rey ordenó que fueran veinte hombres a armar una hoguera y que veinte burros trajeran la leña.

A los cuatro o cinco días fueron a coger la ceniza. Ahí estaba en un platillo que pusieron en el fondo de la hoguera.

Resucitaron a Manuelito, lo remozaron y lo llevaron pa'l palacio.

Y se casó con la princesa.

EL SEMIVIVO

Luis E. García
Valle

Esto sucedió en Toro. Después de cuatro años de haber sido enterrado un hombre, le dijo el sacerdote al sepulturero:

Hombre, hay que sacar los restos de fulano de tal.

Bueno, se va el sepulturero, rompe la bóveda, se pone a sacar la caja y de repente se enderezó el semivivo, con esos ojos que se brotaban de manera espantosa, y le dice:

Pa' qué me quiere, déjeme quieto.

El sepulturero arrancó aterrorizado, a decirle al cura:

Oiga, esos restos que me mandó a sacar, no, vaya usted y los mueve, porque yo no me meto en eso, ni por nada, yo no me meto en eso.

Qué le pasó?

No, vaya pa' que usted se dé cuenta, pa' que pruebe lo que es un semivivo.

Semivivo? Cómo es eso? Es imposible que un hombre con cuatro años de enterrado, sea un semivivo, es imposible.

Llega el cura y se va para' llá y una vez vio al semivivo, dijo: Y esto?

Entonces, el hombre, que apenas se había sentado, le dijo, como con tono endiablado:

Retírese, retírese, no lo quiero, no lo quiero.

El cura comenzó a conjurarlo, hasta que lo aquieta. Es un tipo que ha muerto con tradición de asesinatos, de robos, de atracos y entonces, por eso ha recibido la condenación, y es la causa por la cual, la carne, que es a partir de la cual se sufre, no ha muerto. Bueno, entonces lo dejan aquietado, con un Santo Cristo que le han puesto al lado. Entretanto, el cura ha interrogado a Roma, para conocer de fuentes del Papa, qué hacer con el semivivo. El Papa pregunta:

Quiénes son los padres?

Son fulano y zutana.

Amárrenlo, tráiganlo a Roma, con sus padres, a ver qué hacemos con él.

Esa penitencia tuvieron que hacerla y la familia debió irse a Roma,

con el semivivo.

El Papa, le dijo a la mamá:

Mire, señora, los castigos que usted no le dio en vida a este semivivo, se los va a dar ahora. Y le entregó un fuate, y ella le dio y le dio, hasta que lo rindió. El, entre tanto, le fue contradiciendo, le fue refunfuñando sobre la vida que él pasó, lo que ella no hizo por él, cómo corregirlo para comportarse bien, pa' que fuera un hombre de bien.

Cuando ya la madre lo venció a punta de garrote, el Santo Padre ordenó quemarlo.

Ahí termina la historia de ese semivivo.

EL HIJO EGOÍSTA

Félix Ángulo
Cauca

Había un señor -era sastre-. La madre tenía la costumbre de ir a visitarlo continuamente, y un día este hijo compró una gallina, la peló bien pelada, con la señora, y por ahí como a las once y media iba subiendo la viejita, su mamá, con su vestidito negro, y cuando el sastre, su hijo, la vio venir, le dijo a la mujer:

Mija, tape la olla, que viene mi mamá.

Ahí mismo, ella tapó la olla. Esa olla olía tan bueno, porque ya tenía adentro el plátano verde, las yucas, las papas y la gallina, y esa olla hirviendo, po, po, po, po.

Entonces, cuando ya iba llegando la viejita la esposa le dijo que si le servía a su suegra, y él le hizo señas de que no le diera. Pasaron los minutos, dieron las doce del día y nada que le ofrecían almuerzo a la viejita, y ella, amagaba irse, a ver si le ofrecían algo:

Adiós, mijo.

Adiós mamá.

Y ella volvía y se sentaba. Volvía y le decía, adiós mijo, y él, adiós mamá. A la tercera vez, cuando ella comprobó que no era invitada a almorzar, se despidió de verdad y partió.

Cuando la viejita voltio la calle, el hombre le dijo a la mujer:

Mija, vaya mija destape la olla.

Cuando fue a destaparla, no pudo hacerlo. Algo detenía la tapa, y le dijo al marido:

Mijo, mijo, yo no consigo destapar esta olla.

Ahí mismo fue él, y cuando cogió la tapa y levantó, paf, una culebra. Yo no la vi, pero eso contaba mi madre. Se le aventó al cuello, le dio la vuelta en redondo, varias veces, hasta que quedó boca con boca la culebra a la boca de él.

La culebra la vi yo, un día que pasó el señor, blanco él, delgadito, con la culebra. Esa culebra bajaba en cualquier paite, pero si le ponían leche. Le ponían leche, bajaba por ahí, pierna abajo, tomaba la leche y volvía al cuello del hombre, y ahí permanecía Esasílavideyo, la culebra.

UN CUELLO DEL DIABLO

Mery Páez
Boyacá

Resulta que estando yo muy pequeña -son unos de mis primeros recuerdos-, estando yo muy pequeñita, en mi pueblo, Briceño Boyacá, había un señor que se llamaba Rosendo Wilches. Este señor, era un señor muy tomatrigo, terrible, tenía fama pues, de macho, de esos que se dicen machos, en los pueblos. Andaba a caballo, con su revólver, todas esas cosas.

El señor, cuando iba a su casa -casi todos los días bebía-, él, para pasar a su casa, tenía que pasar frente a la casa mía, porque esa era una de las salidas para la casa de él. Nosotros siempre lo reconocíamos por los ruidos del caballo; ya nosotros sabíamos a qué horas pasaba don Rosendo Wilches para su casa.

Una de esas noches, antes de que él pasara, por ahí unos segundos, sentimos un ruido, como de un bordón -porque eso era carretera destapada-, entonces sentimos ruido como de un palo, que lo arrastraba alguien, o algo, y enseguida pasó el caballo. Enseguida de mi casa había una curva, y en la curva, cuando más o menos el caballo iba en la curva se puso a relinchar, y escuchamos unos tiros. Entonces, nosotros salimos a averiguar, porque lo habíamos oído que acababa de pasar, pensamos que lo habían matado.

El señor, estaba sin poder hablar, tenía la lengua dormida y como a la media hora el señor reaccionó y nos contó que adelante de él iba un perro negro, grande, que iba arrastrando un palo y que bueno, que él iba detrás del perro, pero que al llegar a la curva -ahí se acababa la luz eléctrica-, ese perro comenzó a crecer y a tomar la forma de un cristiano, y era una cosa negra, y el palo empezó a echar chispas y la

figura también. Entonces, dizque él, lo único que hizo fue sacar el revólver y hacer los disparos al bulto.

Entonces, él dice que eso fue el diablo, que nada más podía ser.

LA BRUJA DEL GUADUAL

Luis Carlos Ocampo
Caldas

Me encontraba yo en Manizales. Yo iba en busca de un personaje, de un científico, que conocía perfectamente el trabajo de la obtención de las microcélulas animales, y yo iba en busca de la bilis de la serpiente, porque me ha gustado mucho la serpentología. El hombre en cuya busca iba, era un naturalista, un botánico, era alemán, un doctor Franz Baiski. El viajaba con el doctor Braun Hartman, hijo. El viejo murió hace muchos años.

En Manizales, arribé a una farmacia de una familia Hoyos, de un señor don Vicente Hoyos y me dijeron, que hacía una semana que no lo veían; pero una señora que estaba allí, me dijo:

Ah, el alemán?; ese lo vimos por allá en "la Francia" - una vereda de Manizales, que queda por el lado del circo de toros, abajo en una hondonada.

Yo me fui para allá y llegué a la casa donde se hospedaba el hombre. Como llegué muy temprano -a eso de las once de la mañana-, un día martes, entonces me dijo la señora de la casa que él, no se sabía a qué

hora llegaba, que unas veces llegaba temprano y que otras veces no llegaba porque aparecía al otro día o a los dos días. Dije:

De todas maneras, voy a esperar, a ver si aparece.

No, transcurrió la mañana, el mediodía, llegaron las horas de la tarde, y yo impaciente y me fui a recorrer el predio de una casa granja cercana donde se reunían los alemanes. Me fui a andar. Cogí por un caminito, hacia un potrero, entré a otro potrero, y en la puerta de golpe, al lado de adentro, había una vaca. Era una vaca Holstein. Me extrañé de que estuviera esa vaca ahí, sola, puesto de que esos animales siempre están reunidos, retozando al pie de las cercas. Yo pasé la puerta, entonces la vaca se paró -estaba echada-, se paró, me miró -yo pensé que me iba a arrancar y que iba a tener quizás que sacarle una suerte ahí, de torería, pero no. La vaca en una forma muy coqueta me hacía señas con la cabeza, así, que la siguiera, y ella siguió adelante y yo seguía tras ella. Y seguimos por el camino, bastante, bastante adelante, por ahí más o menos una hora, caminos muy accidentados y la vaca se veía que conocía perfectamente eso, y hasta que cogimos una cuesta, luego vino una hondonada, había una mata de guadua grande, bastante grande. La vaca dio un rodeo en la mata esa de guadua, que tenía por ahí, aproximadamente unas mil guaduas grandes y en una vuelta de esas se metió por un lado y yo apuré el paso y fui a ver y nada y nada y nada de vaca en la mata de guadua, por ninguna parte. Ni rastro siquiera. No se veía por donde hubiera entrado, atropellando la unidad de las guaduas. Bueno, yo no me preocupé mayor cosa por el asunto -pues yo he sido un hombre muy sosegado, con unos nervios muy templados y aparte de eso, no tengo vicios, que estuviera calumbo, amanecido, cosa parecida, o que estuviera comprometido mi cerebro, no; estaba perfectamente normal-, y me devolví de allí.

Llegué a la casa, el hombre no había llegado. Entonces, le dije a la señora -ella me ofreció dormida-, no acostumbro quedarme en cualquier parte, yo más bien me voy a buscar hotel a Manizales. Me

fui para Manizales, me despedí de ella y me fui. Salí a la carretera, al camino, porque es un camino de herradura, entonces, dije yo:

Hombre, voy a ir allá, a aquél alto, puede ser que él esté por allí, haciendo investigaciones, o tal, en un punto que llama "morrogacho". Y allá me fui. No estaba lejos de allí donde yo estaba. Allá gasté tres cuartos de hora. Llego allá a "morrogacho" y pregunté por el hombre y nadie dio razón y entonces pasaba un muchacho, con dos mulas ensilladas, y le dije:

Hombre, me subís a Manizales y yo te pago, en una mula de esas?

Y, él me dijo:

La lleva usted, yo no le cobro.

Le pregunté:

Son bravas, son ariscas?

Y me dijo:

No, son amaestradas, ya tienen riendas, ya se dejan conducir. Entonces, me monté en un animal de esos y salía a Manizales. Me despedí de él y le regalé unos centavos, le regalé, uno con cincuenta. Me dio las gracias y yo me fui a buscar hotel. Me hospedé en el hotel Ruiz, que existía en ese entonces. Ese, quedaba en una zona en donde no lo podía alcanzar el fuego que consumió mucha parte de Manizales, en ese entonces.

Al otro día, en la mañana, me fui para el mercado, porque iba a comprar una sal de guacas, para hacer una mezcla, una composición e irme a cazar unas serpientes, unas mapanás, de unas grandes que habían en el páramo, por la laguna, en el camino que conduce a Murillo, a Murillo Tolima. Fui a comprar la sal, estaban pasándome

la sal, envolviéndomela, cuando miré atrás y había una mujer, muy elegante, con un bolso grande al hombro, de una para a la usanza de la época -se parecía mucho a Conchita Cintrón-, y yo la miré. Ella me sonrió y me hizo señas que fuera donde ella -yo estaba por ahí a unos cinco metros-, yo fui donde ella y le dije:

A sus órdenes.

Dijo:

Oiga, usted es un poco descortés, yo le hice señas a usted, porque lo necesitaba, en la mata de guadua, y usted no me esperó. Yo entré a cambiarme de ropa, para salir a irme con usted a cualquier parte, y cuando volví no lo encontré.

Yo seguí con esa serenidad, mirándola, y de pronto me dio un frió, y me oriné en los pantalones y me dio un susto tremendo.

La mujer se fue desvaneciendo, se fue desvaneciendo, como si fuera de caramelo, y desapareció de allí, ante la presencia de un mundo de gente.

Ahí quedó el comentario, y yo me fui. Me fui al hotel a cambiarme de ropa y luego, yo refería eso y nadie creía. Por eso, de lo que me pasaba, nunca quise referirle a nadie.

MI TÍO YOLANDITO

Félix Ángulo
Cauca

Yo tenía un tío que se llamaba Nicolás Yolandito. El hombrecito le decía a todo el mundo que él era endiablado, que era empataado. Cualquier día se enfermó. Se subió al soberao y como para subir al soberao, hay que hacer unas escaleras de palo... Yo estaba muy mediano. Cuando yo subí allá, estaba mi tío vomitando y en lo que estaba vomitando, echó una cosa verde, como un gargajo, pero eso caminaba. Entonces, él me decía que me comiera eso.

Yo salí corriendo y fui a decirle a mi mamá:

Mamá, mi tío Yolandito me está dando una cosa verde que vomitó.

Entonces, me dijo mi mamá:

Pendejo, por qué no te la comistes?, él es familiar.

Bueno, entonces subió encima y cuando mi mamá subió encima ya estaba mi tío muerto.

Bueno, ya llegaron los familiares de él, lo bajaron de allá, lo pusieron acá, lo velaron y al otro día, como a las ocho de la mañana, lo llevaron al cementerio. Allá, como no se cantaba a nadie, sino que, cogía, se le hacía un lazo, se le ponía una cruz de cabuya y se llevaba al cementerio. Bueno, ellos habían caminado más o menos dos o cinco cuabras, ya iban lejos, cuando llegó un ventarrón. Yo estaba con una hermana mía. Llegó un viento todo helado, se fue eso en un nudo, de mi tío Yolandito no dejó nada y cayó al río de cajicón, y allá, hizo: rummmm, y estalló eso y quedó oliendo a azufre. Cuando ya

por ahí como a las cuatro fue llegando la gente de enterrar el tío muerto, encontraron fue el llanto de mi papá y mi mamá:

Qué fue, mijo?

No, que un viento, llegó un viento y se llevó a mi tío. Y todo el mundo decía que el viento, tal vez llegaría, porque esa cosa que él vomitó, que estaba enterrada en la paja, tal vez llegó el diablo, por llevarse la parte que le había quedado guardada allí.

CUANDO FUI A TURBACO

Luis Carlos Ocampo
Caldas

Esta historia tuvo lugar en Calamar. Yo como he sido tan andariego, tan investigador, estaba en Turbaco. De ahí me dirigía a Calamar, para entrevistar unos pescadores que me facilitarían unas bilis de babillas, que las necesitaba para procesar.

Como en la China se procesan todos esos animales, para la medicina, las partes, todos los fluidos de esos animales tienen gran utilidad en medicina, como tengo, para el SIDA, la sangre de la NAJA -yo soy chino-, no sé por qué la gente se está muriendo del SIDA, si la sangre de la NAJA, los elementos que contiene la sangre, curan esa enfermedad, que es tan vieja. Aunque se disguste el Santo Padre, tengo que decir que la sufrieron Adán y Eva y que la sufrieron, consecuencialmente, su descendencia. A Abel, lo mató el SIDA, que entonces, se llamaba ALPALEUS.

Llegué a Calamar, al otro día, de mañana, hablé con los pescadores, y yo les dije que pidieran dinero, que yo necesitaba bilis de por lo menos doce batallas.

Pero, nosotros no regresamos, por lo menos hasta las cinco de la tarde, que las traemos. Dijeron.

Yo espero, yo no tengo mucha prisa. Dije.

A las cinco de la tarde llegaron y traían en unos zurroneos de cuero las bolsas con las bilis, una bolsa muy grande que tiene la babilla, tiene treinta centímetros, tienen mucha bilis.

Yo llevaba un porrón de pasta, muy fino, y en ese eché las bilis y les pagué. En ese entonces, les di, trescientos pesos por las bilis de doce babillas.

Yo, ya con eso, salí de Calamar. Me dirigí a Anona, que debía de conseguir unos frutos allá, para procesarlos: aguacate costeño, eso que llaman borojó, ahora. Iba hacia allá, y en el camino, casi me tumba un asno. Yo me abrí un poquito y pasó el asno, vollando cola, cuando más adelante se paró el asno y entonces yo seguí el camino. Cuando estaba por ahí a dos metros del tal asno, entonces, se volvió un perro: un chau, chau, grandote, sumamente grande y entonces me miraba y ladraba agresivamente. Yo no le hice caso, yo pasé por un lado del chau, chau y seguí mi camino. Era tarde, era bastante tarde, eran como las ocho de la noche. Yo llevaba una linterna de minero, y más adelante, ya no era el chau, chau, era otro animal, era un animal que tenía cuerpo de águila, tenía cabeza de marrano -como yo sabía que en esa zona habían muchas apariciones de gnomos, de todo aquello de los cuentos de las mil y una noches, de caperucita roja, de blanca nieves y los siete enanos, no me preocupó mayor cosa-, y entonces, cuando yo vi ese animal, me paré, entonces, se abalanzó sobre mí, me tomó por los hombros, me levantó por los hombros, y yo, con esa serenidad pasmosa, lo miré y se agachó y me miró y me

dijo:

Tenes mucha resistencia, mucho corazón?

Me largó inmediatamente, y yo me fundí en un sueño, hasta el otro día que unos parroquianos pasaban y me despertaron.

EL MALHABLADO

Alcides Ospina
Caldas

En una ocasión, en un pueblito llamado Ceilán, en el departamento del Valle, sucedió lo siguiente:

Habían tres compañeros que les gustaba ir a cacería todos los tiempos de fiesta, domingo y días festivos. Cuando no se iban de pesca, se iban a cacería. Entonces, en una ocasión se fueron a cacería, cuando por allá, se internaron en una montaña muy espesa. Eso fue por un miércoles santo. Pensaban pasar miércoles, jueves, viernes y sábado por allá, en cacería.

Ya, el miércoles por la noche, tipo siete de la noche, llegaron al lugar donde iban a campar -ellos ya tenían el lugar definido para campar-, entonces, llegaron a campar, preparar todo lo que tenían que preparar, leños para la hoguera, alrededor, porque era una parte montañosa y en esa época había tigre, había mucha culebra, había oso, había, bueno, mucho animal que hay en el monte. Era parte de selva, porque, imagínese usted, en los años treinta y cinco eso estaba deshabitado. Resulta que llegaron, se pusieron a montar la hoguera, y toda esa

vaina, para que al animal no se les arrimara.

El campamento era una choza con habitación abajo y arriba. Resulta de que después de las siete de la noche, ya habían comido y todo eso, luego de eso, se sentaron a fumar y a contar cuentos, y charla va y charla viene, a hablar de tesoros que encontraban, de los familiares, y dice uno de ellos, que era muy malhablado -y como en ese entonces se creía en Dios, no es como hoy en día, hoy en día la gente no tiene las mismas creencias-, y hablaban y dice:

Ah, está haciendo una luna hermosa, qué buena esta noche, para pasarla con una vieja, aquí, haciendo el amor.

Los compañeros le dijeron:

No, déjate de esas boconadas, que hoy estamos en miércoles santo. Cómo se te ocurre una cosa de esas?

Ah, que miércoles santo ni que nada. Ustedes es que son bobos?

Yo, con una vieja bien buena a estas alturas de la vida, mejor dicho, se le olvida a uno el miércoles santo, se le olvida semana santa, mijo, qué va, esas son bobadas.

Bobadas? Hum, bobadas?, aténete ahí.

Estaba el hombre diciendo boconadas y los otros, charla va charla viene, cuando aparece una mujer muy hermosa, ¡qué rollo de hembra! Entonces, los otros la admiraron, pero el más ambicioso, el que había estado hablando, ahí mismo dijo:

Ay, venga reina, venga, venga le doy tinto, usted qué hace por acá?

No, pues que vine por acá a dar un paseo.

Y los otros compañeros, aterrados, porque ella sola en una montaña de esas, era cosa de adivinar, era cosa aterradora, y les causó como cierta cosa. Entonces, el ambicioso, ahí tuvo su cuento.

Resulta que se llegó la hora de reposar y el tipo este conquistó a la hembra y los compañeros le preguntaron si se iba a quedar abajo y él dijo que se iba para arriba, porque era mejor. Entonces, se subió a la parte alta de la choza, con la hembra, y los compañeros se acostaron a dormir, cuando por ahí, tipo de media noche, un compañero, entre sueños, como que oía que algo chasquiaba, como comiendo, y despertó, cuando sintió algo caliente que le caía a un lado de la cabecera, algo calientico; entonces, con maña, llamó al otro compañero:

Hola, hey, hey, despertá, que me está cayendo una cosa como calientica, qué será?, prendé un fósforo.

Cuando eso, se usaban unas candelitas planchitas, de mecha, antiguas. Ahí mismo uno de los compañeros prendió la candela, cuando miraron y vieron que era sangre y de pronto vieron que caía de la parte de arriba, donde estaba el compañero.

Aterrorizados, salieron de huida, nimbo a desaparecer de ahí. Corre y corre, cuando de pronto alguien que corría tras ellos, clamaba:

Espérenme compañeros, espérenme compañeros, espérenme.

Pero, pían como una voz diferente a la del compañero, cuando de pronto llegaron a la parte habitada y llegaron a un potrero donde había ganado y en ese momento cantó el gallo, cuando oyeron una voz que les dijo:

Agradezcan que cantó el gallo y que llegaron donde había ganado, pero esto, es para que no vuelvan a andar mal acompañados.

SUCEDIÓ EN RONDÓN

Luis Carlos Ocampo
Caldas

Me encontraba yo en Rondón, Boyacá. Yo estaba allí, porque mi afán ha sido investigar: me gusta la botánica, el naturalismo, la naturaleza misma, porque con ella me recreo. El único hombre, creo, en la faz de la tierra, que vive aún: fui arrebatado por un cóndor gigante que me llevó a unas montañas altísimas, a unas peñoleras, abismos terribles. *Eso* ocurrió en las montañas de Jipika, en Cambodia. Y dicen que Colombia es sólo en la madre de los cóndores. No, por allá los hay, muy gigantes, como jeta de grandes. Y me subió a una montaña de esas ese cóndor, pero no me dejó abandonado a mi suerte, él consiguió frutas y me llevó -no me llevó carroña, me llevó frutas-, cómo sabía que yo era vegetariano? Entonces, quién era el cóndor? Un animal de seis metros de envergadura cada ala, con unas garras inmensas de más de ocho centímetros de curvatura. Yo lo examiné bien, no me agredió, sino que me llevó. Y le dije:

Oiga, mi viejo, usted me va a dejar aquí? Yo creo que no me va a dejar, yo no tengo por donde bajarme. Y dijo:

No, tranquilo que yo lo bajo de aquí; yo sólo quena tener compañía y presentarle a mi mujer. Le dije yo:

Bonitos antojos a éstas horas de la vida. Mostrame pues, a tu mujer. Y salió de una cueva, la mujer, el águila, un águila hermosísima, blanca, totalmente blanca y con un lucero de oro acá en la cabeza y echaba destellos como un semáforo. Dijo:

Ya la viste, no? Ves lo hermosa que es?

Sí, muy hermosa es. Me vas a bajar ya

Sí, ya te voy a bajar, pero inclina la cabeza para que ella vea que te agradó y que a ella le agradaste.

Eso hice, y una vez hecho, volvió, me tomó y me bajó. Yo seguí mi camino. Yo no caí privado, ni nada de esas cosas, seguí mi camino, fui a la casa, donde mis padres y conté la aventura esa.

EL ABUELO TRAVIESO

Eufemia Moncada
Valle

Resulta que mi abuela nos decía que mi abuelo era muy vago, muy sinvergüenza. Ellos vivían en una hacienda que llamaba "pozo rubio", por allá por Cartago adentro, y resulta que había una fonda que su dueña llamaba Margarita, y era tuerta, entonces, le decían la tuerta Margarita.

Este bellaco se iba todas las tardes para'llá, a jugar dados y a estarse allá, en la fonda, donde se reunían todos.

Pues, una noche lo cogió mucho la noche y ya se vino tarde, tarde, cuando él vio así por el camino que iba un señor Demetrio, que era el caporal de una hacienda cercana, entonces, mi abuelo venía con ganas de fumarse un tabaco, y se dijo:

Ay, voy a afanarme y le digo a Demetrio que me dé candela.

Entonces, él se fue a alcanzarlo, alcanzarlo y nada que lo alcanzaba. El corría un poquito y nada que alcanzaba a Demetrio, lo llamaba y nada que lo atendía.

Será que este viejo está sordo? Pensaba mi abuelo.

Mi mamita le decía:

Deja de estarte yendo pa' esa fonda de la tuerta Margarita, porque una noche de éstas te va a salir tu chasco por ahí.

El decía:

No, yo no creo en cuentos de espantos y de brujas, no hija, yo me voy. Se iba.

Pues, resulta que ya casi cercano a la casa adonde ellos vivían, cuando alcanzó al tipo y le dijo:

Uy, hermano, vengo persiguiéndolo desde hace rato, para que me dé candela, para fumarme este tabaco.

Y el tipo siguió, no le paró bolas. Entonces, él siguió corriendo, casi, casi al pie del tipo, cuando en un recodo así del camino se paró el tipo y sacó fue un hueso largóte y en la punta había una llamita.

Pues él, dizque arrancó a correr y no pensó en nada más. Cuando ya iba bien adelante, ya vio fue a otro que trabajaba también en la misma hacienda y le decían gallinazo, y le dijo:

Ay, siquiera me encontré con vos, porque allí atrás me encontré a un tipo que me pareció a Demetrio y le pedí candela y sacó fue un huesote, y en la punta una llamita, y yo ni lo miré, y ahora siquiera te encontré, porque nos vamos acompañados.

Pues resulta que el tipo se ha pelado otro huesote, y era una canilla. Le voltio a ver la cara, y era sombrero, sin cara, sin rostro.

Mi abuelo arrancó a correr y lo encontraron por la mañana así, en el monte, bajo una mata de café, encarrujado, porque esa noche no pudo dar con la casa.

ANDABA EN BUSCA DE RESINAS

Luis Carlos Ocampo
Caldas

En el año 1941 estaba en el alto Paraná, tierra de producción de café brasileiro, donde más se produce. También andaba en mi trabajo de investigación. Me encontré a un araucano, que por demás era capataz de cuadrillas de recolección de café. Eso fue por allí, como en abril de ese año. Le pregunté:

Bueno, amigo, yo he venido por acá en busca de plantas, aquí, por acá hay una procesadora, o donde tengan procesadas resinas, para vender?.

Me dijo:

Usted es oriental, no es cierto?

Sí, soy oriental.

Y es que los rasgos lo delatan, es oriental.

Entonces, le hablé un poquito el mandarín, y el hombre sabía el mandarín y un poquitico hablamos en mandarín.

Mire, me dijo, aquí en esta región hay mucho botánico, y por ejemplo, allí en Villa Paolo, ahí consigue todas las resinas que quiera llevar.

Me fui para allá, para Villa Paolo, que no quedaba donde él me mostró. Habían noventa kilómetros de allí a Villa Paolo. Yo llegué por allá a una posada donde tenían bestias de alquiler, caballos, pregunté que cuántos cruzeiros valía el alquiler de una bestia, para ir a Villa Paolo, y me dijeron que valía siete mil cruzeiros. Dije: no, me los recorro más bien a pie.

Eso está muy lejos -me dijeron-, además hay ríos que a pie no puede pasarlos.

Los paso nadando, para eso se nadar.

Le dije, gracias, al encargado de la posada y seguí mi camino. Ya llevaba recorridos, aproximadamente unos sesenta kilómetros, no me cansaba porque estaba joven, tenía mucha energía, eran más o menos las cuatro y media de la tarde, y estaba ya oscuro. Recorrí un camino, seguí por una esplanada, cuando de pronto, adelante de mí, una pared. Miré y dije: esto, qué es? Una pared de mármol. Toqué, era puro mármol, mármol blanco y negro. La toqué bien; pero, por donde voy a pasar? Por debajo? Nada. Luego corría para los lados y se extendía, se extendía y crecía y crecía, y muy alta, más de doce metros de altura.

Yo, delante de esa pared y la insistencia por pasar, hasta que el cansancio me dominó y me senté y me quedé dormido sobre el morral que llevaba. Al otro día desperté con los rayos del sol, a las once de la mañana. No se me había parado el reloj. Cuando, ninguna pared, por ninguna parte, nada, estaba todo descubierto. Y llego yo a Villa Paolo y llegué al almacén de resinas y le comuniqué al encargado, y

me dijo:

Eso que le pasó a usted, le ha pasado a varios ya; pero, usted no se traba con la mona?

Nada -dije yo-, de eso de la drogadicción, jamás.

Es que aquí han venido a referirme, pero individuos que uno conoce que son drogadictos; pero si usted no ha tenido vicios, eso sí me aterra, a mí me deja aterrado. Ahora sí empiezo a creer que el cuento del dorado en el Brasil está detrás de una pared de mármol.

Sí señor, eso le cuento. Véndame unas tres docenas de estas resinas.

Me las vendió. Yo le pagué tres mil quinientos cruzeiros y las empaqué y salí de ahí.

Bueno, amigo, adiós.

Adiós, amigo, que otra vez vuelva por acá. Y no se tropiece con la pared -me dijo-.

Yo salí y me fui.

EL DUENDE CARGADOR

Flor López
Valle

Yo me acuerdo cuando mi mamá bajó por la mañana por ahí a las nueve de la mañana, a ordeñar una vaca y entonces nosotros nos fuimos con ella y ordeñó la vaca, y llevó la jarra de leche a la cocina -la casa era de balcón-, cuando ella que larga la jarra en la mesa, cuando el berrido de nosotros -yo soy melliza y el mellizo mío vive en Cali-, pues nosotros andábamos junticos para todas partes. La vaca era demasiado chotica y ella le puso fue una jarrada ahí, un balde de cascaras pa' que comiera, mientras que ella bajaba pues, sacarle la bajada, quiere decir, la postrera. Entonces, bajó con la taza para sacarle la postrera y, tal vez, la vaca por espantar algún mosco le pegó algún cachazo a los niños y los encontró fue aferrados. El, a mí, y yo, a él, gritando; pero fue que se me presentó ahí el negrito y me fue a echar mano. Entonces el niño, apenas vio que ese negrito me iba a echar mano, ahí mismo se me aferró y nos largamos a los gritos.

Eso fue la primera vez. Que yo me acuerde, el duende se me apareció tres veces. Hace quince días estuvo la hermana mía aquí, y me dijo:

No mija, a usted fue varias veces que la molestó el duende. Una vez la metió a una marranera, que tenía mi papá para un lado de la casa. Pero yo tenía cuatro añitos, no tenía más. De eso no me acuerdo.

Me acuerdo de cuando la vaca, mi mamá la estaba ordeñando. Después, me pasó, que tenía una huerta bien cerrada, que ni pollitos chiquitos podían pasar -mi papá mantenía eso hasta con candado-, entonces el duende me cargó y me pasó y me metió allá en la huerta y mi mamá, toda aterrada, de ver que el duende me había pasado allá, ahí mismo mandó a los otros hermanos míos al cafetal donde estaba

mi papá, cogiendo café, para que trajera las llaves, pa' poderme sacar de allá, y le dijo a Carlos. A Carlos le dio terronera. Anduvo unos pasos en el cafetal y se fue erizando, le dio terronera y se devolvió pa' la casa. No, que él no era capaz de ir a buscar a mi papá, que le daba miedo. Entonces mandaron a mis hermanas -pero vayanse rezando que así pueden ir a buscar a su papá-, entonces fueron Alba, Lilia y Carlos, que fueron a buscarlo y él vino y me sacó, pero aterrado. Ya él vino al pueblo y le dijo por ahí a los amigos. El uno le dijo que pusiera un tiple destemplado, otro, que le comprara un cuchillito al niño y cuando se me apareciera el duende, le dijera: te mato, te mato.

Y, así fue. El le compró el cuchillito, y llegó la tercera vez -sólo me acuerdo de tres ocasiones-, y le dijo al niño:

Cuando usted vea que ese negrito se le arrima a su hermanita, tíresele con el cuchillo y dígale que te mato. Así le había dicho un amigo de aquí del pueblo, que era dentista.

Entonces, verdad, así lo hizo. Los muchachos se fueron conmigo a cortar escoba y olvidaron que a mí me perseguía el duende, y se fueron pa' la casa y nos dejaron jugando ahí, en un burrito que habían hecho. Cuando el negrito se apareció, me mandó a agarrarme, entonces el niño se le aventó, y le dijo: a que te mato. Y, al negrito le dio como indignación y me mandó las garras, así, y me puso a chorrear sangre, aquí, en esta parte de acá, y le metí la mano y me rasgó la mano, del arañetazo, y me puso a chorrear sangre.

Y, eso fue todo. No me volvió a molestar, con eso tuvo.

LAS HIJAS DEL CAPITÁN MORENO

Alcides Ospina
Caldas

Esta es la historia de una familia de Cartago, de un señor Joaquín Moreno. Tenía tres hijas, cuando la guerra de los mil días. Él era capitán, junto con un hijo. En una invitación que le hicieron a Santander de Quilichao, lo llamaron, que tenía que ir a combate. Se fue con el hijo. Como dejaba las tres hijas ahí en Cartago, él les advirtió, que no le fueran a abrir las puertas a nadie, después de que cerraran por las noches, ni a la mamá si volvía a resucitar.

Dos de las muchachas dormían en una cama, en una pieza y la otra, Mariana, la menor, dormía sola, por allá en una pieza. Cuando oyeron unos lamentos, por allá, en la calle, unos quejidos.

Se asomaron a la tribuna, las dos. Había una señora en embarazo, pero bien bien en embarazo, que les gritaba:

Muchachas, denme posada que me echaron de la casa, porque yo ya no les servía para nada. Me echaron.

Y, estaba lloviendo.

Ellas, se compadecieron. Fueron donde la hermana menor y le dijeron a ella, y ella dijo que no, que a nadie le abrieran la puerta, que era orden del papá. Ellas dijeron que era un acto de caridad, y la menor, dijo: no, yo no tengo cartas en el asunto, por mí, no. Ellas fueron, le abrieron la puerta y entró. Después de que ya entró le dijeron que si necesitaba compañía, y ella dijo que no, que ella sola se valía. Ellas se fueron pa' la pieza de ellas, se acostaron, y la muchacha pequeña por allá, en la ventana -había un poco de luz-,

cuando vio que esa mujer se iba desvistiendo, vio que era un calabazo que tenía en el estómago, que era un hombre, no la tal mujer. Era un hombre.

Se desvistió, cogió un puñal y una mano de muerto, se fue y se lo puso en el pecho a una de las muchachas, de las dos que habían, empezó a conversarles, y ella le habló, y él le preguntó que dónde tenían las llaves de la casa y ella le dijo que las tenía la otra hermana. Se fue donde la otra, le puso la mano y el cuchillo y ella le dijo adonde estaban las llaves y adonde estaba la plata. Entonces, el hombre salió a la calle y dizque pegó un silbido, llamó al compañero, cuando Mariana, viendo al hombre de la calle, metió carrera y le metió tranca al portón, lo atrancó y el hombre se quedó en la calle. Ya no podía entrar. Entonces, él dijo que le abrieran la puerta, le entregaran la mano y el puñal, que él, con eso tenía. Ella le dijo que metiera la mano y él metió la mano, para recibir, y ella, con el mismo cuchillo le cortó la mano.

El le juró que se vengaría: lo juro por mi madre que me vengaré.

El hombre se perdió.

De pronto, las muchachas resultaron con novio, todas tres, y el novio de la menor, la que le había cortado la mano al hombre, le pidió más rápido que se casaran. Se llamaba Joaquín Pardo. Entonces el día que se iban a casar, ese día se tenía que volver pa Quilichao, a otro combate, el señor Joaquín Moreno. El día que se casaron, ese mismo día partía don Joaquín pa' Quilichao. Ellos se casaron y se montaron en un par de caballos y se fueron. El decía que tenía una hacienda en "Cuba". Se fueron. Y ande y ande a caballo, todo el día. Por la tardecita llegaron, y llegaron fue a un rancho infeliz, la cosa más infeliz el rancho. Salió una viejita a recibirlos. La muchacha era muy bonita.

La viejita, lo reconvino:

Joaquín, vos qué es lo que estás haciendo?

Y él, le dijo que se callara la boca. Llegó y cogió a la muchacha, la tumbó del caballo y, a lo que la tuvo en el suelo, le mostró la mano, le dijo:

Ve, te acordás lo que hiciste conmigo? Pues se llegó la hora de vengarme.

Ella, a lo que vio eso, salió en carrera, de huida, y él, detrás. Ella se encontró una piedra en el camino, cuando iba corriendo, y le pegó una pedrada. Lo hirió muy maluco, pero él, siempre la siguió, la alcanzó, la cogió del pelo y le pegó una puñalada y se la llevó arrastrando hasta el rancho. Allá la encerró en una pieza y él se fue para otra pieza, se echó las llaves al bolsillo y se acostó a dormir, y la mamá, estancándole la sangre a la muchacha.

Cuando despertó nuevamente, se fue a ver la muchacha, sin duda para acabarla de matar. Cuando vio que no estaba allí, le dijo a la mamá, con amenaza:

Ah, me sacaste la muchacha, me sacaste la muchacha.

Se fue y la cogió, la amarró a un madero y la mató. Mató a la viejita.

La muchacha no cogió el mismo camino, sino que cogió la montaña. Andar montaña. El cansancio, la fiebre y todo, la fue agotando. Ella, caía privada por ahí, a ratos, el hambre y todo.

De pronto vio una chocita, tomó dirección y se fue, y resultó ser un tambo de indios. Apenas ella vio esos indios, le dio un mareo y cayó. Cuando volvió en sí, los indios la tenían en la cama y la habían bautizado la diosa de ellos y ellos le dijeron:

Usted es la diosa de nosotros?

Y ella, les dijo que sí.

Ellos habían aprendido el idioma con un racional que había entrado por allá, entonces, ella les dijo que sí, que ella era la diosa de ellos.

La entraron, la curaron y ya la dejaron allá, como a la diosa de ellos, cuando una vez ellos le llevaron la noticia de que se habían encontrado un hombre de tal y de tal manera. Ella vio que era él, el marido, que la andaba buscando. Entonces les dijo, que adonde se lo volvieran a encontrar, se lo llevaran allá, amarrado. Ellos se fueron otra vez a andar la montaña, y no lo pudieron volver a encontrar. Después, ella inventó -les dijo a los indios que la llevaran a dar un paseo a la montaña, porque quería caminar-, porque ella sabía que cruzando esa travesía, iba a dar al río la vieja, y cogiendo el río la vieja, iba a dar a Cartago. Entonces, esos indios la llevaron. Hicieron provisión y se fueron con ella, hasta que llegó al río la vieja. Siguió abajo, hasta que llegó a Cartago, una noche. Como ella era bien conocida en todo el pueblo -la familia de don Joaquín Moreno, ah, era bien conocida en Cartago-, pidió posada en una casa. Iba con los indios. Les dieron posada, les arreglaron comida, a ella, la vistieron porque ella iba con esos vestidos de los indios, la vistieron, y ella les pidió que le prestaran un vestido para ir donde el papá, que hacía tiempos se había ido y el papá no había vuelto a saber de ella, y de verdad, esa noche fue donde el papá, lo llamó -él no quería salir, porque le daba miedo, a esas horas-, y alcanzó a conocer la pronuncia de la hija, se levantó, le abrió y conversaron el resto de la noche.

Al otro día, ese señor Joaquín Moreno se puso a organizar cuadrillas, para salir a buscar a ese hombre. A los indios les dieron muchos regalos y se fueron muy contentos. Organizó las cuadrillas y cuando ya iban a repartir las cuadrillas, para que se fueran a buscarlo, llegaron los indios, con él. Lo cogieron, lo pusieron en un banquillo, e hicieron unas fiestas, lindas fiestas. Como el capitán Moreno tenía plata, ocho días de fiestas les hicieron a los indios, y a los ocho días, otros regalos mejores, y los despacharon. Entonces, ya se fueron

donde el reo ese. Unos pedían que lo mataran, otros que no, la señora, ella no decía nada, callada. El papá y los demás sí querían que lo mataran, hasta que resolvieron matarlo.

Lo pusieron en el banquillo, lo sentaron y tocaron cornetas y sonó una banda fúnebre. Todo era triste. Cuando fueron a vendarlo, para dispararle, cayó muerto.

EL PRÓFUGO TRANSFORMADO

**Flor López
Valle**

Un trabajador, en una finca de mi papá tenía en río bravo, resulta que él era prófugo y él fue y consiguió trabajo allá, pero con el cuñado mío: Miro Chávez.

Ellos vivían allá en la finca, con mi papá, eran agregados pues, allá, le manejaban la finca pues, al suegro. Entonces, pues, el tipo llegó y le pidió trabajo. Muy buen trabajador le resultó.

Y el hombre pues, se dieron cuenta donde estaba, y fue la policía allá, la rural -en ese entonces había dizque policía rural- y fue allá, entonces lo vieron ir de lejos. Dijo:

Mirito, déjeme yo me trepo aquí al techo, porque vienen es por mí.

El, como que ya le había contado al cuñado mío, que era prófugo. Entonces, dijo:

Súbase.

Y él se subió, y ahí llegó la policía y lo estuvieron buscando por todos lados. Se subieron al techo y sólo vieron un racimo de bananos y agarrón fue a comer bananos, y entonces, bueno, ya ellos se bajaron de allá, de ver que no encontraban nada. Se fueron. Cuando ya bajó el señor don Abel -así llamaba el señor: Abel Correa-, entonces, le dijo:

Y vos no subiste pues, con camisa?, por qué bajas sin camisa? Le preguntó mi cuñado.

Dijo:

Se me comieron la camisa esos policías.

UN SUCESO DE BUCARAMANGA

Luis Carlos Ocampo
Caldas

Yo había llegado a Bucaramanga con el propósito de hacer unos estudios sobre asuntos agronómicos, y allí estaba en compañía de cinco personas que habían viajado conmigo, con ese propósito. El caso es que dentro de los compañeros había uno que era demasiado diabólico, para no decir otra cosa, y le gustaba hacerle malas pasadas a la gente. El tipo era un mago, al tipo le gustaba una mujer y si la mujer no le paraba bolas, él le hacía cualquier vaina, para que ella llegara a arrodillarse delante de él, así fuera de donde fuera. A mí me tocó ser testigo de un hecho con el

susodicho señor. Un día, estábamos en el parque Santander de Bucaramanga, eran las ocho de la mañana, la gente iba para misa, y de pronto, entre los devotos de la misa, una dama muy simpática, muy elegante, cruzaba el parque, entonces, me hizo señas este tipo, que llamaba Erren Gutiérrez, y me dice:

Mira esta mujer, que churro tan hermoso, ve esa mujer.

Se fue a donde ella pasaba, a saludarla, ella lo miro de sesgo, con indiferencia y siguió. Entonces, él se volvió adonde yo estaba, un poco cabizbajo, y me dijo:

Me despreció, pero me las va a pagar.

Yo consideré que el hombre sabía muchas cosas que no estaban al alcance del común de las gentes, y aún de algunos eruditos, que no comprendían por qué pasaban esas cosas. El hombre me invitó a un puesto de frutas -porque el hombre era vegetariano-, fuimos y comimos unas frutas, compró otro poco de frutas, la echó en una mochila y nos fuimos por camino. Yo no conocía ese camino, él sí lo conocía, y resulta que bastante adelante, por ahí a tres kilómetros, había una gruta, pero había un poco de gente ataviada con trajes tipo gitano, esa vestimenta que usan los gitanos. El llegó donde ellos, los saludó y se entraron. Yo me quedé afuera, sentado en una piedra, cuando empecé a escuchar unos cánticos que entonaban los gitanos. El hombre no salía y yo me preguntaba qué era de ese tipo, que ni siquiera me había dicho que se iba a demorar. De pronto salió, y me dijo:

Vamos a localizarnos en alguna parte, porque yo, este clavo con esta mujer no me lo trago. Y fuimos a una quebradita que llama la sonrisa y allí eligió una piedra grande. Llegó y se colocó en posición de yoga, y dijo:

Hermano de oración.

Yo no le contesté nada, porque él tenía una manera de proceder, conocía todas las magias y yo no me iba a embarcar en ninguna. Yo me neutralicé. El tipo, dijo:

Hágame el favor y no se neutralice, porque le pasa cacharro conmigo, sea espontáneo, suelto que nada le va a pasar y si quiere ver lo que voy a hacer, veálo y sino, no lo vea.

Entonces empezó: sacó un papel -estaban grabados la parte plana de los pies de la muchacha, estaban grabados ahí en el papel- y él cogió con una especie de cortapapel, pero de oro, colocó la piedra, puso un pedacito de madera debajo y empezó a decir las palabras y a chuzar el papel en la parte donde estaban marcados los pies de la mujer.

Yo me preguntaba, y a qué hora se hizo él a esa huella, sino tuvo tiempo de nada? Pues, sencillamente, que él entró y le comunicó a los gitanos -yo sí vi que salió un gitano, a la carrera, pero no supe más-, luego entraron tres gitanos y entre ellos iba el tipo que ya le llevaba grabados los pies de la muchacha, por donde había pasado, para entrar a la iglesia.

El empezó a chuzar esas huellas de los pies, con ese estilete -era un estilete-, a chuzarlo y a entonar unas mantras -yo entendía mucho de mantras, pero ese tipo de mantra, de esa magia, no lo entendía yo-, y en todo caso, me dijo:

No demora en llegar.

Y siguió chuzando y chuzando, y efectivamente se apareció la mujer llorando, diciéndole:

Por favor, señor, haga de mí lo que quiera, pero no me martirice, que tengo mis pies despedazados, no se conque, pero....

Dijo:

A ver le veo los pies.

Y, efectivamente, estaban heridos, estaban completamente despedazada con el estilete.

Le dije yo, al hombre:

Oiga, esto le puede traer a usted mala cuenta con las autoridades, si pone una denuncia, a usted lo meten a la cárcel, por flagelación, por muchísimas cosas.

Dijo:

No, a mí no me importa, eso no me importa a mí. Yo vine a la vida a hacer cosas, yo no vine a pasármela de vago.

Entonces, le dije yo:

Pero, eso es usted, yo no puedo sumarme a sus maneras de ser.

Después, el hombre le dijo a la mujer:

Voy a curarla, pero ésta noche tiene que ser mía, y no será de nadie más sino de Efrén Gutiérrez, porque de mí no se burla nadie. Entonces, ella estaba como en un sopor, como que le hubieran dado un bebedizo, o cosa parecida, y se fue con él. Yo no lo seguí, porque me pareció muy aterradora la cosa. Ellos se fueron. Como a las tres horas apareció él, sin ella, y dijo:

Ya se satisfizo el deseo de humillarla, de humillarla hasta el cansancio. Yo no lo hice cosa mala, inmoral, no, la humillé hasta el cansancio. Ni más faltara que uno se deseara arrastrar de mujeres, para consumir actos insólitos e ilícitos y perder la energía. De manera, amigo, cree que hice algo malo con ella?

Me supongo que no -le dije-, porque no va a perder el poder en aras de una aventura ociosa.

Así es exactamente, me gusta mucho que piense así. Me dijo. Entonces, seguimos, porque él andaba en nuestra compañía. Resulta que, de la dama en cuestión, ni él ni yo volvimos a saber. Ya hacía tres días estábamos en el hotel, y era un apartamento grande donde teníamos nuestras camas tres compañeros, eran más o menos las doce y media de la noche, dos días después de haber hecho eso con la dama, a esa hora yo estaba durmiendo, él estaba leyendo, sentado en una silla, cuando abrieron la puerta del cuarto, la rompieron. Yo me desperté y vi a un gorila gigante y llego y pasó y le echó mano a él, lo cogió del cuero de la barriga, lo blandió y lo tiró por el balcón de un edificio de cuatro pisos, y no se mató ese tipo. En todo caso, el gorila se desvaneció, después de que lo tiró a él. A nosotros no nos hizo nada. Yo me levanté inmediatamente y cogí escalera abajo y me fui a ver donde estaba el hombre, y lo miré, entonces, yo no quise tocarlo y me dijo:

Por qué no se arrima?, cuál gorila va a poder conmigo?, y menos esa vieja, si es que sabe muchas cosas, nos volvemos a encontrar y ahí sí la acabo.

Le dije:

Pues, usted haga de su vida lo que quiera, pero usted no complique a sus compañeros en estas cosas. Yo, mañana me voy definitivamente y no lo acompaño más.

Y me dijo:

Usted no se puede ir cuando quiera sino cuando yo quiera.

Pues eso lo vamos a ver. Respondí.

Y, efectivamente, el hombre trató de frenarme, por un medio, por otro -no por elementos físicos, nada, y yo sabía que usaba la psicología, porque sabía que yo sabía también muchas cosas-, entonces, le falló la medida, porque yo me le solté y me le fui.

Después supe que había ido la policía allá, lo habían metido a la cárcel, porque lo denunciaron. Entonces, era un tipo de alta peligrosidad, lo metieron a la cárcel, y el tipo allá, detenido. Yo dije:

Para mí, ese tipo no dura en la cárcel, ese tipo se vuela. Vamos a ver.

Y, efectivamente. Estaba yo en Bogotá, cuando va llegando él y le digo:

Hola, y vos no estabas en la cárcel?

En la cárcel meten a los tontos. Dijo. Menos a Efrén Gutiérrez.

Y, efectivamente, el hombre se voló de la cárcel, sin abrir puertas, sin intentar contra ningún guardián. De carne y hueso se salió de la cárcel.

EL TÍO DE YARUMAL

**Eufemia Moncada
Valle**

Mi tío, que llama Juan de Dios Rodríguez, tenía una novia que se llamaba Griselda -hoy en día es la esposa de él-, y una noche fue a llevarle una serenata, y estaban sentados en un andén adonde se habían sentado a tomar chicha. El tenía una novia que llamaba Bersabé, y estaban allí -ya era

de madrugada-, y estaban ahí sentados, tomándose su chicha, cuando pasó Bersabé, y todos le hicieron: pss, psss, entonces Bersabé trató de mirarlo, pero no voltio bien la cara, entonces, mi tío, como era el amorote de ella, se fue tras ella, pero no la alcanzaba, y él detrás:

Usted, por qué estaba enojada, hija?, venga hija, no se enoje, vea hija, yo sólo estaba allí, charlando con unos amigos.

Bersabé siguió. Mi tío cuenta, que recuerda que llegaron a la casa de ella, Bersabé abrió la puerta y dejó la puerta abierta y él entro y al otro día lo encontraron, dormido, en el cementerio.

El no recuerda más.

LA MUJER CASTIGADA

Alcides Ospina
Caldas

Un señor, que era casado, y la mujer le resultó muy mala, y él luchó, dándole madera, luchando con ella por las malas, y no pudo, no pudo dejar de ser ella lo que era. Se le fue por las buenas, tampoco. Pero él la toleraba así, así la toleraba, viviendo con ella. Tenían una niñita ya, cuando una vez le dijo ella:

Mijo, estoy pensando una cosa, que nos vamos a una montaña donde no volvamos a ver a nadie, a nadie, que yo estoy cansada de la vida, estoy cansada de los hombres, estoy cansada de llevar esta vida tan arrastrada. Vamonos para una montaña donde no volvamos a ver a nadie.

Entonces, contestó y dijo:

Pues ya, mi mujer, seguro que se arrepintió.

Y arregló, el señor, y se fueron para una montaña. Hicieron un rancho, y él, muy contento. Allá, cayó la señora enferma y se murió. El, la noche que la estaba velando, como dormían en un zarzo, tenían una escalera y él era haciendo crucecitas y poniéndolas en los barrotes de la escalera, hasta que resolvió subirse al zarzo, con la niña, y de allá miraba para abajo. Cuando, a altas horas de la noche entró un perro negro y le olió a ella un brazo. Se fue y se echó en una esquina de la casa. Cuando llegó allá, ella levantó el brazo que le había olido el perro y apagó una vela. Al rato entró otro perro negro, más grande, le olió el otro brazo y se sentó en otra esquina. Cuando se sentó en la otra esquina, la muerta sacó esa mano y apagó la otra vela. Quedó con las velas de los pies. Al rato entró otro perro, más grande que el anterior y la olió un pie y a lo que se fue y se echó en otro rincón, ella levantó el pie y apagó la otra vela. Al rato entró otro perro, más grande que el anterior, apenas cabía por la puerta, la olió el otro pie y cuando se echó en el otro rincón, sacó ella el otro pie y apagó la última vela.

Todo quedó a oscuras. Cuando quedó a oscuras, se lanzaron esos perros, echando candela por la boca y ella se paró de la cama, a coger escalera arriba. Ella decía:

Juntos la hicimos y juntos la pagamos.

Y esos perros la agarraban de las manos, de las nalgas, la mordían y la bajaban otra vez y le decían:

Sola la hiciste y sola la pagas.

El marido perdió sentido y cuando volvió en sí, estaba con la niña en otra parte y la casa se había perdido y esa mujer, también.

LA COMADRE DE CHAMBACU

**Luis Carlos Ocampo
Caldas**

Yo estaba en Chambacú, por razones de trabajo, de investigación. Yo quería saber cómo eran los procesos de que los nativos se valían, para procesar el oro, sin necesidad de usar el cianuro, ni el mercurio. Entonces, de especial, allí había una comadre, que la llamaban la comadre, a llevarles comida. Llevaba un asno cargado, con un mundo de cazuelas, lo descargaban y se servían. La mujer se quedó mirándome a mí, y me dijo:

Usted es un extraño.

Yo le dije:

Todos los seres somos extraños en el planeta. Somos extraños, aquellos que nos llamamos familia, somos extraños. Por qué me dice eso?

No, porque no le he llegado a ver por aquí. Y, qué le trae? No, mi intención es darle comida.

No, muchas gracias, yo no necesito comida.

No come usted?

Yo sí como, pero lo que me gusta y a lo que tengo acostumbrado el estómago.

Dijo:

Muy importante eso, lo invito a mi casa.

Le dije:

No tengo tiempo, no está en mi cronograma ir a su casa, no tengo programado ir a su casa, no me interesa.

Puede que le interese. Dijo.

Más tarde arrimo a su casa, yo ya sé donde es.

Y como a las cinco de la tarde fui allá. Yo terminé la visita allá, con los mineros, a las tres y media, y me fui por allá y encontré a la mujer barajando unos naipes, con un poco de implementos de magia negra, miles de cosas. Le dije yo:

Pero, usted lee mucha basura.

Lo que leo no es basura. Respondió. Eso da poder, mucho poder.

Y, le dije:

Vivir desgraciadamente, pidiendo comida, eso no es poder, el poder es otra cosa.

Y es que usted tiene mucho? Me preguntó.

Yo no he hablado que tengo poder, no he dicho eso, ni mis labios se ensucian con una expresión tan deshonesta.

Dijo:

Bueno, y usted dónde va a dormir?

Yo -le dije-, voy a dormir de pie, por el camino.

Ah, se va de pie, durmiendo? Maravilloso. Que vaya muy lejos.

Yo tenía que bajar hasta la Conga, que era un caserío donde había un amigo que me había brindado hospitalidad. El me esperaba. Me fui a la Conga. Cuando llegué, me esperaban con comida, yo comí, me agradó, sabían que yo era vegetariano, que no me podían dar carne. Entonces, yo me recliné a dormir y a pensar en todas esas cosas que me habían ocurrido con la mujer, cuando de pronto tocaron a la puerta del cuarto. Me levanté, me hice a un lado de la puerta y abrí, cuando fue entrando un cuerpo vaporoso, vapores, echando un gas azul, un gas rojo, un gas verde. Yo no me asusto por nada. Fue pasando y se detuvo al lado de mi cama. Entonces, dijo:

Aunque no crea en las cosas de ultratumba, en las cosas de la magia, yo me lo voy a llevar.

Y, quién es yo -le dijo yo-, el que me va a llevar?

Dijo:

La que conversó con usted en la mina, se lo va a llevar.

Entonces le hice el cruce de brazo y luego palmotié y le hice este signo delante de mí y estalló en el aire y se fue dando alaridos, gritos, gritos, hasta que se perdió.

EL ESPÍRITU CEBADO

Alcides Ospina
Caldas

Una familia, que hay de Yocoto para arriba -ahí está la familia-, se cebó en ella un espíritu. No veían a nadie, pero veían que la muchacha salía, y unos hermanos la veían cuando salía arrastrada, y ellos metían carrera y le echaban mano y se la quitaban al espíritu, que los agarraba a fuate. Les daba unas fuetiadas las tremendas. Pero, se la quitaban. Hasta que enteraron al cura, a brujos, espiritistas, y no, nada le valía.

De aquí de Buta fue un moreno, y ese sí fue capaz de desterrarlo.

LA MADRE SANTA

Alcides Ospina
Caldas

Una señora que había en un pueblo y que era la que se entendía con todo en la iglesia, con los ornamentos, la arreglada, todo lo arreglaba ella. A esa señora se le tenía por una madre, enteramente una santa.

Una vez llamó al sacerdote y le dijo:

Padre, usted está sabido de que una persona, que sea verdaderamente

recogida, y que se dedique hasta a una creencia, pueda llegar a hacer muchas cosas?

Y el cura respondió.

Sí, como no, por qué, qué le pasa a usted?

Y le contestó, con una historia, para decirle.

Bien pueda, diga qué.

Dijo:

Vea, yo ya con estas influencias que tengo, yo ya puedo hacer revelaciones.

Tiene alguna para hacer?.

Sí, padre, tengo una revelación para hacer: el miércoles, a media noche, habrá una tempestad, que todo el mundo creerá que se va a acabar el mundo, pero no pasará nada.

El cura dijo en el pulpito que la señora fulana, que todo el mundo la conocía en todo el pueblo, había revelado, había ganado ese privilegio de ser reveladora, y que había hecho una revelación, que el miércoles, a media noche, habría de caer una tempestad, que todo el mundo creería que se acabaría todo, pero que no pasaría nada.

Algunos creían otros no creía, pero sí, a la media noche comenzó la tempestad, y todo el mundo aterrado. Entonces, a los ocho días volvió a llamar al cura:

Tengo otra revelación para hacerle. El miércoles, otra vez por la noche, va a ser un temblor de tierra, que va a ser cosa enorme y el temor de la gente va a ser mucho, pero no pasa nada. Así fue. Por

la noche del miércoles hubo temblor, pero una cosa terrible. Entonces, ya llamaron al esposo de la señora y le propusieron que si se desprendía de ella, para hacerle una casa aparte, para que ella viviera sola, para que pudiera hacer sus revelaciones, mejor. El dijo que sí.

Le hicieron la casa aparte, la llevaron allá, le hicieron una cama de oro, una cosa linda, y allá la dejaron. Ordenaron que la fueran a acompañar, todas las noches, las niñas hijas de María, una noche una, una noche otras, hasta que le dieran la vuelta a veintisiete que habían y volvían a comenzar.

Ya iban como seis o siete. Hubo una que tuvo malicia y se preguntaba, por qué la madre no dormía en esa cama tan bonita y les daba a ellas, antes de acostarse, un tinto con el que quedaban privadas hasta el otro día.

Charlando ésta con las anteriores, coincidió, que a todas les había pasado lo mismo.

Eso fue a oídos del cura y del alcalde y ellos le dijeron a la muchacha que pusiera cuidado, y ella dijo que a las diez de la noche habían tocado la puerta y ella se había levantado rápido y había abierto y cuando vio, era un negro con unos cachos, con ojos colorados y entró, y a lo que entró, se abrazó con ella, y a la cama. Eso vi yo. Dijo la muchacha.

A otra, la contrataron el alcalde y el cura, para que pistiara, y contó que había visto lo mismo: a las diez de la noche entró el negro, se abrazó con ella, y a la cama.

Entonces, se organizaron: vamos a ver.

Como a ella la habían bautizado, la madresanta, entonces, se fue la muchacha y cuando le dio el tinto, ella lo derramó, y no se lo tomó.

Se puso a mirar por debajo de las cobijas, cuando, el negro que llegó. Abrió rápido, ya se abrazó con ella, y a la cama. Al otro día contó la muchacha, otra vez lo mismo, y le dijeron:

Vamos a hacer esto, vamos a hacerle tragar un anillo al marrano de aquí, para que ella revele donde está el anillo.

Por la noche fue donde ella, y le dijo:

Oiga, madre, yo vengo, para que me revele donde está un anillo que se me perdió, que era un regalo de mi padre que estimaba mucho, y se me perdió. Usted me va a revelar donde está?

Sí, como no, dijo ella, mañana, mañana.

Por la noche que el negro llegó, ella dizque le dijo a este:

Ole, que a esta muchacha que está conmigo se le perdió un anillo, que lo quería mucho porque era un regalo del papá, y vos me vas a decir donde está.

Y dijo el negro:

Oh, ya vo querés desaparecer.

Dijo ella:

No, no, no, que va, decíme.

Bueno, entonces, mañana que me vaya a ir, te digo.

Así fue. Por la mañana, como a las cuatro de la mañana, que se levantó el negro, ella dizque le dijo:

Que, no me vas a decir nada del asunto del anillo?

Dijo:

Sí, decíle a la muchachita, que el anillo se lo tragó el marrano negro.

Dijo:

Ah, bueno.

Cuando se fue a irla muchacha, le dijo:

Madre, dígame, del anillo qué?

Dijo:

Sí, hija, diga allá en la casa, que el marrano negro se tragó el anillo.

Ella fue y contó. Entonces, inventaron el cura, el alcalde y el juez hacerle una visita y resulta que cuando llegaron, estaba en la cama, sin pronuncia, y fueron a ver, y no, a poquito se murió.

La metieron en un ataúd, para llevarla a la iglesia, y cuando llegaron al atrio, no aguantaron con ella. Cayeron al suelo con ella, porque se había puesto muy pesada. Quedó en el atrio, ahí tendida, nadie era capaz con ella. Cuando asomó un gatito negro, por una esquina de la plaza, arrosadito, entonces, alguien dijo: Vea, ahí viene quien puede con ella.

Y fue llegando el gato, y ese sí se la alzó. La alzó con cajón y todo.

LOS TRES GUAQUEROS

Alcídes Ospina
Caldas

Se fueron tres guaqueros a guaquear y allá se les enfermó uno y se murió, entonces, el uno le pregunta al otro:

Dijo uno:

Yo me quedo.

Sólo tenían una mera vela. El otro se fue y dijo que al otro día volvía.

Cuando ya la vela, la única vela que tenía, con la que se puso a velarlo, estaba para chirriar, él se paró en la puerta, y cuando se terminó la vela, se paró el difunto y se le dejó venir encima. Entonces, él, con una peinilla que tenía, lo cruzó y se agarró con él, peliando, peliando, y encima, el muerto ese, a echarla mano y él, aventándole peinilla hasta que se amaneció.

Ya estaba juagado en sudor cuando apareció la otra gente. Cuando asomó la otra gente, se le perdió el difunto, entonces, él contó y los compañeros le preguntaron que cómo había pasado. El les contó la historia, que ese muerto se había levantado, a atacarlo, y que él había estado desde la media noche, peleando con él.

Fueron a la cama y ahí estaba el difunto, ahí estaba en la cama. Fueron y consultaron con un sacerdote, y este le preguntó al hombre:

Usted, con qué peinilla estaba peleando con él?

Sacó la peinilla, que era una peinilla de crucero, y el cura le dijo:

Por eso se escapó, por el crucero se salvó, porque si no, le habría agarrado. Eso no era el difunto, sino el diablo.

Usted, rezaba?

No, yo no me acordé de rezar nada.

Si hubiera rezado -dijo el cura-, no le habría pasado nada, él no habría arrimado; pero como usted no se acordó de nada, él, si estaba ahí, listo.

EL HOMBRE AFORTUNADO

Alcides Ospina
Caldas

Había un señor, que tenía una finquita, tenía un caballito, y la mujer le decía:
Hombre, ándate a trabajar.

Y él, le decía:

Ah, que ya, hombre, que afán, que afán, lo que conviene a la casa viene.

Y no trabajaba el viejito.

Un día se juntaron unos guaqueros, a sacar una guaca, y la sacaron. Muy rica, muy rica esa guaca. Entonces, inventaron, que para llevar

ese oro, tenían que buscar en qué llevarlo, porque ellos no podían con él, y se acordaron del viejito que tenía un caballito.

Hombre, vayan allá donde el viejito, que nos alquile ese caballito.

Consiguieron el caballito, se fueron, se fueron y le echaron el joto al caballito, por delante, entonces, resolvieron mandar por una botella de aguardiente, para tomar ellos ahí, mientras tanto. En el camino, resolvió el cliente echarle cianuro al aguardiente que llevaba, y dijo:

Con esto me quedo con el oro, porque yo no tomaré.

En esas, otro estaba pensando en deshacerse del otro compañero -eran tres-, y le comunicó a quien pensó en envenenar el aguardiente, y tramaron echarlo a un hueco. Así lo hicieron, lo hicieron bajar al hoyo de la guaca, con el pretexto de que había que subir la herramienta y una vez dentro, le tiraron una gran piedra y lo sepultaron. Quedó el oro para los otros dos. Bueno, la historia es que el aguardiente lo había preparado era el que quedó en el hoyo.

Cargaron el caballito, y para celebrar la riqueza, se bebió cada uno un trago de aguardiente, y en ese momento cayeron al suelo.

El caballito se fue para la casa y una vez llegó, se puso a andar por los alrededores, con el joto, y el viejito dueño, mire y mire al caballito, y dice:

No, yo voy a descargar el caballito, cómo lo voy a dejar toda la noche, por ahí, con ese joto, no.

Se fue y lo descargó, descargó en el corredor de la casa todo eso.

A media noche despertó, cuando iluminada la casa. Fue a ver, y ese era el oro, que se había salido del joto y se reflejaba con la luna llena.

Entonces, le recordó a su viejita, lo que tanto él le decía: Lo que conviene, a la casa viene.

DOS COMPADRES EN EL DESIERTO

Omar Mina
Valle

Resulta pues, que hace muchos tiempos, habían dos compadres, que habitaban en el mismo pueblo. El uno era pobre y el otro era rico. Pero al rico, le había nacido una niña, ciega y él trataba por todos los medios de conseguir el remedio que devolvería la vista a su hija; pero toda su influencia monetaria no había sido capaz, de lograrlo. Un buen día, se dijo:

Me iré en busca del remedio, y si no logro conseguir la medicina, y más dinero, no volveré. Fue como, equipando su camello, de agua, de víveres y abrigo, partió. Pero, al pasar por el frente de la casa de su compadre pobre, se detuvo, y le dice:

Compadre, te invito que vamos a recorrer el mundo, a buscar fortuna.

El compadre, un poco atónito, le responde:

Compadre, de mil amores lo hiciera, pero tú sabes que soy de escasos recursos económicos, y no tengo con qué salir, no tengo que dejarle a mi familia.

Respondió el compadre rico:

Ah, por eso no te preocupes, que cuando vengamos de allá, traeremos

oro y plata, para comprar la mitad de este pueblo, mejor dicho, todas las cosas del mundo.

Después de reflexionar un poco, el compadre pobre conversó con su mujer, y ella le dijo que sí, y añade el compadre rico:

Además, no te preocupes, dile a mi comadre, diles a mis ahijados, que pueden fiar en donde quieran porque en caso de que no consigamos dinero, yo pago todo cuando venga.

Sin perder más tiempo, ambos partieron.

Pasó el primer día, y cuando el sol se iba ocultando, el compadre rico sacó su alimento y cenó él, sin mirar al compadre pobre. Bueno, el compadre pobre, resignado. Al día siguiente prosiguieron el camino. Al mediodía, le dice el compadre rico: compadre, detengámonos aquí, hay que almorzar. Y como es de costumbre, el compadre rico se sirvió gran parte de su manjar, sin mirar al compadre pobre. Después de almorzar, continuaron su camino. Al atardecer, se detuvieron a mitad del desierto. El compadre rico bebió, comió, fumó, se envolvió en su abrigo, sin mirar al compadre pobre, y con toda la despotez, que tienen los tiranos, se echó a dormir. Al día siguiente, le dice:

Compadre pobre, levántate porque tenemos que continuar.

Se levantaron, pero el compadre pobre ya no tenía fuerzas para andar, pero así le seguía, y al caer la tarde del tercer día, le dice:

Compadre, dame de comer, ya no tengo fuerzas para andar, mira que me está matando el hambre, mira como estoy de débil.

El compadre rico lo miró, se sonrió y le dice:

Quieres comer?

Pues claro -respondió el compadre pobre- quiero comer.

Si quieres comer, tienes que darme uno de tus ojos.

Se sintió morir el compadre pobre, se estremeció, pero, sin quedarle otro camino, aceptó. Con el cabo de la cuchara, retiró el ojo de la órbita, lo echó en una botella y luego sirvió unas migajas y se las dio al compadre pobre. Este, medio mitigó su hambre. Al día siguiente, al medio día, le dice el compadre pobre: Mira, dame de comer, me estoy muriendo, sino me das comida, me muero.

Quieres comer? Si quieres comer, tienes que darme el otro ojo. De acuerdo, de acuerdo, pero dame de comer, dame de comer que me estoy muriendo.

De inmediato, el tirano retiró el otro ojo del compadre pobre, echándolo en una botella, lo dejó abandonado en el desierto y se regresó a casa. Porque él pensaba que esos eran los ojos que le servían a su hija. Cuando llegó a casa, llamó a todos, a todos sus amigos y dijo:

Ya encontré el remedio que devolverá la vista a mi hija, y cuando los colocó en el rostro de su hija, no les sirvieron, ya los ojos estaban muertos.

¡Qué desgracia!, se dijo, por qué, por qué a nosotros, que tenemos tanta plata, que podemos comprar este mundo y el otro, que conversamos con todos los reyes, con todos los ministros, que nos conocen en toda la región, nos sucede ésta desgracia? Bueno, hubo un silencio, pero allá en el desierto, el compadre pobre, se fue paso a paso, rodando sobre la arena, hasta que de pronto pisó en falso y se fue a la cueva de un tigre, y como pudo, se recogió en un extremo de la cueva, a esperar la muerte. Y como de costumbre, ya con la noche, bastante avanzada, oyó el mugido del tigre, que venía. Dijo:

Eh, aquí señor, espero el tigre, para que me devore. Qué será de mis hijos?

De pronto oyó el aleteo de un gallinazo, que se posó en uno de los arbustos cercanos, y le dice al tigre:

Buenas noches, compadre tigre.
Buenas noches, compa gallinazo.

Le cuento, que en la ciudad, la gente se estaba muriendo de hambre y de sed; por eso fue que me demoré, que vine tarde.

Entonces, responde el tigre:

Y, cómo vamos a hacer, para evitar eso?

Dice el gallinazo:

Yo sé el secreto. El secreto estaba en su cueva. Allí hay una varilla; si usted toca con ella la tierra, y surge agua. Y leche de este árbol donde yo estoy posado, cura cualquier ciego, a cualquier ciego le devuelve las vistas.

El ciego, el compadre pobre, está oyendo. Entonces, el tigre se echa afuera de la cueva y le dice el gallinazo:

Compadre, qué extraño que usted no quiere entrar a su cueva.

Está haciendo mucho calor, y como la noche está tan bella, voy a quedarme afuera ésta noche.

Al día siguiente, el tigre, se levantó y partió. Igualmente el gallinazo. El compadre pobre, como puso, buscó en la cueva, a tientas y extrajo la varilla, y con una pequeña navaja que cargaba en el bolsillo de su pantalón, cortó la corteza del árbol y extrajo la leche, la echó en un

frasquito que encontró y salió en camino. Más adelante se la pasó por las vistas y volvieron sus vistas, como cuando uno es joven, y continuó andando. Después de un largo camino llegó a la casa de un anciano.

Buenos días, anciano.

Buenos días, buen niño, usted por acá?

Claro, yo por acá. Y ahí le contó sus aventuras.

Ah, acá la cosa si está muy mala también, porque la gente se está muriendo en la ciudad, de hambre y de sed; la hija del rey no ve, mucho ciego acá, yo también me estoy que ando sin vistas.

Total, que él sacó, un poquito de la leche que llevaba en el frasco, y la pasó por el rostro del ancianito y volvieron sus vistas, como cuando era niño. Y dice:

Ay, buen niño, usted trae ese milagro? Vamos a hacer una cosa: el rey está dando una cantidad de dinero para aquellas personas que son capaces de volver las vistas, y también estaba pagando para que devuelva el agua a la ciudad.

Le sirvió comida, al compadre pobre, y él se fue y habló con el rey. Le dice el rey:

¡Tráigalo inmediatamente!, pero con una condición, que si resulta ser un embustero, aquí lo colgamos, en la plaza del palacio, y si sale ser cierto, le damos treinta arrobas de oro.

El ancianito se fue y cuando llegó a la casa, ya el compadre pobre había descansado. Le dice:

Camina, buen niño, camina, que estaba el negocio hecho.

Partieron, llegaron donde el rey.

Ah, con que tú, tú eres el que devuelve las vistas a los ciegos, el que devuelves el agua a la ciudad. Si eso es así, tendrás treinta arrobas de oro, y si es a lo contrario, está la plaza del palacio, y esa sogá que estaba allí, para ahorcarte. Dijo:

De acuerdo.

Levantándose, sacó en público, el frasco que contenía la leche del árbol y la pasó por las vistas de la niña ciega y volvió la vista a la niña ciega, y gritó en público:

¡Volvieron mis vistas, volvieron mis vistas, este señor es un sabio!

Y el rey se maravilló.

Igualmente, tomó la varilla, y se fue a la cabecera del río, y tocando las piedras, brotó el agua, brotó el agua y hubo agua para toda la ciudad. El rey, le dio las treinta arrobas de oro, y él, compartió con el ancianito, quince para él y quince para el anciano, y despidiéndose, se fue rumbo a su pueblo. Llegó a su casa y esa misma noche ordenó a los arquitectos que le construyeran un palacio, mejor que el de su compadre rico y que el del rey donde él había estado. Cuando amaneció, estaba el palacio, ya construido.

Cuando se levantó el compadre rico y se asomó por su ventanal, dijo: ¡caramba!, quién sena ese atrevido, que al frente mío construyó ese palacio, mejor que el mío? Yo tengo que averiguarlo. Y vistiéndose, pasó allá:

Buenos días!

Buenos días!

Oiga, quiero saber de quién es este palacio?, un palacio nunca visto, de la noche a la mañana, ese tipo tiene que tener mucha plata.

En eso sale el compadre, y dice:

Es mío, compadre.

¡Cómo así, compadre! Déme un abrazo compadre.

Y, se abrazaron. Tú eres mi compadre, y ahora mismo te invito, porque entre pocas horas, es mi cumpleaños, y tú no puedes faltar a la fiesta de mi cumpleaños.

Total, pues que dos horas más tarde, el compadre pobre pasó allá, donde el compadre rico, y cuando iba dentrando, le dice al compadre rico:

Venga acá, compadre, tienes que decirme, donde encontraste esa riqueza, o sino te mato.

Le dice:

Compadre, pero piense lo que usted está diciendo.

Ya lo pensé. Ni una palabra más.

Ya el compadre pobre le refirió, le contó la historia, y le dice:

Ahora mismo me llevas allá, a ese sitio, porque yo tengo que ser más poderoso que tú.

Y, de inmediato, lo llevó allá al sitio. Y le dice:

Compadre, piense hombre lo que está haciendo, yo no puedo sacarle los ojos, porque puede que usted no tenga la misma suerte.

¡Nada!, me sacas los ojos y me dejas aquí, que el resto lo hago yo.

Total pues, que en verdad, con todo el llanto, con toda la tristeza de su corazón, el compadre pobre retiró los ojos de la órbita, y lo dejó y se volvió a casa.

Como pudo, se arrastró y dentro y se sentó en la mitad de la cueva del tigre. Esa tarde, el tigre vino temprano. Cuando llegó ya estaba el gallinazo allá, sentado, le dice:

Buenas tardes, compa gallinazo. Y el gallinazo, callado.

¡Buenas tardes, compa gallinazo!

Y el gallinazo, callado.

Compadre gallinazo, qué pasa, que yo desde ayer, si mal no recuerdo, lo estoy saludando y usted no me contesta?

Le dice el gallinazo:

Es que estoy muy enojado contigo, porque cuando entras a tu casa, no te fijas quién hay en tu cueva, y por causa tuya yo me estoy muriendo de hambre, ¡mira cómo estoy de flaco! El secreto que te dije, se lo han llevado y volvió el agua a la ciudad, volvieron los ciegos a ver, y ya no se muere nadie, mira como estoy de flaco, de la rabia que tengo contigo.

Entonces, dice el tigre:

Tienes razón; desde ahora en adelante, antes de entrar a mi cueva, la reviso. Y partió para la cueva. Y dentrando se encontró al compadre rico y llegó y rammmm, se lo devoró.

Y, colorín colorado, mi cuento está acabado.

ÍNDICE

Justificación	3
Introducción	5
Pricillano Reyes	7
El velorio del perro	15
La viuda bella	18
Un amor imposible	20
Historia de dos huéllanos	22
El regreso de las ánimas	25
El desobediente	31
Otra vez el tío conejo	33
La turumama	39
Los muelones	42
El ángel y el duende	44
El carro de la otra vida	46
Doña Edelmira	49
El mimo	51
El encanto de patioebrujas	54
La pesca frustrada	55
La madre de agua	59
El entierro de don Vélez	61
El niño del cabuyo	64
Las penurias de don Anacleto	69
Un extraño animal	76
Un pacto con el diablo	79
El pescador atontado	84
La escopeta y el tigre	85
Duendes por todas partes	86
La cacería de la guagua	90
Historia oculta	93
El extraño regreso de un amigo	93
Vb no era hombre de ciudad	100
Historia de dos amigos	113
La comadreja y yo	114
Caguin cagón	115
Manuelltoel pescador	117
La virgen de ta tama	122
Todos contra la madremonite	123
Los leones de piedra	125
Retrato de familia	126
Una bruja en la Virginia	129
Comentarios	131
El disco luminoso	135
El duende y la niña	136
Historias de la guerra	138

Así me lo contaron	141
Cuadros de espantos	143
El sacerdote descabezado	143
La guaca encantada	145
La tunda del parque veinte de Julio	146
La viudita	147
Santos para todos los devotos	149
San Bartolomé	149
San Sebastián	151
El Señor de los milagros de Guaymatán	152
Nuestra Señora del Rosario de lies	154
Un mimo en la cárcel	155
El encuentro con la calavera	156
La endeudada	158
Más duendes	160
Fantasmas de la cocina	161
La cocinera y el cura	161
El espanto de pandiaco	162
Origen de la laguna de la cocha	163
Otra versión de la cocha	163
Sebastián de las gracias	164
El hacedor de ricos	170
El avariento	171
Las tres brujas	173
La flor de lilolá	176
El semivivo	179
El hijo egoísta	181
Un cuento del diablo	183
La bruja del gradual	184
Mi tío Yolandito	188
Cuando fui a Turbaco	189
El malhablado	191
Sucedió en Rondón	194
El abuelo travieso	195
Andaba en busca de resinas	197
El duende cargador	200
Las hijas del capitán Moreno	202
El prófugo transformado	206
Un suceso en Bucaramanga	207
El tío de Yarumal	212
La mujer castigada	213
La comadre de Chambacú	215
El espíritu cebado	218
La madresanta	218
Los tres gUAQUEROS	223
Un hombre afortunado	224
Dos compadres en el desierto	226